



Nunca más mujeres sin historia

Conversaciones feministas

Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres

NUNCA MÁS MUJERES SIN HISTORIA
Conversaciones feministas

Marzo 2018

RED CHILENA CONTRA LA VIOLENCIA HACIA LAS MUJERES

Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, 2018
San Luis 1438, Independencia, Santiago, Chile
redcontraviolencia@gmail.com
www.nomasviolenciacontramujeres.cl

Integrantes Grupo Historia:
Sandra Palestro Contreras (Coord.)
Francia Jamett Pizarro
Daniela Lillo Muñoz
Lorella Lopresti Martínez
María Stella Toro Céspedes

Edición: Elena Águila Zúñiga
Diseño portada y diagramación: Patricia Martínez Ibarra
Fotografía portada: Kena Lorenzini Lorenzini
Producción y edición fotográfica: Soledad Rojas Bravo
Impresión: Andros Impresores

Agradecimientos a Elena Bergen Rogel por su invaluable trabajo voluntario y a la Fundación Heinrich Böll que apoyó la realización de este libro.

Índice

PRESENTACIÓN

Elena Águila 9

CONVERSACIONES SOBRE HISTORIA 11

I AUSENTES DE NUESTRO PROPIO IMAGINARIO

CONVERSACIONES. Omitidas del relato histórico. 20

CONVERSACIONES. Nuestras referentes individuales y colectivas. 25

MOVIMIENTO DE MUJERES CHILENAS: EMANCIPACIÓN INCONCLUSA

Sandra Palestro Contreras 31

CONVERSACIONES. Rivalidades y complicidades. 36

HIJAS DE LA CULTURA

Lorella Lopresti Martínez 41

CONVERSACIONES. Historias de cambios. 54

LOS CLICKS DE LA REBELDÍA

Daniela Lillo Muñoz 57

II SEXISMO EN LA EDUCACIÓN: GUIONES DE GÉNERO

LA INVISIBILIZACIÓN DE LAS MUJERES EN UN TEXTO ESCOLAR DE HISTORIA

Fernanda Rojas Müller 67

GUIONES DE GÉNERO EN LOS TEXTOS Y PROGRAMAS ESCOLARES CHILENOS DE HISTORIA

Valentina Errázuriz-Besa 73

LA IMPLEMENTACIÓN DE UNA EDUCACIÓN NO SEXISTA. EL CASO DEL COLEGIO ANDINO ANTUQUELÉN

Dominique Beyer Díaz y Josefa Hernández Aguirre 83

III NUESTRO LUGAR EN LA HISTORIA

CONVERSACIONES. La historiografía de mujeres.	90
SEMILLAS Y COSECHAS	
Daniela Lillo Muñoz	99
HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES EN CHILE DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX	
María Stella Toro Céspedes	117
LA CULTURA POLÍTICA FEMINISTA EN LA HISTORIA	
Francia Jamett Pizarro	127
POR UNA HISTORIA FEMINISTA	
María Stella Toro Céspedes	134
CONVERSACIONES. Nuestro lugar en la historia.	141
PORQUE HICIERON, HACEMOS Y HARÁN HISTORIA	149



Marta Bustos 1966

Presentación

Este libro habrá alcanzado su propósito si después de leerlo se te vienen a la memoria otros libros. Libros escritos por mujeres que cuentan historias de mujeres y que leíste alguna vez a salto de página, con interés pero sin llegar a conectarlos claramente ni con la Historia, esa de próceres y batallas que aprendiste en el colegio ni con tu presente. Si te dan ganas de volver a ellos con una mirada nueva que podría resignificarlos. Si conocer la historia, las historias, de las mujeres, y no solo la que está en los libros, hay tantas maneras de contar la historia, se te aparece ahora como algo necesario, imprescindible, para “estar en el mundo con bienestar”.

Habrás dado en el clavo, este libro, si además te pasa que te empiezas a acordar de unas carpetas que has estado varias veces a punto de botar pero que por razones que desconoces no has botado. Sí, unas carpetas con cartas, apuntes, dibujos, listas de asistencia a esa escuela de verano feminista que organizaste con unas amigas el 88 (¿o fue el 89?) en el patio de una casa en Concepción; un programa de una jornada de mujeres del sur del año 85; y fotos, muchas fotos: de marchas, de rayados, de murales, de fiestas, de esa obra de teatro que hicieron en la universidad y presentaron solo una vez. Si a media lectura te acuerdas de unas cajas (¿dónde estarán?) en las que entre tanto cambio de casa o país guardaste casetes, libros, cuadernos, revistas, agendas, que después no hubo dónde poner. Si empiezas a preguntarte dónde pusiste las copias de esa revista que hiciste con “activa certidumbre” en un colectivo de mujeres en los 90.

Tal vez todo eso que está en esas cajas y en esas carpetas es algo, dicen en este libro. O parte de algo que venía de antes, de mucho antes y que heredaste sin saberlo del todo. Parte de algo que ha continuado su curso y está vivo en el presente (de manera soterrada o fulgurante). Parte de algo persistente. De algo por venir.

Y si no lo cuentas, no cuenta.

Este libro tiene algo que alienta a contar y a conocer historias. Algo como una promesa de sentido.

Elena Águila Zúñiga*

Santiago de Chile, marzo 2018.

* Mujer de letras. Doctora en Lengua y Literaturas Hispánicas (Boston University). Cofundadora del colectivo y la revista *Conspirando*, donde publicó con regularidad artículos de crítica cultural feminista entre 1992 y 1998. Su libro *Descubrir la cultura: una mirada feminista* (Santiago de Chile: Ediciones Con-spirando, 2012) recoge estos y otros artículos. Actualmente practica el oficio de la edición de textos y hace clases, algunos semestres sí, otros no, en la Universidad Alberto Hurtado.

LA ALBORADA

Publicacion Quincenal — Defensora de las clases proletarias

AÑO I

VALPARAISO, DOMINGO 10 DE SETIEMBRE DE 1905

N.º 1

La Alborada

Publicacion social obrera

APARECE QUINCENALMENTE

Directora: CARMELA JERIA G.

Correspondencia y canjes: Calle Pricto número 94
Valparaíso

Ajente y correspond. en Antofagasta: Sra. Eloisa
Zurita de Vergara.

Se admiten suscripciones solo por semestre. Precio:

UN PESO

Número suelto: 5 centavos

Se reciben avisos a precios convencionales.

LA ALBORADA

VALPARAISO, SET. 10 DE 1905

Nuestra primera palabra

Nace a la vida periodística LA ALBORADA, con el único y exclusivo objeto de defender a la clase proletaria y muy en particular a las vejadas trabajadoras.

Al fundar este periódico, no perseguimos otros ideales que trabajar con incansable y ardoroso teson por el adelanto moral, material e intelectual de la mujer obrera y tambien por nuestros hermanos en sufrimientos, aquellos aherrojados que tienen hambre de luz y de pan.

Creemos que la mujer debe despertar al clarín de los grandes movimientos para compartir con sus hermanos las tareas que traerán la felicidad a las generaciones venideras.

Debe, pues, la mujer tomar parte en la cuenta lucha entre el capital y el trabajo e intelectualmente debe de ocupar un puesto, defendiendo por medio de la pluma a los desheredados de la fortuna, a los huérfanos de la instruccion contra las tiranías de los burguesotes sin conciencia.

Para contribuir con nuestro modesto grano de arena a la obra colosal de engrandecimiento en bien de las huérfanas trabajadoras, fundamos esta pequeña hoja para que sirva como atalaya de la idea, llevando a los hogares proletarios las proyecciones luminosas de la razon y el derecho, e ilumine la mente de tantas mujeres de trabajo que yacen en la mas completa oscuridad debido solo a la torpeza criminal de los de arriba.

Ardientemente deseamos que la mujer algún dia llegue al grado de adelanto del hombre, que tenga voluntad propia y se emancipe del pesado yugo de añejas creencias que la oprimen y sea en un todo de conciencia independiente.

Las hijas del trabajo tendrán en LA ALBORADA un representante en la prensa para que las defienda contra esos tiranuelos que no usan ninguna cortesia y cometen los mayores desmanes cuando tienen bajo su férula a indefensas mujeres.

Como lo decimos, al fundar este periódico nos han guiado los mas puros sentimientos de humanidad y el deseo justo y sincero de tomar parte en la cruzada de regeneracion y deseamos vivamente que muy pronto las clases trabajadoras que luchan por conseguir un poco de bienestar, sean iluminadas por las fulguraciones espléndidas del triunfo.

No buscamos glorias ni ganancias; pues es muy sabido que toda empresa periodística deja solo amargos sinsabores. No poseemos mas caudal para la publicacion de LA ALBORADA, que la firme voluntad que nos anima y la satisfaccion que experimentamos de alentar a nuestros hermanos y decirles que las proletarias estan a su lado para afrontar los peligros de la lucha y adelante!

Espera LA ALBORADA confiadamente que sus hermanos de trabajo la ayudarán para poder seguir adelante en los propósitos que nos hemos señalado.

Al saludar LA ALBORADA en su primer número a todos los trabajadores, en una palabra, a toda la familia proletaria, y poner de manifiesto los ideales sanos y buenos que nos guian, nos hacemos un deber en ofrecer sus columnas para que espongan sus quejas y se impongan de las iniquidades criminales que usan los despóticos explotadores del trabajador.

Saluda tambien LA ALBORADA a todos sus colegas que trabajan por la conquista de los bellos ideales de igualdad y fraternidad, y al entrar al campo periodístico, les dice que será un ariete que caerá rudamente sobre la canalla dorada para sancionar sus actos.

CARMELA JERIA G.

La Mujer

AYER, HOI Y MAÑANA

Lejos, muy lejos están los tiempos en que la mujer recluida al jénesis esperaba temblando la visita de su adusto esposo, su señor y dueño, sin derecho a una caricia, ni a ver la luz ni otros hombres, como un ser repelente que por caridad o necesidad se toca.

Mas lejos están aun los tiempos primitivos y salvajes, en que la mujer, tendida en medio del bosque por el golpe brutal del hombre, era pasto de su lascivia y tenia que concebir sus hijos en medio de violencias y dolores atrozcs, para ser abandonada despues, muchas veces mori-

bunda, sin una mirada de cariño, de compasion siquiera.

Passaron, es cierto, esos tiempos de ignorancia y de barbarie, hemos llegado al siglo del vapor, de las luces y la electricidad, y sin embargo, la condicion de la mujer es casi idéntica a la de aquellos tiempos que tanto horror nos causan.

Se ha innovado en la vida, pero no en el fondo; y no obstante los progresos que a ciencia cierta ha alcanzado la humanidad, la mujer sigue siendo la perseguida del bosque, que cede al golpe rudo del macho, la hembra despreciable que se recluye al hogar, que ayer llamóse jénesis, la esclava moderna, sujeta por las necesidades de la vida, a su Dios y señor, el hombre, que lejos de ver en ella la coronacion, el perfeccionamiento de su existencia misma, una vez satisfecha su sensualidad, la mira como una carga onerosa que es necesario abandonar.

¿A qué se debe tan estraña, tan anómala, tan deprimente condicion? Al capital, y a este orden económico que ha generado la fuerza.

Desde los mas remotos tiempos, los mas osados y audaces han venido sometiendo a su capricho, que pronto se hizo lei, a la parte mas débil de la humanidad, con lo que nació la esclavitud y por ende el capital. La mujer, menos fuerte todavia que los que se llamaron esclavos, patias, idiotas, hoi dia proletarios, tenia que llevar la peor parte en esta contienda de la vida.

Obligado el hombre a trabajar y a producir, mas de lo que humanamente puede, se ha deformado su cuerpo, agriado su carácter y pervertido sus gustos.

Los nobles sentimientos, innatos el ser humano y que a traves de los siglos ha venido desarrollando la mancomunidad o sociabilidad en que le es fuerza vivir, se han visto aplastadas por las necesidades mas premiosas del bruto, lo que ha hecho esclamar a un grande hombre sintetizando la vida: «primero comer y despues filosofar.»

Dada la condicion económica en que vivimos, la explotacion odiosa de que es objeto el hombre por el hombre mismo, las diferencias de castas establecidas, que han permitido a unos el desarrollo excesivo de su mentalidad a los otros la atrofia de su cerebro, casi no es dable exigir de los de abajo mas amor y bondad con la mujer.

Nacido para bestia de carga, desde su mas tierna edad, no ha tenido otra cosa que ejemplos detestables que seguir.

La sonrisa de la niñez, que son como el rocío del alma, se ha petrificado en sus labios para dar paso a la muesa del dolor; los nobles impulsos de su pecho, son ahogados al nacer por crueldades e injusticias sin nombre, y la educacion que pudo ser para él como la fuente de Adicium de las eranienscs, dada en forma deficiente y rudimentaria, parcial, sectaria, no sirve para otra cosa que para desviarlo en su camino, despertando un tanto la intelljencia y hacerle comprender mejor su enorme pequeñez, su miserable condicion.

No es raro, pues, que quien no lleva en su ser

CONVERSACIONES SOBRE HISTORIA

La Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres en su larga trayectoria, 1990 a la fecha, junto con otras organizaciones feministas, ha identificado, visibilizado y denunciado diversas manifestaciones de violencia hacia las mujeres y ha evidenciado la conexión entre ellas como expresiones de un mismo patrón patriarcal. Así también ha desplegado esfuerzos por su desnaturalización, afirmando con ello la convicción de que podemos erradicarla; no es natural y no siempre ha sido así.

El problema de la violencia contra las mujeres surgía recurrentemente en los debates en el movimiento de mujeres y feminista durante la dictadura cívico-militar; la violencia doméstica y sexual pugnaba por salir a la luz. Muchas habíamos visto situaciones en que mujeres, avergonzadas, hablaban en voz baja con nuestras madres para pedirles remedios que aceleraran la sanación de sus lesiones o a ellas mismas enfrentando u ocultando hechos de violencia doméstica. Aun así, aunque fueran muchas, se veían como casos aislados y del mundo privado. Pero esto no sucedía solo en Chile. En la década de los 80, en el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en Bogotá en 1982, la violencia contra las mujeres fue asumida por el feminismo latinoamericano como un eje de su acción política. Se acordó, a petición de la delegación dominicana, declarar el 25 de noviembre Día Internacional de la No Violencia contra la Mujer y realizar acciones públicas en toda América Latina. Este impulso desencadenó un proceso de profundas reflexiones, ideas, debates, nuevos conocimientos, en un contexto dictatorial sostenido por la violencia estatal contra las y los opositores que se ejercía con una especificidad sexual contra las mujeres, como se develó décadas más tarde.

Ya en democracia, en 1994, fue promulgada la ley sobre Violencia Intrafamiliar (VIF), reformada en 2005, circunscrita al ámbito privado. Años más tarde se legisló sobre el femicidio (2010), concepto que al expresar claramente que

la víctima es mujer significó un avance respecto al de VIF, pero que como delito, al igual que lo establecido en la ley VIF, quedó restringido a hechos ocurridos en el contexto de relaciones íntimas de pareja, despolitizando un conflicto que está en la base del sistema patriarcal capitalista.¹

Cabe destacar, una vez más, que esta legislación contraviene el concepto de fondo de la Convención Belem do Pará, suscrita por el Estado chileno en 1994 y ratificada en 1996, desde su definición:

Artículo 1. Para los efectos de esta Convención debe entenderse por violencia contra la mujer cualquier acción o conducta, basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la mujer, tanto en el ámbito público como en el privado.²

El concepto de “violencia contra las mujeres” instalado por el feminismo amplía la visión y permite comprender que se produce y reproduce en todos los ámbitos, tiene distintas manifestaciones y, de una u otra manera, nos afecta a todas; que está naturalizada en nuestra cultura y es estructural; y, por tanto, un continuo en la vida de las mujeres.

Educación pública, laica y no sexista

A partir del 2006, con la campaña ¡Cuidado! El machismo mata, la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres ha difundido diversos mensajes visibilizando las distintas manifestaciones de la violencia: física, psicológica, sexual, simbólica, institucional, económica, entre otras. En este marco, en 2011, en un contexto de eclosión de los movimientos sociales, liderados por el movimiento estudiantil, la Red incluyó el mensaje “Educación pública, laica y no sexista”,³ para expresar que la institución educacional es clave en la transmisión simbólica del androcentrismo en la sociedad y en la reproducción de la violencia contra las mujeres.⁴

1 Diana Russell expresa que el término *femicide* apareció por primera vez en la literatura en *A Satirical View of London* (Inglaterra, 1801) para denominar “el asesinato de una mujer”. Russell teorizó sobre el concepto a partir de 1990, pero ya había realizado una ponencia sobre esta forma extrema de violencia contra las mujeres en 1976 ante el *Primer Tribunal Internacional de Crímenes contra Mujeres* que tuvo lugar en Bruselas.

2 Organización de Estados Americanos (OEA). *Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer*, adoptada en Belem do Pará, Brasil, 1994.

3 Entendemos por sexismo el conjunto de valores y mecanismos que legitiman formas de dominación basadas en el sexo de las personas y en lo que las personas deciden para su sexualidad. En tanto sustrato cultural, el sexismo es contenido fundamental de la autoidentidad, por eso, las personas lo aprenden, lo internalizan, lo adecuan y recrean. El sexismo en la educación refuerza y reproduce en el imaginario de niñas, niños y jóvenes el orden simbólico patriarcal, que ya viene delineado desde las familias, el entorno cercano y los medios de comunicación.

4 Diversas iniciativas que enfrentan el sexismo en la educación son de larga data, otras están en curso y muchas emergen cada día, en distintos niveles y ámbitos. Existen colegios, cursos, módulos y talleres de educación no sexista que con gran creatividad comparten nuevas formas de encarar la educación; así, también es prolífica la creación de cuentos infantiles que relevan otras relaciones humanas. Algunas de estas experiencias fueron incorporadas en el libro *Educación no sexista. Hacia una real transformación* (Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, 2015).

También realizó seminarios con dirigentes de distintos movimientos y organizaciones sociales para reflexionar sobre la posición de las mujeres en esta movilización y conversatorios con mujeres estudiantes en universidades y liceos. En la etapa final de estos debates,⁵ en 2013, algunas de las principales conclusiones fueron: desconocemos la historia de participación de las mujeres en Chile; estamos en una posición difícil en los espacios de la política tradicional y en los movimientos mixtos; y los intereses de las mujeres están ausentes en las demandas y discursos de los movimientos sociales.

La historia de participación de las mujeres en Chile es desconocida para la mayoría de la población y, en especial, para las mujeres. Esto tiene efectos profundos. No existen referentes en nuestro imaginario, que surjan espontáneamente, para afirmarnos en nuestras experiencias colectivas y dar nuevos pasos. No resulta extraño entonces que la participación de mujeres en los espacios de la política tradicional y en los movimientos mixtos sea difícil, y que muchas se retiren de ellos para conformar organizaciones propias porque su voz no es escuchada, sus propuestas al parecer no tienen importancia y están excluidas a la hora de tomar decisiones.

En la expresión pública de las demandas y discursos de los movimientos sociales de 2011 y los años siguientes, los intereses de las mujeres estuvieron escasamente presentes. La demanda de educación no sexista fue manifestada por algunas dirigentes del movimiento estudiantil, pero no llegó a incorporarse en el discurso de los dirigentes ni en las propuestas; quedó subsumida en las reivindicaciones globales, las posiciones políticas de clase y una percepción de cierta igualdad con los varones que manifestaban las estudiantes más jóvenes. Además, las estudiantes señalaron que en esta cultura patriarcal no basta ser mujer en cargos directivos para incorporar los intereses de las mujeres, también es necesario tener conciencia de serlo.

5 Seminario “Las mujeres en los movimientos sociales” (2011), organizado por la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, con el auspicio de la Fundación Heinrich Böll. Participantes: Nataly Espinoza Salomón, Presidenta de la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso; Sandra Olivares Matus, Presidenta de la Asociación de Profesionales Universitarios de los Servicio Públicos – APRUSS, Servicio de Salud Sur Oriente, Sótero del Río; María Esperanza Robles, Red de Mujeres de El Loa, Calama; Isabel Cañet, integrante del Colectivo We Newen – Temuco; Paloma Muñoz, Vocera de la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios – CONES; Ximena Riffo, activista feminista, fotógrafa independiente, integrante del Primer Colectivo Lésbico “Ayuquelén”.

Seminario “Las mujeres en los movimientos sociales” (2012) organizado por la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, con el auspicio de la Fundación Heinrich Böll. Participantes: Iris Hernández, Movimiento Lésbico-Ideas Sin Género; Milene Molina, Colectivo Mujeres Afrodescendientes-Luanda, Arica; Eloísa González, Vocera de Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios/os, ACES; Camila Carrasco, Vicepresidenta de la Federación de Estudiantes, Universidad de Santiago, USACH; Benedicta Aravena, Movimiento de Mujeres por la Reconstrucción del Maule; Bárbara Figueroa, Presidenta de la Central Unitaria de Trabajadores, CUT.

Educación sexista: sin mujeres en la historia

Sabíamos que la historia de las mujeres era poco conocida. Las mayores recordamos su ausencia cuando éramos estudiantes secundarias en los años 60 y lo refrendaron las jóvenes de enseñanza media en los conversatorios que sostuvimos en 2013.

A partir de ahí nos abocamos a la revisión crítica de cuentos infantiles y textos escolares de primero básico a cuarto medio que distribuye el Ministerio de Educación en las escuelas y liceos públicos.⁶ Este estudio fue realizado por doce colaboradoras de la Red, en su mayoría profesoras.⁷

Constatamos que ya existían estudios de este tipo y también una vasta historiografía de mujeres que no conocíamos o que no nos hizo sentido en su momento, pero después de esa revisión de textos entendimos que el desconocimiento de la historia de las mujeres es un asunto complejo que no se explica con decir “es porque no leemos”. En realidad, aunque leamos los textos escolares y los de historia oficial no nos vamos a encontrar. Peor aún, por la mínima frecuencia con que las mujeres estamos presentes en autorías e imágenes, la escasa o nula participación que se nos atribuye en los hechos que se narran, los roles secundarizados que desempeñamos en el desarrollo de las sociedades, y el uso de un lenguaje masculino universal, los textos escolares dejan la impresión de una desigualdad “natural” en los atributos de la especie humana.

Salvo que tomemos conciencia del sexismo en la educación como productor y reproductor de la secundarización y violencia hacia las mujeres. Cuando eso sucede, entendemos que erradicarlo –sacarlo de raíz– implica socavar uno de sus fundamentos: la exaltación masculina contenida en el relato histórico dominante. Y esto pasa por conocer, reconocer y valorar nuestro lugar en la historia, cuyas bases ya han sido señaladas por la vasta historiografía de mujeres.

Entonces, ese mismo año cambiamos la idea inicial que se orientaba a la elaboración de propuestas para una educación no sexista por la de adentrarnos en la omisión de las mujeres en el relato histórico. Porque esa omisión nos crea un piso falso, un aprendizaje que nos hace ajenas a nosotras mismas; el relato histórico es masculino, los hechos que narra

6 Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres. Revisión crítica de 28 textos escolares distribuidos por el Ministerio de Educación a escuelas y liceos públicos en el año 2012. Los textos corresponden a Historia, Geografía y Ciencias Sociales, y Lenguaje y Comunicación de 1º Básico a 4º Medio; y Biología de 1º a 4º Medio, elaborados por las editoriales Santillana, Edebé, Cal y Canto, Mare Nostrum y SM. El estudio se realizó sobre la base de cuatro categorías: frecuencia de aparición de mujeres; tipos de participación de las mujeres; atribución de roles; y uso del lenguaje.

7 Paula Aravena, Elizabeth Llanquino, Valeria Donatti, Paulina Espínola, Elisa Nova, Betsabeth Marín, Carina Alarcón, Elena Bergen, Camila Nohra, Alejandra Machado, Mónica Merino y Priscila González.

y exalta son protagonizados por hombres, son la historia per se, y sobre estas bases se erige nuestra cultura. Lo que hicieron y lo que hacemos las mujeres es omitido o secundarizado, no importa.

Para profundizar y concretar esta idea, la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres constituyó en 2016 un grupo integrado por cinco feministas que, en distintos espacios y tiempos, han estado involucradas en el sistema educacional, la historia de las mujeres y el trabajo por una educación no sexista. Comenzamos a llamarlo “Grupo Historia” y estuvo integrado por Francia Jamett Pizarro, Daniela Lillo Muñoz, Lorella Lopresti Martínez, Sandra Palestro Contreras y María Stella Toro Céspedes.

En el Grupo Historia ninguna de las preocupaciones a las que nos hemos referido hasta aquí nos son ajenas. Somos parte de esta historia oculta, nos hemos formado con cuentos y textos escolares sexistas, hemos vivido violencia en muchas de sus manifestaciones, hemos participado, unas en el movimiento de mujeres y feminista durante la dictadura, otras en el movimiento estudiantil, pertenecemos a distintos colectivos feministas y trabajamos dobles y triples jornadas. Nos regalamos, entonces, el gozo de conversar sobre historia, compartir nuestras vivencias y las transformaciones experimentadas, porque como decía Julieta Kirkwood en los 80, “las mujeres necesitamos conocer nuestra historia, a través de estas historias ocultas la mujer se libera”.

Partimos de la omisión de las mujeres en los textos escolares, de su ausencia en la historiografía oficial y, peor aún, en el imaginario colectivo. Fuimos viendo los efectos de esta omisión en la conformación de subjetividades y arribamos a la necesidad de ir más allá de incluirnos en la historia masculina y de remendar los textos escolares. Nos dimos cuenta de que no hemos asimilado una historia de mujeres como referente y constatamos que al saber de las mujeres empezamos a ver a las mujeres.

También vimos cómo se transmite en la cultura la rivalidad entre mujeres y cómo al compartir experiencias y lugares se construyen amistades, complicidades. Comprendimos que no es necesario conocer primero para transformar, sino que se trata de procesos simultáneos que se experimentan como un click que cambia la mirada y la forma de estar y entender el mundo en que vivimos. Decidimos que no queremos anexar la historia de las mujeres a la historia global, sino construir otra historia, transformando ambas, en la perspectiva de relatos de la historia de la humanidad con todas, todos y todas sus protagonistas.

Entonces, lo que queremos hacer no es reinterpretar la historia tal como ha sido narrada, sino más bien reinterpretar las formas de ver y de hacer la historia; también las formas de relacionarnos, de autoconocernos, de transformarnos, de construir desde las diversas subjetividades que se juntan en distintos momentos.

Los textos que presentamos a continuación contienen los asuntos más recurrentes, en el ir y venir de tantos otros, que fueron apareciendo en las conversaciones, sin formalidades ni pautas, del grupo. Solo teníamos un difuso objetivo de “reinterpretar la historia” y la intención de centrarnos en las mujeres en Chile y América Latina, pero esto fue suficiente para empezar a hilar un deseo, un anhelo que, unido al contexto actual de expansión del feminismo y la conciencia, de las jóvenes principalmente, se nos fue haciendo cada vez más claro y posible.⁸

8 En este libro se entretienen textos que dan cuenta de nuestras conversaciones, recogidos y sintetizados por Sandra Palestro Contreras, con artículos elaborados por las integrantes del Grupo Historia y otras mujeres que invitamos a participar en esta publicación, por considerar que sus investigaciones y reflexiones contribuían a profundizar varios de los aspectos tratados en las conversaciones.



Fotografía: Archivo DIBAM

MEMCH
83
CHILE

AGRUPACION
MUJERES DEMO



I

AUSENTES DE NUESTRO
PROPIO IMAGINARIO

CONVERSACIONES

Omitidas del relato histórico

Al iniciar estas conversaciones, pensábamos en la reinterpretación de la historia como una posibilidad de rescatar los mundos ausentes en la historiografía oficial, principalmente los diversos mundos de las mujeres pobladoras, mestizas, indígenas, afrodescendientes, lesbianas, trans, que forman parte de nuestro continente y nuestro país. Partíamos del relato histórico androcéntrico que releva la acción masculina como única en el devenir de las sociedades y, por tanto, ha omitido a las mujeres a la vez que ha construido un mundo femenino aparte, secundarizado, sin valor.

Ya habíamos visto que la concepción androcéntrica del mundo estaba presente en los cuentos para niñas y niños, en los textos escolares de todas las asignaturas y en la literatura de lectura obligatoria de escuelas y liceos. El estereotipo se reproducía en todas las áreas: nuestro lugar era la casa y sus labores, mientras la historia se desarrollaba puertas afuera. A las mujeres todo nos sucedía, como si siempre hubiésemos estado pasivamente mirando el acontecer, mientras lo importante era protagonizado por hombres o esporádicamente por mujeres, si cumplían los parámetros androcéntricos, si se asimilaban a cualidades masculinas como el valor, la fuerza, la rectitud, entre otras, o si resaltaban en ellas la perversidad o la crueldad.

Darse cuenta de que el sistema educativo transmite el sexismo lleva de suyo a mirar el contexto y comprender que, de una u otra manera, esta transmisión se produce y reproduce en las familias, en las instituciones públicas y privadas, en la calle y también en los movimientos sociales: se ha creado culturalmente una “desigualdad natural” en la especie humana. El relato histórico androcéntrico se ha convertido en la historia misma de la humanidad.

Una vez instalado este orden de cosas en el sentido común, la actitud general es de natural aceptación, sin mayores cuestionamientos. Solo al proponernos examinar la realidad con una actitud crítica nos damos cuenta de la dimensión sexista y discriminatoria de

todos los contenidos y prácticas de nuestra cultura; de los efectos que una cultura así construida tiene en la vida de las mujeres y de otros sectores oprimidos; y de la necesidad de transformarla. Constatamos, entonces, que era necesario ir más allá del análisis de los contenidos y formas del sistema educativo para llegar a las bases en que se asienta nuestra cultura: la dominación patriarcal y, una de sus consecuencias fundamentales, la omisión de las mujeres del relato histórico de la humanidad.

Primero quisimos encontrar un lugar en la historiografía existente; pensábamos que quizás incorporadas al mundo relatado en masculino seríamos visibles, existiríamos. Luego, nos dimos cuenta que no podíamos integrarnos a ese relato porque, aunque la presencia de mujeres es insoslayable en todos los acontecimientos de la vida, ya estábamos práctica y simbólicamente confinadas al mundo privado. Los asuntos públicos eran los importantes y valorados, y las mujeres que participaban en ese espacio o eran marginadas y denostadas o no tenían poder; en ocasiones, su cercanía con los protagonistas las había involucrado tangencialmente en los hechos que se narraban. Sobre la acción masculina se creó el relato histórico y, por tanto, sus categorías no nos incluían: la política, la economía, la ciencia, los descubrimientos, las revoluciones.

La pregunta, entonces, es: ¿queremos incorporarnos a esa historiografía androcéntrica o queremos reconocer y narrar nuestra propia historia? Porque ese lugar vacío de nuestros quehaceres en el relato histórico tiene consecuencias en las vidas personales y en las posibilidades de enfrentar el mundo colectivamente. Que la historia de las mujeres no se reconozca, en el fondo quiere decir que lo que hemos hecho no importa. Da lo mismo haber estado en una revolución, resignificado la democracia, estar todos los días sustentando reproductivamente la vida de la humanidad; nada de eso importa, estamos ausentes o secundarizadas. Y eso tiene efectos.

Svetlana Alexiévich, a raíz de entrevistas realizadas a mujeres de la Unión Soviética que participaron en la segunda guerra mundial expresa:

En lo que narran las mujeres no hay, o casi no hay, lo que estamos acostumbrados a leer o escuchar: cómo unas personas matan a otras de forma heroica y finalmente vencen. O cómo son derrotadas. O qué técnica se usó y qué generales había. Los relatos de las mujeres son diferentes y hablan de otras cosas. La guerra femenina tiene sus colores, sus olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras. En esta guerra no hay héroes ni hazañas increíbles, tan solo hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana. En esta guerra no solo sufren las personas, sino la tierra, los pájaros, los

árboles. Todos los que habitan este planeta junto a nosotros. Y sufren en silencio, lo que es aún más terrible.

Pero ¿por qué?, me preguntaba a menudo. ¿Por qué después de haberse hecho un lugar en un mundo que era del todo masculino, las mujeres no han sido capaces de defender su historia, sus palabras, sus sentimientos? (p.14).

Por “falta de confianza”, concluye Svetlana. “Y con ello, se nos oculta un mundo entero. Su guerra sigue siendo desconocida”, agrega.⁹

Aunque parezcan lejanas, la escritora bielorrusa y la guerra que refiere reflejan también lo que sucede en estas latitudes en el presente. No tener historia o tener una historia fragmentada o no tener referentes se traduce en inseguridad, falta de confianza en nosotras, en nuestra capacidad transformadora, en nuestra historicidad. Entonces la falta de confianza opera como un círculo vicioso, es origen y consecuencia a la vez.

Lo paradójico es que el relato histórico sobre lo que han hecho las mujeres, producido principalmente por historiadoras feministas, sí existe pero, aun así, y eso es lo preocupante, la historia de las mujeres no está instalada en nuestro imaginario. Siempre partimos de cero, porque no tenemos integrada en nuestra memoria ni individual ni colectiva la trayectoria de las antepasadas. Simbólicamente parece que todo se nos ha concedido y que cada generación inaugura la rebeldía. No valoramos incluso nuestras propias prácticas, lo que estamos construyendo ahora, aunque lo estemos viviendo. La historia de las mujeres no solo no está instalada en la historia tradicional, con tiempos, espacios y personajes o sujetos específicos, tampoco en nuestra vida cotidiana.

No tenemos, no conocemos o nos cuesta reconocer referentes que nos impulsen a avanzar más rápido en nuestra afirmación como sujetos. Y no se trata de mencionar sus nombres en un discurso o decir que venimos de una larga experiencia de luchas: la cuestión es tomar conciencia de las lecciones que nuestras antecesoras derivaron de esas luchas, las opciones que tomaron, las consecuencias y los conflictos que tuvieron que enfrentar y los cambios que produjeron en general y en contextos específicos. Se trata de que nos sintamos orgullosas y nos hagamos parte de esa historia que es nuestra historia.

9 Alexiévich, Svetlana. (2016). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Buenos Aires: Penguin Random House.

Con frecuencia, en encuentros y asambleas se plantea la propuesta de crear un partido feminista, un periódico o un boletín, instalar un departamento o instancia específica de mujeres dentro de un partido o movimiento y, en la práctica, se da también la fragmentación de organizaciones mixtas al retirarse las mujeres de ellas para constituir instancias propias. Esta situación, que hemos vivido en todos los tiempos, refleja con claridad nuestra posición en la sociedad y las consecuencias de vivir sin historia, sin memoria: caemos en un círculo vicioso que nos impulsa al lugar cálido y acogedor de la organización o el movimiento propios, pero que nos recluye en un mundo aparte.

Como planteaba Julieta Kirkwood,

al considerar a la mujer como unidad, producto de innumerables estructuras productivas, reproductivas y políticas, se revertirá el análisis de lo netamente femenino, planteándose como una problemática que engloba la totalidad de la vida cotidiana. A través de su negativa de dejar fuera de la preocupación social los problemas individuales y personales, dejará puesta en la conciencia social y colectiva su reciente descubierta verdad: 'lo personal también es político'. Desde allí, entonces, en la nueva imagen problematizada del mundo, se hará presente en 'lo público' todo aquello que históricamente se desenvolvía en el círculo de 'lo privado' (p.64)¹⁰.

La historiografía de mujeres, desarrollada durante el siglo XX por mujeres de distintas clases, etnias y sexualidades en todo el continente y el mundo, ha establecido nuevas bases para interpretar los procesos sociales, y ha reconstruido la historia desde otros lugares y experiencias desechadas por la academia. Desde las primeras historias de vida de mujeres notables, las feministas han desarrollado diversas corrientes historiográficas: unas han develado la subordinación y discriminación de la mujer; otras, su creatividad y fuerza; otras han puesto el foco en los movimientos sociales y la lucha por sus derechos; las socialistas han replanteado los postulados marxistas sobre la opresión de la mujer; algunas se han enfocado en los ámbitos de la familia, el hogar, las relaciones interpersonales, la niñez, la salud, o la participación política. De manera reciente, algunas autoras y pensadoras han instalado la discusión sobre resabios coloniales en el feminismo y otras han problematizado la heteronormatividad en la cultura.

Lo que está claro es que ya no buscamos integrarnos al relato histórico masculino: queremos reconocernos en nuestra propia historia que

10 Kirkwood, Julieta (1986). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago, Chile: FLACSO.

transcurre en un mundo compartido y, en ese proceso, ir construyendo un nuevo relato de la humanidad.

Lo que queremos hacer, entonces, no va por el lado de reinterpretar la historia así como ha sido narrada, sino más bien reinterpretar las formas de ver y de hacer la historia, y no solo la historia, también las formas de relacionarnos, de autoconocernos, de transformarnos y de construir cultura desde las diversas subjetividades que se juntan en distintos momentos. Es decir, valorar un modo de mirar con otros ojos la vida, y posicionarnos en ese modo de mirar, porque la historia es la vida misma, lo que somos nosotras, lo que hemos sido, lo que estamos construyendo.

CONVERSACIONES

Nuestras referentes individuales y colectivas

Esta reinterpretación de las formas de ver y hacer la historia tendría que abrir nuevos mundos, porque pese a que vamos accediendo a espacios que antes nos eran vedados, las relaciones sociales estructurales de clase y de género, entre otras, permanecen sin variación, solo visten otros ropajes. Las nuevas generaciones de mujeres ciertamente viven en un mundo distinto al de sus madres y abuelas, pero muchos lugares a los que acceden ya están fijados. Unas entran en la maternidad y las labores de cuidado, opcionalmente o no, y muchas suman a esas labores las de trabajo remunerado. Otras tienen posibilidades de ser profesionales y entran en el competitivo mundo laboral; es la *súper mujer*, dice Marcela Lagarde: “es guapa, tiene dinero, es profesional”. Esto implica altos niveles de exigencias y autoexigencias para entrar finalmente en una cultura, que desde sus valores predominantes y sin importar el lugar en que estemos, nos secundariza.

Imágenes de esta *súper mujer* se encuentran en los medios de comunicación, en la publicidad y llegan a ser referentes para las niñas y las jóvenes. Otras imágenes, como podrían ser, por ejemplo, las del movimiento de mujeres pobladoras en los años 80 son difíciles de encontrar. Hay que recurrir al Archivo Nacional que ha ido compilando lo existente y a los registros particulares que aún hoy guardan algunas mujeres que participaron en dicho movimiento. ¿Cómo las podemos conocer si no tenemos dónde encontrarlas? ¿Dónde poner rostros a muchos nombres que hemos escuchado? ¿Cómo podemos acercarnos a aquellas mujeres que desde las poblaciones hicieron cosas extraordinarias? Ningún medio oficial registró sus acciones.

No están en el imaginario social las mujeres del pasado, sus acciones colectivas, sus logros, salvo algunas destacadas; tampoco las mujeres de sectores populares del pasado o del presente, y es

evidente la ausencia de las mujeres de pueblos originarios, lesbianas, niñas, afrodescendientes, cuya existencia en Chile incluso ha sido negada.

La falta de referentes es grave. No tenemos figuras de mujeres con quienes identificarnos. Transitamos por caminos que mayoritariamente tienen huellas masculinas. Nos cuesta actuar en espacios públicos, surge la inseguridad, la falta de confianza, la autocensura. Para muchas mujeres, esto ha significado mantenerse en la eterna espera de que otras personas hablen por ellas, en el constante malestar de no sentirse escuchadas y, por tanto, de pensar que lo que han hecho no tiene mayor valor.

En los 80, cuando se publicaron los libros *Queremos votar en las próximas elecciones*,¹¹ *Ser política en Chile*,¹² ambos en 1986, y *La mujer proletaria*,¹³ en 1987, se abrió un mundo que desconocíamos. Empezamos a encontrar a otras mujeres, no solamente a las de nuestro entorno o contemporáneas, también a las antecesoras. Había boletines, diarios publicados por ellas, había libros y no sabíamos de ellos. No habían sido parte de nuestra educación formal en ningún nivel, tampoco de nuestras conversaciones; no aparecían en las películas ni en los medios de comunicación, menos aún en las revistas “para público femenino”. Entonces sucedió lo sorprendente: cuando conocimos la acción colectiva de las mujeres, empezamos a verlas y a vernos.

En las conversaciones surgían, ahora, referentes de mujeres: nuestras madres, nuestras compañeras y otras. Además, para las militantes de izquierda, otra fuente de referentes fue la revolución nicaragüense en la que la mujer participa y tiene protagonismo. Aunque ahora la veríamos con ojos más críticos, la imagen de la mujer con un bebé en los brazos y el fusil al hombro interpretaba a muchas.

Por otra parte, sucedía también que algunas jóvenes de sectores populares muy combativos durante la dictadura, hijas de mujeres luchadoras, cuando hablaban de sus madres o de sus abuelas lo hacían en términos conflictivos debido a los obstáculos que estas, en especial sus madres, les ponían para salir a los grupos que se manifestaban en las calles; además, les imponían labores de madres, tenían que cuidar a los hermanos y hermanas pequeñas, y les transmitían la idea de que la crianza es tarea de mujeres. A estas jóvenes, cuando se les preguntaba por referentes femeninos, reconocían

11 Gaviola, Edda; Lopresti, Lorella; Jiles, Ximena; Rojas, Claudia (1986). *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*. Santiago de Chile: Centro de análisis y difusión de la condición de la mujer/La Morada, Fempress/Ilet, Isis, Librería Lila, Pemci/Centro de Estudios de la Mujer.

12 Kirkwood, Julieta. Op.cit.

13 Salinas, Cecilia. (1987). *La mujer proletaria: una historia por contar*. Concepción, Chile: Ediciones Lar.

a la Katy, personaje de una teleserie y solo al preguntarles por una mujer más del pasado recordaban a Violeta Parra. La conocían como cantautora popular pero su imagen no les venía espontáneamente a la memoria, su recuerdo era inducido.¹⁴ Esto muestra lo obvio: una cultura androcéntrica, al omitir a las mujeres, provoca desconocimiento de sus acciones individuales y colectivas y, por ende, algo menos obvio, falta de interés por conocer su historia y también dificultad para reconocerse en ellas.

Al conversar con jóvenes universitarias sobre la presencia de muchas dirigentas en el movimiento estudiantil y en otros movimientos sociales, que se hizo evidente en 2011, estas señalaban que “llegan a la dirigencia más hombres y las mujeres que lo hacen se masculinizan”; “[las mujeres] se van poniendo más rígidas y se imponen porque entran en el mismo juego”; “se masculinizan en cierto grado porque el poder es masculino”; “si entran al poder [tienen] que desprenderse de algo, (...) ceder algo de sí”; “una mujer para llegar a un puesto de poder debe dejar de ser ella para mimetizarse con los hombres”; “la masculinización se da como forma de afirmación, legitimación cuando se está en cargos”. Pero, al reflexionar sobre sus propios dichos, les surgieron preguntas: “¿hay un referente femenino?”; “¿qué está socialmente establecido como femenino?”. Y luego algunas constataciones: “la sociedad dice cómo debemos comportarnos y cuando nos salimos de este esquema nos estigmatizan”; “nosotras también las tratamos [a las dirigentas] peyorativamente”; “hay un concepto estructurado de lo que es ser mujer, qué es lo masculino y qué es lo femenino”. Para llegar, una vez más, a la conclusión de que “es necesario desligarse de los estereotipos y prejuicios”.¹⁵

Desligarnos de estereotipos y prejuicios es tarea ardua, pues la dominación de las mujeres es condición del patriarcado y el capitalismo, y está instalada en la matriz cultural de nuestra sociedad. Se reproduce en la socialización de género tan temprano de manera tal que la forma en que vivimos y nos relacionamos parece natural. Y esto es así, precisamente, porque el espacio doméstico se asume sin valor histórico, como si las pautas de crianza y socialización que allí se reproducen fueran neutras, estuvieran fuera de la historia, en sus condicionamientos culturales de género, clase, racial, religioso, político, etc. Es en este espacio donde la institución de la familia despliega su acción formativa de integración al mundo de las nuevas generaciones.

14 Taller sobre participación de mujeres en el ámbito comunitario realizado por Francia Jamett con mujeres jóvenes en 1995.

15 Conversatorios con jóvenes universitarias realizados por la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres en 2012.

Si queremos seguir un camino distinto del tradicional ya fijado, enfrentamos una primera gran dificultad: lo hacemos del modo que conocemos dentro de esta cultura androcéntrica y este coincide con la falta de historia en nuestro imaginario. ¿En qué nos apoyamos si la memoria no incluye a nuestras antepasadas y sus expresiones emancipadoras?



Fotografía: Archivo DIBAM



Fotografía: Estefanía Toro Rosales

MOVIMIENTO DE MUJERES CHILENAS: EMANCIPACIÓN INCONCLUSA

Sandra Palestro Contreras*

Hasta hace algunas décadas, muy poco sabíamos de la acción colectiva desplegada por las mujeres en Chile y, menos aún, de quiénes se habían destacado en la formación y conducción de organizaciones y creado corrientes de pensamiento. Y no era porque no existieran testimonios de aquellos hechos, después supimos que había artículos, documentos y libros, además de algunos periódicos de organizaciones de mujeres, que daban cuenta de esas acciones y consignaban ese pensamiento.

Desde fines del siglo XIX, con las jornadas por el ingreso a la educación superior y hasta hoy, que ya se habla de un sistema patriarcal, mujeres y grupos han estado advirtiendo que algo no anda bien en la distribución de funciones en la sociedad y tampoco en la distribución de derechos. Sin embargo, ello no estaba presente en las conversaciones en nuestro círculo familiar, tampoco era materia de estudio en la escuela ni de reflexión en la universidad. Menos aún se encontraba en los medios de comunicación alguna referencia a las ideas de cualquier índole provenientes de mujeres.

Las mujeres estábamos ausentes sistemáticamente y, peor aún, para la generalidad de nosotras no parecía raro. Como dice Celia Amorós,

* Integrante del Grupo Historia. Socióloga. Profesora de Educación Básica y Alfabetización de Adultos/as durante el gobierno de Salvador Allende. Coautora del libro *Una historia necesaria. Mujeres en Chile 1973-1990* (Santiago, Chile: Aki & Ahora, 1994).

es la ausencia que ni siquiera puede ser detectada como ausencia porque ni su lugar vacío se encuentra en ninguna parte (...), emerge a veces en el discurso masculino, como la isla en el océano, como lo gratuito y lo inexplicable, lo que inesperadamente se encuentra sin haberlo buscado.¹⁶

De mi abuela materna, nacida a fines del siglo XIX en Iquique, nunca escuché relatos de mujeres. En su afán de sacar adelante a sus hijos, hablaba de las dificultades por conseguir el sustento y siempre de su difícil relación con “ese hombre”, refiriéndose a mi abuelo. Hoy sé que las mujeres de las salitreras fueron pioneras en la creación de organizaciones y que impulsaron la emancipación de la mujer y el librepensamiento, alentadas por Belén de Sárraga. Mi abuela paterna, que había anclado en varias ciudades del país con su esposo militar, hablaba del “quehacer que me dan estos hombres”, mis tíos, pero no registró acciones de mujeres. Mi madre, santiaguina, aparte de recordar las vicisitudes de su infancia, se refería en algunas ocasiones a los desplantes públicos de “este hombre”, mi padre, pero nunca a las movilizaciones por el derecho a voto de las mujeres, que eran tan públicas y contemporáneas como los desplantes de “él”.

Después fui viendo que recuerdos como el de mis abuelas y mi mamá provienen de mujeres de estratos populares sin militancia, de mujeres “dueñas de casa” a tiempo completo, porque otras mujeres, también provenientes de estratos populares pero con militancia partidaria, habían escuchado de sus abuelas esas luchas. Las de sectores medios o altos relataban que habían escuchado de las abuelas sus deseos de ser profesionales, médicas o abogadas y que, sin embargo, habían tenido que entrar a la Cruz Roja o a estudiar pedagogía, por ser estas profesiones de “señoritas”.

Aun así, hasta hace poco, en las unas y en las otras estaba tan arraigada la ausencia de las mujeres en sus imaginarios que ni estos mismos relatos nos remitían a ellas, a la importancia de sus luchas cotidianas o de su rebeldía producto de la frustración que habían experimentado. Las experiencias de ellas, aunque vistas y expresadas, nada nos decían: no reconocíamos su valor.

En la escuela, alguna vez la profesora habló de Fresia y Guacolda, o quizás lo leí, la cuestión es que ya adulta no sabía diferenciar a una de la otra. Lo único que tenía claro es que eran esposas de líderes mapuches. Después se incorporaron a mi imaginario las figuras de Javiera Carrera y Paula Jaraquemada, pero todas ellas tenían un carácter más bien

16 Amorós, Celia. (1985). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, España: Editorial Anthropos.

anecdótico y quedaban congeladas en el hecho único que, nos dijeron, habían protagonizado. En cambio, las mismas profesoras se encargaban de ensalzar las virtudes y el pensamiento de O'Higgins, San Martín, José Miguel Carrera, Manuel Rodríguez y otros. En la universidad, simplemente la ausencia fue total.

Por su parte, la prensa, cuando incluía algo sobre mujeres era para resaltar la femineidad de aquellas que sobresalían en alguna área o para denostar a las que transgredían los patrones culturales dominantes, tergiversando y sesgando sus planteamientos y enlodando sus nombres.

Debo hacer el alcance de que fui buena alumna, para que no se diga que por negligencia, cimarras u otros avatares estudiantiles la historia me pasó por el lado. Doy fe de ello recordando hasta con detalles la Batalla de Maipú y el abrazo de San Martín con O'Higgins enyesado, la hazaña de Arturo Prat y sus valientes soldados, y la imagen seductora de Manuel Rodríguez, por mencionar solo a los héroes nacionales.

Quedaba claro que la historia escrita no había consignado a las mujeres y tampoco lo había hecho el sentido común, de manera que efectivamente en nuestro imaginario no estaba ni siquiera su lugar vacío. En los textos escolares apareció de pronto una figura femenina, presentada en forma maternal y dulce: Gabriela Mistral. "Pero ella era de Castellano, no de Historia", como me dijo una liceana una vez.

Hoy, cuando conozco el papel que han jugado las mujeres en la historia de nuestro país, me doy cuenta de la gravedad de su ausencia: estaban ausentes de nuestras identificaciones. Algo nos parecía mal y no queríamos seguir los pasos de nuestras madres, pero tampoco los de otras mujeres transgresoras, de "mala fama". No teníamos ni buscábamos un modelo femenino distinto al existente.

De manera que conocer la historia de las mujeres, recopilada por historiadoras de fines del siglo pasado nos llevó a saber de aquellos documentos que testimoniaban sus luchas y conquistas, y nos puso frente a los ojos un espejo para valorar nuestro propio quehacer, nuestra propia existencia colectiva.

Fue durante la dictadura militar cuando la historia nos echó a volar en medio de una pesadilla. En ese tiempo trastocado y dramático, construimos nuestros pequeños mundos particulares, nuestros mundos de mujeres organizadas, activas, valientes, autónomas. También construimos el mundo más amplio, pero no menos particular, del movimiento de mujeres. En esos

mundos creamos el ambiente que requeríamos para vivir nuestra verdadera realidad, esa que traía ancestrales rebeldías, aquella que nos decía desde siempre que no éramos como decían que éramos. O que lo éramos también, pero no exclusivamente.

¿Dónde estaba el “sexo débil” cuando nos hicimos cargo del mantenimiento familiar, del apoyo a los presos políticos y de la lucha antidictatorial? ¿Dónde quedaba la ternura cuando nos vimos con tanta fiereza en las peleas callejeras? ¿Dónde estaba la pasividad cuando irrumpimos con múltiples formas creativas de organizarnos y movilizarnos? ¿Dónde quedó el ser para otros cuando nos apasionamos en la búsqueda de nuestros cuerpos, de nuestra sexualidad, de nuestros propios deseos?

Hoy creemos que esa fuerza emanaba en parte de la memoria individual y colectiva que la misma represión hacía desplegar en todas sus dimensiones.¹⁷ Una memoria hecha de exclusiones y rebeldías, de negaciones y autonegaciones, pero también de participación y esfuerzos por cambiar un destino supuestamente natural. Sabíamos de la capacidad y fuerza que podíamos generar actuando agrupadas. Más aún, muchas teníamos experiencia en las variadas organizaciones creadas durante la Unidad Popular y en múltiples manifestaciones callejeras.

La destrucción del espacio público tradicional, con su entramado de instituciones y organizaciones, y la amenaza constante a la vida y a la subsistencia concentró demandas de todo tipo en el mundo privado: vida cotidiana, pareja, hogar, familia. ¿Cuántos hogares sufrieron la detención, el exilio, la muerte de alguno o varios de sus integrantes? ¿En cuántos se vivió en la práctica el cambio repentino y forzado de los roles tradicionales cuando miles de jefes de hogar quedaron cesantes?

Por otra parte, la tácita y patriarcal “promesa” de un castigo menor para las mujeres, por nuestra condición de madres o de “sexo débil”, pronto mostraría ser una falacia. Las mujeres supimos en carne propia que ni la maternidad, tan sagrada para ellos, contaba a la hora de exterminar al “enemigo interno”. Por el contrario, el hecho de ser mujer implicaba un tratamiento especial: violencia sexual en la tortura.

Las primeras iniciativas individuales, luego con amigas, compañeras o desconocidas, se fueron transformando en múltiples organizaciones. Desde ellas, heterogéneas y disímiles, pero con propósitos comunes, aprenderíamos

¹⁷ Este recuento es una síntesis libre basada en los siguientes textos: Gaviola, Edda; Largo, Eliana y Palestro, Sandra (1994). *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*. Santiago, Chile: Aki & Ahora; y Palestro, Sandra. (1991). *Mujeres en Movimiento. 1973-1989. Serie Estudios Sociales* N°14. Santiago, Chile: FLACSO.

a conocernos y a encontrarnos en una misma condición. Allí comienzan a colectivizarse problemas que estaban ocultos en la esfera privada. Primero la subsistencia misma y luego las relaciones de pareja, la sexualidad, la violencia doméstica, la subordinación, la dependencia económica.

En este proceso, similar al vivido por mujeres en otros países latinoamericanos que enfrentaron a los distintos regímenes dictatoriales y sus consecuencias, se fue perfilando con nombre y apellido ese malestar que desde siempre era parte de nuestras vidas: ¿quiénes éramos?, ¿cómo habíamos sido?, ¿por qué?

Entonces, el conflicto, la ruptura del sistema democrático que permitió el encuentro de estas distintas actrices en un propósito común se vio cruzado por otro conflicto: el de las relaciones de poder entre los géneros. El movimiento feminista fue configurando un pensamiento y una acción que se iría alimentando, de manera recíproca, con el movimiento de mujeres y con un análisis de la realidad social que permitió evidenciar y explicar el porqué de la situación subordinada de las mujeres, realidad no abordada antes por teorías del poder basadas exclusivamente en antagonismos de clase, y que trascendía el período de dictadura militar.

Así fue como, además de luchar contra la dictadura, cuestionamos el sistema patriarcal, nos levantamos como sujetos y comenzamos a proponer cambios en la realidad de las mujeres, y transformaciones profundas en la sociedad. Un movimiento surge a partir de un conflicto que, al ser superado, puede llevarse consigo la “razón de ser de este”. Pero también puede suceder, y este fue el caso, que en ese accionar algunos sectores del movimiento logren visualizar otros conflictos, más profundos y permanentes, que permeen su accionar y lo hagan trascender una vez superado el conflicto que lo originó.

Ya en democracia, el patriarcado volvió por sus fueros y, aunque se logró el cuestionamiento de ciertas pautas culturales, el asunto fue zanjado por el nuevo gobierno con un discurso que proponía la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, permaneciendo oculta la desigualdad y la opresión estructural que es precisamente lo que devela el feminismo. Hasta hoy.

CONVERSACIONES

Rivalidades y complicidades

A todas nos ha pasado estar en grupos de mujeres donde se vivencian diversas prácticas que dan cuenta de rivalidad y competencia, coexistiendo con expresiones de fructíferas complicidades construidas desde historias comunes.

La conflictividad entre mujeres tiene una especificidad que requiere revisarse y comprenderse. ¿Por qué surgen estas rivalidades o competencias en los grupos de mujeres, que muchas veces no logran resolverse en el tiempo, aun compartiendo la vivencia común de la discriminación? ¿De qué manera el patriarcado se expresa en las relaciones entre mujeres?

Las rivalidades se producen tempranamente en niñas y niños, y algunas se traducen en maltrato entre pares. En el espacio educativo se habla de *bullying* para referirse al maltrato sostenido en el tiempo y donde hay una relación que va de uno/a a otro u otra que es más vulnerable.¹⁸

No han sido visibilizados por las escuelas ni por la institucionalidad ministerial de educación aquellos comportamientos conflictivos entre pares mujeres derivados de la socialización del género femenino. Existen experiencias de escuelas en donde se ha logrado disminuir de manera importante la violencia explícita existente, especialmente entre varones, sin lograr los mismos avances en la violencia de carácter simbólica, psicológica y verbal más presente en las relaciones entre niñas y jóvenes mujeres.¹⁹ Violencia que suele partir en cuarto o quinto básico y avanzar en una curva ascendente que alcanza su punto más alto en séptimo y octavo, nivel desde el cual empieza a bajar, hasta cuarto medio en que muta o desaparece casi por completo. Es más alta cuando

18 No todas las formas de agresión constituyen acoso escolar o *bullying*, como a veces se indica en los medios de comunicación. Tal como su nombre indica, para que se trate de *bullying* (también llamado matonaje, acoso escolar, hostigamiento), se requiere que el hecho de violencia o de acoso se repita en el tiempo (es decir, que sea reiterado), que la agresión o forma de violencia empleada sea realizada por un (o unos) par(es), como ejemplo, compañeros u otros que tengan igualdad de roles, que exista abuso de poder de una de las partes respecto del otro, el que se siente indefenso frente a la agresión. http://portales.mineduc.cl/index2.php?id_portal=50&id_seccion=3699&id_contenido=15395

19 Cada año y durante todo el año, en el Colegio Andino Antuquélén de San José de Maipo se trata un tema de interés general en todas las instancias educativas; el 2016 correspondió al *bullying*.

niñas y jóvenes empiezan a ser validadas en los grupos de pares de género o les empieza a importar mucho más ser validadas por los varones.

Discursos y prácticas patriarcales en los grupos de pares niñas y jóvenes, tanto en la escuela como fuera de ella, dan cuenta de visiones culturales vigentes que no han sido suficientemente problematizadas. Se cuentan entre estas concebirse o concebir a las mujeres como trofeo de los varones, normalizar la competencia por los varones, sobredimensionar el valor de las emociones en las relaciones, y focalizar el cuerpo como objeto de satisfacción, autoestima y seducción para los varones.

Junto a los discursos que predominan en las familias, las escuelas y los medios de comunicación, existen múltiples prácticas en las que se van afirmando estereotipos de género como, por ejemplo, la forma diferente de jugar de los niños y niñas, la activa presencia del juego colectivo en los varones y la ocupación de los espacios que hacen estos (careciendo por tanto de neutralidad, pues tienden a ser copados por los niños y jóvenes), y la clara disminución del juego en las niñas con la llegada de la menstruación, resultando en que niñas y jóvenes generan menos referentes que apunten al desarrollo de prácticas lúdicas que las reúnan en colectivo. Así, los hombres juegan todos a la pichanga, grandes, chicos, jóvenes, viejos y aunque privilegien a los “buenos para la pelota”, pueden bajar las exigencias u olvidarse de ellas en pos del objetivo de jugar en grupo.

En contraste, las mujeres nos perdemos mayoritariamente esa socialización en colectivo durante la pubertad y adolescencia, prevaleciendo el juego más individual y menos activo, dejando un espacio mayor para centrarnos en las relaciones y en las conversaciones que en algún punto tienden a girar hacia los discursos que buscan la validación de los varones.

Prácticas socializadoras que derivan en desigualdad pueden ser observadas por las propias niñas y jóvenes quienes son capaces de identificar diferencias en el trato hacia ellas y hacia sus hermanos en la vida familiar: ellas no pueden salir de noche, sus hermanos sí; los hermanos no hacen nada en la casa y cuando ellas reclaman por esta situación la respuesta es “porque son hombres”; constatan que hay una educación diferenciada por género, con mayores libertades para los hombres y mayores restricciones para ellas, especialmente en relación a la sexualidad.²⁰ Se trata de prácticas que van generando no solo una forma de ser mujer sino también limitaciones en el desarrollo personal y social. A nivel emocional pueden generar

20 Talleres realizados por la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres con estudiantes del Colegio Subercaseaux de la comuna de San Miguel, en 2014.

dolores y rabia que no siempre pueden ser canalizados adecuadamente, convirtiéndose muchas veces en rivalidad con la otra.

Esos códigos que se instalaron en la niñez y adolescencia se mantienen después en el mundo laboral, en el de la familia y en la organización también. Sin embargo, la causa del maltrato entre mujeres suele ser invisibilizada.

Todas nos desarrollamos con este patrón, en este imaginario patriarcal.

Parece que son ciclos, mi experiencia es que siempre tuve amistad y complicidad con algunas mujeres, pero hay un momento en que eso se torna rivalidad, porque tienes que salir al mundo como la más deseada o, no sé, validarte de otra manera, más en el mundo masculino. De pronto me di cuenta que me importaba más que los amigos valoraran lo que hice o lo que dije, que las amigas. Porque tiene más valor socialmente, pero no fue tan fácil darme cuenta de eso, fue bien mayor ya.

No tienes autoestima, eres de ánimo raro y además con la necesidad de validarte frente a un grupo, por eso es insana la forma en que lo haces: empezar a no ser tú para poder validarte; hacer cosas que a lo mejor ni siquiera están en tu mundo valórico. En el hogar te dan una idea de cómo deben ser las cosas, o cómo deberían ser, pero tienes que validarte frente a un otro que te invalida consciente o inconscientemente y para que te valore tienes que hacer cosas que no están en tu mundo.²¹

Muchas veces la afirmación de las mujeres, el piso sobre el que nos paramos para levantar la voz o hacernos un lugar propio en este mundo es la crítica descarnada hacia otras mujeres, la denostación o la descalificación de sus ideas y organizaciones. Los adversarios, aquellos que pretenden mantener el estatus actual de subordinación de las mujeres, no son el foco de nuestras críticas. Con ello ampliamos su poder, mientras el de las mujeres se debilita. El movimiento y su historicidad se debilitan. ¿Por qué existe tanta descalificación en los legítimos debates feministas?

Las complicidades políticas, las amistades profundas, las historias de amigas, las organizaciones de mujeres que permanecen en el tiempo, constituyen una historicidad que lleva a otro lugar, uno que no cabe en la dicotomía de mundos público y privado, cada uno con roles específicos asignados, más bien rompe la frontera entre ellos. El vínculo entre Elena Caffarena

21 Registro de conversaciones realizadas durante 2016 y 2017 en el Grupo Historia de la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres.

y Olga Poblete, por ejemplo, o los vínculos que se crearon en el MEMCH de 1936 y en el refundado en 1983, en la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, en la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), en el Movimiento de Mujeres Populares (MOMUPO), la Casa Yela, el Colectivo Con-spirando o el Colectivo Feminista Popular Re-Sueltas, entre tantas organizaciones que han permanecido por décadas, hacen emerger otros lugares, otras experiencias que dan luces de la resistencia a los patrones patriarcales.

También podemos repensar el espacio de la cárcel de mujeres. Cómo convivieron, por ejemplo, las presas políticas de la dictadura en estos espacios de castigo. En general, en ese espacio conflictivo hay un lugar íntimo construido entre mujeres. Específicamente en quienes fueron prisioneras durante la dictadura, la transgresión de género era muy castigada y la resistencia impulsaba a romper las fronteras en las relaciones normalizadas. El libro *Mujeres tras las rejas de Pinochet*,²² que relata las entrevistas a Elizabeth Rendic, Valentina Álvarez y Gina Cerda, en las que surgen los conflictos, pero, además, la acogida, es un retrato de lo transgresora que puede ser la convivencia entre mujeres.

Lo mismo emerge del libro *Nosotras también estuvimos en 3 y 4 Álamos*,²³ que reúne testimonios de 17 mujeres prisioneras en esos centros de detención y tortura. La cárcel en estas circunstancias es un lugar de resistencia, donde la acción es íntima y colectiva a la vez.

Estas historias, sin embargo, no tienen visibilidad, aunque van desencadenando cambios en las relaciones interpersonales, sociales y políticas. La cultura dominante exagera la competencia y rivalidad entre mujeres, por tanto las experiencias de solidaridad y sororidad entre ellas no se constituyen en referentes contraculturales para la convivencia social. Más aun, a las propias mujeres nos cuesta ver y, por esta razón, encontrar y explicitar el valor histórico de la complicidad entre mujeres.

22 Lavín, Vivian (2015). *Mujeres tras las rejas de Pinochet*. Santiago, Chile: Ediciones Radio Universidad de Chile.

23 Sepúlveda, Shaira (2015). *Nosotras también estuvimos en 3 y 4 Álamos*. Santiago, Chile: Ocho Libros Editores Ltda.



Fotografía: Carolina Ibacache

HIJAS DE LA CULTURA

Lorella Lopresti Martínez*

*El opresor no sería tan fuerte si no tuviese
cómplices entre los propios oprimidos.*

Simone de Beauvoir

“Cala hondo el discurso patriarcal”, reflexiono mientras escucho a niñas de séptimo básico diagnosticar como problemas principales de convivencia en su curso el maltrato verbal por parte de sus compañeros –a los que tildan de machistas– y el *cabuín* entre niñas. Me convenzo aún más cuando les pido priorizar por importancia y surge unánimemente aquel en que las protagonistas son solo las niñas.

Siendo tan jóvenes, sorprende la certeza y claridad para identificarla, pero no así la problemática de la que he sido testigo a lo largo de mi experiencia como docente, en otros años, en otros cursos y también en otros espacios, distintos a los educativos.

“Somos complicadas las mujeres para relacionarnos” es otra frase que con algunos matices he escuchado en distintos grupos de mujeres adultas haciendo referencia a sus espacios laborales, estudiantiles, organizacionales e incluso de militancias feministas.

Tras estas constataciones de conflictividad en las relaciones entre mujeres, aparece frecuentemente como marco explicativo la construcción del ser femenino, que potencia formas comunicativas

* Integrante del Grupo Historia. Profesora de Historia y Geografía. Fundadora y Directora del Colegio Andino Antuquén de San José de Maipo. Coautora del libro *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952* (Santiago de Chile: Centro de análisis y difusión de la condición de la mujer/La Morada y otras, 1986). Coinvestigadora de *La participación política de la mujer chilena entre los años 1964-1973*. Coautora del artículo “Centros de Madres: ¿la mujer popular en movimiento?”, publicado en *Nuestra memoria, nuestro futuro. Mujeres e historia: América latina y el Caribe* (Santiago de Chile: ISIS, 1988).

poco directas y con gran carga emocional. Este marco nos ayuda a entender, pero no es suficiente para orientar las transformaciones que se requieren para desinstalar los aprendizajes que tanto daño nos hacen en distintas etapas de la vida.

Entonces surgen las otras experiencias coexistentes, esas vividas también entre mujeres, pero que en contraposición nos entregan relatos de gran capacidad organizacional, de apoyo y trabajo conjunto, de potencia creativa colectiva, respeto, afecto y solidaridad para enfrentar la cotidianidad y momentos críticos. Estas historias, sin embargo, en apariencia se reproducen menos o se relatan poco, al punto de no quedar registro de ellas.

En la misma escuela, pero en otro momento, otras niñas, empapadas de la fuerza del movimiento estudiantil, tuvieron el arrojo de organizar un colectivo feminista con jóvenes de enseñanza media. A un esfuerzo por nutrirse de textos teóricos, sumaron un gran activismo e implementaron talleres de sexualidad, acciones de arte y sacaron todo ello de las paredes de la escuela: lo llevaron a los espacios comunitarios. Un lenguaje fresco, potente, rebelde y feminista se tomó la plaza local y sus calles.

De esta historia, sin embargo, queda solo un video y la experiencia instalada en la memoria emotiva de quienes fuimos testigos. Podemos imaginar que la ausencia de continuidad histórica de los relatos de nuestras experiencias locales se reproduce por miles en los distintos lugares de este país y de este planeta. Historias que relatadas y valorizadas por las propias mujeres entregarían un referente de práctica y acción muy diferente a las que nos hablan de insolidaridades y rivalidades, historias que pudieran ser asumidas o no, pero que estarían allí como una propuesta distinta y transformadora para construirnos y reconstruirnos como niñas y mujeres.

Dando un salto en tiempo y espacio, al mirar otras historias, las llamadas nacionales o, peor aún, la mal denominada “Historia de la Humanidad”, se constata un tratamiento que no parece ajeno a lo que se vive en las experiencias más locales y cercanas. En esos relatos lo construido por las mujeres no se visibiliza y no se registra como válidamente histórico.

El construir y potenciar espacios propios de creación y desarrollo no ha sido una tarea fácil ni breve para las mujeres. Resistencias varias sumamos en el cuerpo, a lo largo de la historia y de la vida, en una sociedad cuya forma de inclusión se debate entre la inferiorización, explícita o implícita, la invisibilización y la negación que nos ubica desde una lógica de jerarquización como un/a alguien secundaria e incompleta.

Como consecuencia y causa las mujeres tenemos una historia sin registros de referentes contruidos por nosotras, desde una mirada que se desprenda de la óptica tradicional patriarcal y donde las creaciones no busquen como objetivo el sello de la validación de la sociedad ordenada bajo la misma lógica.

Si conocer la historia nos permite entender el presente, afirmar que las mujeres no tenemos una historia en la humanidad, que no sea prestada o relatada desde parámetros patriarcales, genera consecuencias de profunda connotación, claves para comprender cómo nos construimos en el hoy. Cabe preguntarse aquí: ¿cómo una sujeto sin relato histórico puede comprometerse en una práctica y cultura de resistencia?

La constatación de la ausencia de historia nos genera el reto y la necesidad de construirla, de pensarla, de mirar y remirar los fragmentos escritos por múltiples mujeres en un intento por visibilizar nuestra presencia en todos los distintos periodos. Nos desafía a registrar, valorar, reinterpretar lo construido hacia atrás por nosotras, para reconocerlo como una genealogía en la construcción del ser mujer.

En conjunto, nos lleva a observar críticamente el presente y descubrir las distintas dimensiones en que esta ausencia de historia incide consciente e inconscientemente en todos los espacios íntimos, públicos y privados en que vivimos nuestras experiencias.

Buscar las evidencias de cómo ello nos impacta en nuestro desarrollo es una tarea que obliga a identificar y cuestionar nuestras prácticas culturales vividas como mujeres; prácticas en nuestra relación con los hombres y, especialmente, entre mujeres, pues de su calidad depende también la fuerza transformadora, desinstaladora del patriarcado, que nos debiese comprometer. Ahondar en ellas es avanzar en la comprensión de cómo se internalizan sus contenidos y en las posibilidades de transformación de las mismas, así como de los espacios que hemos construido y desarrollado como mujeres, y que en cada momento histórico son lugares para vivir nuestras experiencias, desde la subversión necesaria para resistir el patriarcado y sus expresiones más elocuentes: el machismo y la misoginia.²⁴

Sin relato histórico propio y sin un lenguaje común, quedamos sin esa base que sostenga suficientemente el presente y proporcione la consistencia colectiva para no partir siempre de un nuevo principio, cada vez que

²⁴ La misoginia se relaciona con la aceptación de la feminidad convencional que sirve material y emocionalmente al sistema patriarcal (Andrea Franulic). También ha sido definida como “una de las manifestaciones del sexismo que se expresa en el odio o repudio de todo lo asociado con las mujeres y lo femenino” (*Diccionario de la transgresión feminista*. JASS, 2012).

constatamos la necesidad de referentes. Entrelazada con la de los hombres y contada por hombres, la historia que conocemos carece de esos referentes.

De tal manera, si bien hemos sido y somos sujetos históricas que incidimos en las historias territoriales con vivencias colectivas y concretas, estas experiencias no han sido registradas o suficientemente consignadas, y nos pasa que nos olvidamos de lo construido y del proceso implicado. Se instala así “un eterno retorno que nos lanza a un espacio vacío donde hay que empezar de cero”.²⁵ Es allí donde aparecen con fuerza los constructos culturales en que hemos sido socializadas, aun se trate de mujeres que han resistido conscientemente estos mandatos. Como consecuencia, no logramos reconocernos como una parte de la humanidad que tiene de común justamente esa experiencia de invisibilidad e inferiorización.

Afirmo que las historias en que sí se producen relaciones de apañe, de acompañamiento, son muchas. Es tarea fundamental, por tanto, conocerlas y escribirlas como parte de nuestra historia para activar otros dispositivos que nos permitan trabajar en sororidad y *affidamento*.²⁶

Una historia de negación crea misoginia

Si el ser borradas y devaluadas está explícito en la sociedad patriarcal, ¿por qué ello no afectaría igualmente a la propia subjetividad de las mujeres, instalando la misoginia o rechazo a la mujer en las propias mujeres?

Históricamente lo femenino se ha construido sobre el parámetro masculino, el que se impone fundamentado en su negación, constituyéndose la mujer en una otredad que no es y, por tanto, no se erige ni se afianza por su valor intrínseco. Negación que distancia jerárquicamente a hombres y mujeres, en una relación asimétrica cimentada en la desvalorización e inferiorización del otro, es decir, de la mujer. La feminidad devaluada, incompleta y negada es una premisa fundacional del patriarcado que impacta a toda la sociedad, a hombres y mujeres, a sus relaciones a lo largo de sus vidas y que inevitablemente también se expresa en la relación entre las inferiorizadas.

En esta construcción social no hay neutralidad, es parte del funcionamiento de un sistema que se construye sobre relaciones de dominio, expresadas

25 Frase expresada en conversaciones con mi amiga y colega feminista Mercedes Gallego.

26 La sororidad tiene su origen conceptual en el feminismo italiano de la diferencia. Ellas llamaron *affidamento* a la nueva relación entre mujeres, la que aporta fundamentos para la libertad de cada mujer. *Affidarse* implica confiar, apoyarse, aconsejarse, dirigir (Librería de Mujeres de Milán. (2004). No creas tener derechos. *Cuadernos inacabados* N°10). La sororidad o *affidamento* lleva a sanar la relación de las mujeres con las demás y, por tanto, con ellas mismas, lo que es un recurso transformador.

y realizadas en la subordinación de lo femenino y, por extensión, de las mujeres. Son culturas, prácticas y discursos que tienen tal poder en la historia, que aún, y a pesar de las resistencias que han apuntado a su transformación, no solo se mantienen, sino que se diversifican y desarrollan, adaptándose, con nuevas formas, más sutiles, a lo que se considera una sociedad más moderna. La misoginia (con sus valores y prácticas) no es exclusiva de los hombres, pues al ser hijas de un sistema patriarcal que impone y coloniza nuestro sentir, pensar y actuar, esos valores y prácticas hacen parte también de nuestra formación como mujeres.

Esa misoginia femenil, que ha sido relatada por muchas feministas, y el conjunto de las prácticas que se derivan de ella, dañan profundamente las posibilidades de ser de las mujeres; de construir subjetividades individuales autónomas, resistentes al mandato cultural.

Marcela Lagarde, feminista mexicana, se refiere a esta misoginia como una escisión que termina fortaleciendo lo que nos diferencia por sobre lo que es común. Al respecto expresa:

He llamado escisión de género a este extrañamiento entre las mujeres, a aquellas barreras infranqueables que las distancian hasta el grado de impedirles reconocerse e identificarse. Se caracteriza por dos mecanismos dialécticamente articulados por un tercero, que es el poder. La naturalidad de la condición genérica se combina con la exacerbación de lo que separa, de lo diferente, es decir, con la situación de las mujeres. Las mujeres hacen a un lado lo común y recalcan, para inferiorizar a las otras y justificar su dominio, las diferencias de clase, de edad, de posición social, de sabiduría, de creencias. En otras palabras, se subrayan las diferencias significativas en el mundo ordenado, jerarquizado, antagonizado por el poder, que ubica a la mujer de manera devaluada frente al hombre. Así las mujeres viven enormes dificultades para identificarse entre ellas, porque en su admiración de lo que no son y de lo que no tienen, en su necesidad de poder, intentan identificarse con el hombre. Se produce así un extrañamiento. Las diferencias y la separación entre mujeres provocan que para cada mujer todas las demás sean la OTRA. Una de las bases de la ideología de la feminidad es dar por natural las características femeninas y enfatizar los mínimos detalles que las diferencian.²⁷

²⁷ Lagarde, Marcela. Enemistad y sororidad: hacia una nueva cultura feminista. En *Hacia una nueva cultura feminista, Memoria, Revista del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista* 28 (1989): 24-46.

Si observamos nuestras prácticas y pensamientos no confesados, con seguridad encontraremos muestras más comunes de lo que quisiéramos de relaciones entre mujeres que están lejos de ser de complicidad. En estas relaciones, y aun mediando las regulaciones sociales y autorregulaciones que entrega la conciencia feminista, se exaltan aspectos que nos son comunes como mujeres presentes en la construcción de la subjetividad colectiva femenina. Experiencias que nos hablan de mujeres que compiten entre sí denostando a la otra, que desconfían, que son cómplices activas o agentes de conductas que violentan psíquica y emocionalmente a otra mujer, que se envidian, que no se ayudan ni desarrollan solidaridad o sororidad entre sí que, finalmente, resaltando ciertos aspectos de la feminidad predominante, contribuyen a mantener la idea de inferioridad de la mujer.

Expresiones culturales visibles e invisibles, no siempre reconocidas como productos del sistema patriarcal y que, a pesar del grado de conciencia y convicción que se haya desarrollado respecto del daño que produce dicho sistema, nos cuesta ver y aceptar. Ver, por ejemplo, el peso que tiene en nuestro imaginario cultural la autolimitación (el poder visto como algo para ser ejercido por otros y que a veces es desalentado por las propias mujeres), la descalificación (con frecuencia proveniente de círculos de mujeres que se autoexigen y exigen en función de acercarse al modelo masculino que les permite validarse), la agresión y violencia (las más de las veces simbólica, indirecta, pero tan dañina como la física) y la rivalidad (fundamentada en una concepción del poder que nos separa).

Es difícil ponderarlo con precisión, pero no cabe duda de que lo dicho hasta ahora incide en las posibilidades de potenciar con mayor fuerza colectiva, desde las propias mujeres, el impulso para transformar la sociedad en una que permita el desarrollo de las subjetividades autónomas.

Debemos identificar y cuestionar las expresiones de misoginia, entre las que se cuentan estas relaciones de escasa solidaridad o explícitas rivalidades, para avanzar en esta construcción de lo que sea que decidamos que queremos y cuán profundo lo queremos. Si esto último ya es un problema extremadamente complejo, las prácticas misóginas entre mujeres se alzan como un potente dispositivo interno que agota y desenergiza voluntades en los movimientos sociales, en los grupos de amigas, en los colectivos de mujeres. La ausencia de referentes, la ausencia de una historia que nos entregue tales referentes con rostros, creaciones, propuestas individuales y colectivas, crea un contexto en el que se facilita la reproducción del patriarcado. Es tarea importante entonces identificar los dispositivos de esta reproducción, sus momentos y lugares, y plantearnos formas de resistirlos.

Los contenidos y los dispositivos de reproducción

Ser hombre y ser mujer se va construyendo a lo largo de la historia y de la vida de las personas, respondiendo a contextos históricos que si bien dinamizan las estéticas y prácticas en que se traducen, mantienen sus fundamentos de inferiorización y negación.

Sin desconocer que las subjetividades personales pueden dar lugar a resistencias a los mandatos de género y a formas propias que niños, niñas y jóvenes puedan adoptar para comprender el mundo, el peso de la socialización de género se instala impactando fuertemente nuestras biografías.

Nos enseñan y aprendemos a ser mujeres. Desde muy niñas y en distintas formas se nos indica cómo debemos construirnos física y psicológicamente. Aprendemos a disciplinar nuestros cuerpos para vestirlos y moverlos acorde a los parámetros esperados de la feminidad. Sin darnos cuenta, la mayor parte del tiempo solo observando o siendo parte de prácticas, gestos y/o recibiendo mediante de diversas modalidades de lenguaje el discurso convencional en nuestras familias, en las instituciones, en los medios, redes sociales o socializando con nuestros/as pares en las escuelas, en las calles y barrios, vamos configurando una forma de ser mujer y hombre que se adecúa a las actuales formas del patriarcado.

Todo lo aprendido en la sociedad, en lo íntimo y privado del hogar desde la más precoz infancia, en forma de roles femeninos y masculinos, se ve reforzado por los medios de comunicación y más tarde por la escolaridad.

La escuela es un reflejo de los valores y prácticas que interesa desarrollar en la sociedad, por tanto es un lugar clave para la reproducción social patriarcal. En ella se despliegan los contenidos formales y oficiales que surgen desde la institucionalidad, muchos de estos en forma y fondo transmiten miradas sexistas, conjugándose con toda la carga cultural que cada familia entrega a la escuela a través de los niños y niñas. Es un espacio privilegiado en donde se encuentran y comparten historias, vivencias y percepciones entre pares, recogidas desde las conversaciones familiares, los medios de comunicación y, entre ellos, las redes sociales. Estas últimas han adquirido tal relevancia como medios de socialización que hoy pueden ser las promotoras más efectivas de lo que se espera de hombres y mujeres. La disposición masiva de celulares, hoy posibles de observar en las manos de cualquier niño o niña –incluso desde prebásica–, facilita la exposición individual a sus discursos y prácticas.

Los contenidos de la socialización abordan a las mujeres desde la ya vieja dicotomía de géneros, ubicándolas en roles ultratradicionales como madres y abnegadas esposas, en el de mujer profesional e independiente o mujer objeto. Muchos de ellos resultan contradictorios, ya que, por ejemplo, juegan con imágenes de mujeres empoderadas, dueñas de sí mismas que, no obstante, aceptan o toleran ser cosificadas como un objeto sexual.

Con escasas excepciones, estas tecnologías reproducen mayoritariamente imágenes de mujeres dependientes de las emociones, serviciales, poco pensantes, cuyo principal y a veces único sentido de vida es ser para otros y verse bien para los parámetros masculinos. Se proyecta una imagen de mujer deseable que exige particulares formas de cuerpo y estéticas, acompañadas de una no menor inversión económica para vestir, mejorar, embellecer o cambiar el ¡único! cuerpo que tenemos.²⁸

Se nos invita a hacer todos los esfuerzos posibles para ser aceptadas socialmente, no por nosotras mismas, lo que implica, en un contexto de relaciones de género, ser aceptadas por los hombres.

Lograr que las mujeres sean grandes consumidoras es parte del proceso de naturalización del modelo neoliberal, cuyo objetivo obviamente es aumentar el consumo y en ello saben que jugamos un rol fundamental. La manipulación del mercado ha buscado atraernos para fortalecer y expandir ese rol, logrando así que nos hayamos convertido en las mayores consumidoras de publicidad, de programas tipo *realities*, teleseries y sus derivados de farándula. Mención especial y aparte requiere la publicidad dirigida a niñas, niños y adolescentes, especialmente de juguetes, tecnología, cosméticos, etc., que es burdamente sexista.

Todos estos discursos e imágenes transmitidos, moldeados y reforzados en la sociedad por de los medios de socialización, van configurando en el tiempo y espacio subjetividades individuales y colectivas que dan forma a hombres y mujeres que responden mayoritariamente a parámetros patriarcales.

Es importante indicar que la construcción de tales subjetividades es dinámica y requiere necesariamente de personas que, de manera consciente e inconsciente, permitan ser permeadas por tales modelos. Tal dinamismo se vive entre la construcción de subjetividades colectivas (estereotipos de género, encasillamiento de roles) y subjetividades personales (que resisten parcial o totalmente los mandatos). El resultado de ello podemos apreciarlo en la coexistencia de más de una realidad para vivir y expresar la sexualidad.

28 Sin duda si se promoviese la aceptación del mismo no daría tantos dividendos económicos.

Aunque, cuidado, el mercado también va a la captura de estas formas.

No obstante ello, también es importante establecer que, a pesar de que existe un espacio para resistir los mandatos, para las mujeres que hemos sido socializadas en la negación, que carecemos de referentes históricos, se hace muy difícil ocupar esos espacios.

En síntesis, el impacto que tiene esta socialización en las personas define en gran medida la forma en que se construyen como personas, como mujeres u hombres, las relaciones entre las unas y los otros, y aquellas que se viven intragéneros.

La escuela y la vivencia de misoginia entre mujeres

La vergonzante segmentación social y geográfica de nuestra sociedad se confirma en la existencia de distintas escuelas que separan a los/as estudiantes acorde a su capacidad de pago, en virtud del principio de la libertad de enseñanza. La distribución y concentración de los/as estudiantes según sus orígenes socioeconómicos pondrá un contexto a la construcción de los géneros y a sus relaciones que explicará diferencias en las formas e intensidades, pero sin escapar a la transversalidad de los mandatos sociales sexistas. Sabemos que si bien existen esfuerzos parciales y puntuales por resistir la función socializadora sexista, las escuelas son parte del entramado que la reproduce.

La escuela es un lugar muy importante para la socialización de aprendizajes culturales entre pares. Es también el lugar más importante para sociabilizar desde lo afectivo y lúdico: tener amigas y amigos, parejas. Suele ser una importante motivación (a veces la más importante) para asistir a ellas. A pesar de las críticas que legítimamente puedan tener, en particular, los/as adolescentes respecto de las poco inclusivas realidades educacionales de nuestro país en las que pasan tantos días en el año y tantas horas cada día, sin lugar a duda, es un espacio que da la posibilidad de encontrarse con sus pares y pasarlo bien con estos/as.

A la socialización programada por la institucionalidad, en forma de valores y normas, y la derivada del currículo oculto u omitido, se agrega aquella que se vive entre pares, con códigos propios de su cultura juvenil y de la niñez, una de cuyas características es romper o alejarse de normas familiares o escolares. “El llamado de la calle”, la urgencia e importancia de sentirse parte del grupo de pares y el obtener la validación individual por el colectivo se convierten en una prioridad.

En los últimos años de la enseñanza básica, las concepciones de género, con toda la carga relacional de desigualdad y dominio que conllevan, ya se habrán desarrollado y consolidado, y las percepciones de niños y niñas sobre cómo deben ser y comportarse cada cual responderán, en su gran mayoría, a lo que tradicionalmente se espera de ellas/os.

Es en esta etapa donde los estereotipos se exageran, pues comienzan a constituirse en una parte fundamental de esa validación entre pares buscada. Obviamente ello ocurre en todos los espacios en que se encuentran los/as niños/as y jóvenes, pero como ya lo hemos afirmado, la escuela sigue siendo un lugar privilegiado de socialización y sociabilización. Por ello, visibilizar y explicarnos la forma en que se va construyendo el ser mujer en las escuelas y cómo esta se exagera en las púberes y adolescentes adquiere una gran relevancia, pues complementadas con los discursos de la familia y las redes sociales, se socializa aquella forma que centra su sentido en el ser para otros, imprimiéndose en ello un prejuicio desfavorable respecto de lo femenino.

En tal socialización de lo genérico es tan importante la amistad como el conflicto. Niñas, niños y adolescentes juegan, aprenden y pelean. Sus conflictos son diversos y las formas en que se expresan también lo son. Lo que es muy claro, es que hombres y mujeres no juegan igual, ni pelean de igual forma. La observación de cualquier escuela en un horario de recreo nos ofrecerá una imagen que nos permitirá afirmar que la diferencia es evidente.

Es sabido que a los niños se les enseña a expresarse directamente y muchas veces con respuestas de violencia explícita frente a situaciones de agresiones a las que se ven expuestos. Así, aunque se trate de un maltrato sostenido en el tiempo, en algún punto del desarrollo del mismo aparecerá una respuesta explícita, como un combo, un empujón, una pelea física que dejará en evidencia la situación.

En el caso de las niñas se producen situaciones más complejas, toda vez que el conflicto no se hace evidente hasta que múltiples formas de violencia simbólica generen un daño tal que termine siendo denunciado por quien lo padece o se haga visible para los/as adultos responsables en la familia o escuela.

La observación de estas conductas da cuenta de una exacerbación de las pautas culturales estereotipadas. Al empezar a definir identidades propias, como respuestas de diferenciación, se hacen más presentes aquellas formas convencionales de ser mujer y hombre.

La mayor parte de los niños se validarán frente a sus pares con juegos masculinos, más agresivos y de fuerza física, y la mayor parte de las niñas comenzará a validarse en las formas de feminidad más convencional. Probablemente, las niñas jugarán menos con la llegada de la menstruación, pues ello será una señal de que se han convertido en una niña-mujer y el mandato les indicará que hay prácticas que deben cambiar. Junto con los cambios físicos evidentes, a veces incomprensibles para ellas mismas, van capturando su atención otras formas de subjetivarse colectiva e individualmente.

Aunque no es la única, se ha naturalizado una forma de relación entre mujeres que pone en el centro del interés la apariencia, el cómo me veo y cómo me ven para ser aceptadas y validadas. Todo esto reforzado por los medios de comunicación, como ya lo señalamos anteriormente.

Si bien se ha ido validando la violencia física entre las mujeres, en general es más común que estas se expresen mediante agresiones relacionales, más indirectas, de manera psicológica, verbal o simbólica. Se establecen relaciones que se tornan complejas, enredadas con conflictos de largo aliento por celos, envidia, competencia, traición, con gran peso dramático y emocional, que no se resuelven directamente sino por mecanismos pocas veces visibles, pero de gran impacto dañino para las niñas y jóvenes, independientemente de si lo viven desde un rol pasivo o activo.

Agresiones indirectas comunes de las que con frecuencia se quejan las niñas son la difusión de rumores o chismes (*cabuín*), comentarios sarcásticos, rencorosos, acusaciones maliciosas o dar a conocer secretos que les han sido confiados. Otras formas indirectas son el insulto y la denominada práctica de “mirar feo”. Una expresión que hace referencia a la mirada demoleadora que escanea de barrida los cuerpos de las mujeres, especialmente. Cuesta a veces comprender el impacto dañino que tiene esta práctica entre las niñas y jóvenes. Constituye un acto de violencia simbólica, de inferiorización muy potente, del que pueden derivarse otras expresiones de violencia como la invisibilización, la indiferencia y el aislamiento de las que no son validadas por el grupo de pares.

Probablemente no está especificada en ningún manual de convivencia escolar, pero es una de las múltiples formas que adquiere la violencia en la escuela, muchas de las cuales corresponden a específicos mandatos de género. Lo anterior evidencia que la agresión entre las niñas es especialmente compleja y las más de las veces invisible. Muestra también que las formas de resolver las tensiones y conflictos son aprendidas y pueden relacionarse con la exigencia de recato y ponderación que se nos enseña a las mujeres.

Para un niño no está mal resolver los conflictos a golpes, para las mujeres es símbolo de romper con la feminidad. Aun no mediando la violencia física entre las mujeres, los daños que las otras violencias generan en la configuración del ser mujer pueden llegar a ser muy profundos en lo individual y colectivo.

La escuela, desde la normativa y las modulaciones culturales, intenta regular la convivencia, siendo siempre la violencia física más sancionada por sus efectos e impactos objetivos, no así las violencias psicológicas y verbales o actos de violencia simbólica, a pesar de sus compromisos en la conformación de las personalidades.

A pesar de que hoy los parámetros de la feminidad tradicional de sometimiento, dependencia o pasividad coexisten con nuevas feminidades donde se expresa la competencia, confrontación, uso de la fuerza física, predominio y, de manera más positiva, también la proactividad,²⁹ las mujeres, jóvenes y niñas igualmente se ven presas de un estereotipo que mantiene la inferiorización, que si no se expresa en la relación con los hombres, puede aparecer en algún momento y lugar entre las mujeres, con todas las consecuencias ya indicadas.

Helio Gallardo nos advierte respecto de cómo estas sensibilidades traducidas en prácticas cotidianas se desarrollan en todos los lugares de construcción genérica:

El dominio es exclusivo y excluyente de los machos, pero la sensibilidad patriarcal puede introyectarse en todos, incluyendo homosexuales y transexuales y en todos los niveles institucionales. Puede sedimentarse en las mujeres, en los homosexuales masculinos y femeninos, en el habla, en los vínculos entre generaciones, en la amistad masculina, en la familia, etc. De aquí que este enemigo no se pueda determinar solo empíricamente. Hay que pensarlo.³⁰

Sin embargo, incluso en contextos tan complejos donde predomina la convencionalidad ancestral con subjetividades colectivas de baja resistencia al patriarcado, cada niña-joven y cada niño no necesariamente sigue fielmente estos mandatos. Existe un espacio –aunque cueste a veces distinguirlo y vivirlo– para que cada persona construya una subjetividad autónoma, personal, que le permita aceptar, tomar parte del mandato social

²⁹ La proactividad es la actitud en la que la persona asume el pleno control de su conducta vital de modo activo, lo que implica la toma de iniciativa en el desarrollo de acciones creativas y audaces para generar mejoras, haciendo prevalecer la libertad de elección sobre las circunstancias de la vida.

³⁰ Gallardo, Helio (2010). *El feminismo de la diferencia. Diálogo con la Asociación Costarricense de Estudiantes de Medicina (UCR)*. http://heliogallardo-americalatina.info/index.php?option=com_content&view=article&id=173&catid=11&Itemid=106

o resistirlo por completo.³¹ La invitación es a creer en la posibilidad de transformarnos y transformar la sociedad.

Es fundamental entonces contar con espacios de reflexión o de propuesta de otras formas, que no necesariamente actúen como modelos, sino que faciliten reconocer que existen otras posibilidades para ser mujeres. Es necesario seguir haciéndose preguntas en torno a todo lo que por establecido tiende a aceptarse y naturalizarse; aprender a pensar de una manera diferente y aprender a vivir de otra manera.

Repensarnos a través de un relato histórico se constituye entonces no solo en una necesidad evidenciada por el feminismo, sino también en una contribución para los cambios fundamentales que requiere hoy la convivencia humana.

³¹ La subjetividad se construye en y por un conjunto de relaciones con las condiciones materiales y simbólicas mediadas por el lenguaje, lo que requiere aceptar, entre otros aspectos, que toda relación social, incluida la de género, clase o etnia, conlleva un componente imaginario.

CONVERSACIONES

Historias de cambio

Es muy difícil decir que hemos tenido la libertad de decidir quién queremos ser porque está normalizado: todavía se es mujer u hombre en esta cultura androcéntrica y binaria. Pero, en ocasiones, alguna circunstancia en la vida de las mujeres provoca un ordenamiento, una síntesis de las experiencias vividas y surge la rebeldía, se cuestiona este orden tan opresivo y naturalizado. El camino que abre esta rebeldía no es fácil, el primer momento de reacción puede ser tan confuso como imponente, porque saber qué quieres ser es un trabajo, es una construcción y es difícil encontrarse con otras mujeres, referentes distintos a los dominantes, que guíen y den luces sobre lo ya experimentado.

En este surgimiento de la rebeldía buscamos referentes, no para ser como ellas, sino para afirmarnos en una historia de mujeres que nos impulse a dar más y nuevos pasos; para no empezar de cero; para integrar los fragmentos de historia en nuestro imaginario parcelado. Muchas de nosotras podemos reconocer algún momento, personas, ideas que fueron claves para comprender lo que estábamos viviendo o para refrendar lo que pensábamos. Otras buscamos un grupo para compartir eso que no sabemos nombrar, esas cuestiones similares que nos pasaron:

Eso fue interesante porque le pude dar cuerpo a algo que me estaba pasando fuertemente. Después vino toda la cosa más teórica que finalmente va configurando tu pensamiento; esta experiencia la sumo a todo lo que voy leyendo, voy discutiendo, debatiendo; voy armando un pensamiento que me hace generar una convicción finalmente. Pero también eso tiene que ver con que todo se te integra en alguna parte: somos sujetos históricas.³²

Este surgimiento, este *click*, casi siempre es fruto de un proceso vivido, de experiencias e incomodidades acumuladas que

³² Esta y las citas siguientes corresponden a relatos narrados en conversaciones entre mujeres feministas realizadas durante el 2016 y 2017 en la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres (Grupo Historia).

encuentran un punto común. Algunas vivieron solas este proceso y a través de experiencias negativas, pero las unas y las otras arribaron a los mismos resultados: algo remeció su conciencia y ya nada fue igual que antes.

A los 12 años, estaba en Iquique, hablando con unos amigos, cabros chicos como yo, de la Segunda Guerra Mundial y como a mí ya me gustaba leer, les empiezo a decir la cuestión no es así, y me dicen, sale de aquí, estos temas no son para niñas y me echaron. Ahí me dije ¡yo voy a saber historia!

A partir de este cuestionamiento, de esa incomodidad reconocida y revelada, adoptamos una identidad de “raras”, un poco afuera del sentido común. Toda esa experiencia que nos llevó a mirar con otros ojos la vida no hizo darnos cuenta de que nuestra acción política, la de las mujeres, era y es invalidada, como si fuera menos política; del mismo modo, nuestras problemáticas comunes –como el abuso, el maltrato, la explotación– eran y son encapsuladas en “lo doméstico”, invalidándolas y marginándolas de lo político.

El tema del abandono de tu padre, el abuso sexual de niña te deja en un lugar ajeno, en un mundo al que no podía pertenecer, que lo miraba de afuera. La militancia no me hacía sentido, no me gustaba que me dieran órdenes; no me interesaba mucho el tema del pololeo. Después tuve una pareja y se reprodujo el patrón de la violencia. Creía que podía hacer lo que quería, era militante de un espacio bien confrontacional y, sin embargo, en mi espacio doméstico era muy sometida, no era capaz de rebelarme, tenía más miedo al papá de mi hija que a los pacos.

El “click de la rebeldía” cambia la historia propia y la forma en que miras el entorno, entonces sucede lo más extraño y paradójico: recién empiezas a ver a las mujeres. La historia propia se une a otras historias de cambio y juntas tejen un entramado común:

Ya venía con esta inquietud. El feminismo fue mi espacio de expansión, de crecimiento, de integración; (...) me siento perteneciente a algo y ahí me reconozco con mujeres, incluso con mujeres no feministas. [Es] como un espacio de libertad, donde te encuentras con otras y te motivas a la acción.



Fotografía: Soledad Rojas B.

LOS *CLICKS* DE LA REBELDÍA

Daniela Lillo Muñoz.*

Preguntarse por los “*clicks* de la rebeldía” es preguntar por un pedazo de la historia, de una historia propia que se encuentra con una historia común, la de otras mujeres. El *click*, simulando un interruptor, supone el encender de algo, el comienzo, el cambio. Un cambio desde un yo-hacia afuera y desde un desde afuera-al yo que, si bien no siempre cambia el mundo, cambia la forma de pararse sobre él. El *click* adopta entonces, más que el significado del cambio, el del descubrimiento: un descubrimiento del ser mujer, un cimiento desde el cual una descubre que está marcada por otros diseños, está situada desde otras veredas muchas veces distintas a ese supuesto “camino común” de humanidad.

A pesar de que la sociedad, incluso antes de nacer, nos designe imperativamente de forma binaria –como hombre o mujer–, fundamentándose tan solo en razones biológicas, la misma autobiografía delata que no siempre es tan evidente el ser mujer para todas, que muchas veces es un descubrimiento a partir de una experiencia puntual. Al mismo tiempo, este descubrirse se construye a partir de una mirada a las relaciones, a la relación con el otro, a la relación de poder: comprender que el ser mujer es un “deber ser” que se diferencia del “deber ser” del hombre, que la diferencia biológica atestiguada con un nombre femenino o masculino condiciona las posibilidades, los obstáculos, las experiencias de vida.

* Integrante del Grupo Historia. Profesora de Lenguaje y Comunicación. Tesista en Estudios de Género y Cultura. Autora de la tesis de grado *El discurso femenino omitido en los Programas de estudio de Lenguaje y Comunicación de enseñanza media*. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Colaboradora en proyectos de educación y género, y niñez y género.

De ahí que el “*click* de la rebeldía” cambia la historia propia, la historia que ahora se comprende y se sitúa desde una nueva vereda. Desde este nuevo camino; desde este nuevo punto de vista, es posible vislumbrar otros caminos tangenciales al propio, otras historias y sus *clicks* de cambio que se encuentran en esquinas y líneas similares. La historia propia, entonces, se une a otras historias de cambio, donde al saberse y compartirse se teje un entramado común. ¿Puede ser ese entramado, ese tejido de experiencias, una historia de mujeres?

Desde dónde surge el *click*³³

El *click* de la rebeldía siempre va a tener una significación personal, por lo cual, el lugar desde dónde se declara que surge varía en los relatos de las diversas mujeres. Hay relatos que hablan de una conciencia que mana desde adentro, una mirada inicial con la que se ve el mundo: “creo que siempre tuve algo en mí que me decía que no estaba bien el mundo como estaba”. Sin embargo, la mayoría de los relatos apuntan a una interpelación “desde afuera” que aprieta el botón que desencadena el cambio. Este “desde afuera” se presenta a veces como algo directo, un llamado de atención que verbaliza y evidencia la marca simbólica del ser mujer en la sociedad: “le comento a mi mamá que la ecografía decía que sería una niña y mi mamá me dice *qué pena que sea una niña... todo le va a costar más en la vida*”. Pero otras veces, este “desde afuera” no está verbalizado, son actos, costumbres, situaciones que interpelan a las mujeres y que ellas –a veces claramente, a veces con dificultad– descifran como parte de esa marca de la que se hacen conscientes y reprueban: “Comenzó a molestarme que mis hermanos echados no tuvieran que cumplir la misma función [poner la mesa]”.

De este “desde afuera” también surgen las diversas esferas en las que ocurre el *click*. Por un lado, se presenta en el espacio privado de la familia desde donde las mujeres reflexionan, comparan la diferencia y discuten la “normalidad” instaurada en el seno familiar: “lo que significa ser la única mujer y la menor de tres hermanos con un padre machista, los privilegios y diferencias de permisos de toda índole desde que era chica hasta ahora”; “crecí en una casa llena de mujeres [...] reflexionaba que son las mujeres las únicas responsables de la crianza”. Otro espacio desde donde surge el *click* se ubica en la ambivalencia entre lo privado y lo público: la escuela, la cual refuerza los cánones de normalidad que las mujeres interpelan. Talleres de

33 Todas las citas entre comillas incluidas en este artículo fueron tomadas de los relatos que solicité a varias mujeres respecto de la pregunta por el *click* desde su mirada y trayectoria feminista.

carpintería y construcción reservados solo para los hombres, y el control del cuerpo a través de la condena de los vestidos y faldas obligatorias son señales de la ilusoria libertad de ser y elegir que se otorga en este espacio.

Del mismo modo, surge también el *click* desde el espacio público. Por un lado, desde el espacio social, donde las mujeres se incomodan por la opinión ajena y objetivizadora respecto del su cuerpo, en relación con el acoso callejero: “El trayecto de mi casa al trabajo era una mierda. Silbidos, gritos, bocinazos [...] yo pensaba por qué, si no soy rubia, no soy alta, no ando escotada”. Es decir, surge el *click* desde la conciencia del uso y propiedad del cuerpo, la conciencia de la violencia a la que es expuesto, del control que padece mediante silbidos, de la culpa *por andar provocando*. O, desde ese espacio social, también surge el *click* frente a las imposiciones sociales respecto al rol del ser mujer y la maternidad: “De pronto las y los mismos que te motivaban a crear proyectos de vida en los que no había límites, al verte con el vientre crecido, refuerzan la resignación por el *bien de tu hijo/a*”.

Por otro lado, surge el *click* desde el espacio político en contextos de militancia y dictadura, donde las mujeres cuestionan la ausencia de las demandas feministas en la izquierda y la masculinización de los espacios políticos: “Me costó mucho asumirme como mujer, encontrarme, reencontrarme conmigo así como quién era, porque la militancia también te masculiniza”. Pero también el *click* surge de la comunidad entre mujeres, de la conversación con otras que permite mirarse a sí misma, del reconocimiento en otra como elemento sustancial del conocerse una misma; desde la reflexión de las mujeres sobre las mujeres, desde talleres, movimientos sociales y colectivos: “hice un taller sobre violencia y yo dije ah *yo vivo esto o he vivido esto*. Y con otras empezamos a reconocernos en la experiencia”.

El *click* como rompecabezas y sus mutaciones

El “*click* de la rebeldía” que provoca el cambio no siempre es evidente, muchas veces está cifrado por señales intuitivas, es parte de un rompecabezas que necesitan más piezas –más experiencias– para comprenderse y construirse, para reconocerse, para armarse como mujer. Las señales no son directas, no van a la mente ilustrada inmediatamente, sino que van a lo inmediato, a lo que se siente, al cuerpo. El *click* entonces se presenta como una secuencia en cadena, más que como algo estático. Una cadena de *clicks* que fluyen por el cuerpo desde el malestar, la incomodidad, el escalofrío, el dolor de guata: “trabajé en una agencia digital como *community manager* de una faenadora de pollos que le hablaba a la dueña de casa. Desde la

guata me sentía mal, pero no sabía cómo nombrar esa incomodidad”. Pero luego de ese primer *click* intuitivo, surge la primera chispa de corriente que posteriormente busca las palabras para comprenderse, para traducir la incomodidad personal, para darle existencia en la palabra: “Ahí tenía un sentimiento *protofeminista* y cuando accedí a las bibliotecas y recursos de la U, busqué casi instintivamente *Simone de Beauvoir*”; “Un día leí una noticia que hablaba con ironía sobre *un grupo de amigas aburridas de los piropos*. Me sorprendí. Pensaba que era la única incómoda en el mundo. Me metí a su *fanpage* y descubrí un concepto: acoso sexual callejero. Saber cómo llamar el problema me tranquilizó”.

Y en esta búsqueda teórica, en este querer deletrear/deletrear-se, se presenta la pregunta por lo femenino y lo feminista: “Cuando vi mi puntaje me molestó mucho. Había debatido muy bien, había sido muy firme y convincente. Pero el jurado me había descontado puntos por ser *poco femenina*”. La problemática de caber en lo denominado femenino, provoca la interpelación y la protesta por su clasificación: “De alguna manera, no quería verme ni sentirme débil, pasiva, frágil”. Pero al mismo tiempo, despojada de poder definirse a partir de esa nominación, está el cuestionamiento por lo “feminista”, palabra que muchas veces es malversada socialmente situándola en lo negativo: “Había sentido que *feminista* era una mala palabra”. Aun así, el *click* provoca el cambio, la revolución lingüística de resemantizar los significados, lo que también constituye, por ende, una resemantización de cómo construir su realidad y situarse en ella y, a partir de ello, comienza la autodenominación, la completación del rompecabezas, la finalización del desencadenado primer *click*, la decisión política de llamarse *feministas*: “Porque feminista no se nace, se hace”. Y al nombrar, al encontrarse con las otras, las feministas, se construye un espacio común: “Para nosotras el volver acá y meternos en ese movimiento de mujeres que para mí fue calentito, acogedor y después empezar a conocer esto del feminismo... con eso sentí más libertad, un lugar”.

El *click* como cambio

Por último, el *click* que se inicia como una pregunta; que proviene de diversos rincones; que se encarna en dolor, en vergüenza, en rechazo; que se verbaliza en lo feminista, culmina siempre en la pretensión de cambio. El *click* no es estático, no empieza ni termina con la chispa. El *click* significa el deseo de otra cosa, de no seguir así, de cambiar.

A partir de ello, surge en relatos el deseo de cambio, por ejemplo, desde la maternidad, el romper la cadena desde la descendencia, desde la proyección en ese otro que depende de ti: “Quise que mis hijas e hijo sientan que podrían hacer todo lo que quisieran, me esforcé en que no las encasillaran en un rol”; “Ser madre es también ser rebeldía. Lo que hace 14 años me hizo llorar de injusticia hoy me da más fuerza y orgullo de haber criado distinto a una igual que yo”. También surge el deseo del cambio desde la noción de justicia, de la deuda que la experiencia de mujeres revelaba: “Creía que lo que le pasó a mi mamá no era justo, y (...) mientras más preguntaba, más casos parecidos encontraba”. Y por último, también se presenta el deseo de cambio desde la proyección individual hacia lo social: “Me paralicé, no entendía cómo la persona que amaba no podía comprender lo violento de la escena [...] ese es el momento en que hice *click*, en el que dije: hay que luchar para que eso no pase”.

Para cerrar...

La pregunta por el *click* de la rebeldía –y su respuesta– nos muestra una primera piedra de los cimientos de lo que podría ser una historia de mujeres. La historia de cómo supimos que éramos mujeres, la historia de cómo nos nominaron, de cómo lo cuestionamos, de cómo lo nombramos, lo rechazamos, lo resignificamos. El *click* habla de la experiencia propia. No es la historia que nos escribieron otros, es la historia que hilamos en nuestra vida, en nuestro cuerpo y que tejemos en la puesta en común, en el encuentro de otros hilos y mujeres, todos diversos, pero todos surgidos de un primer *click* que nos reúne en una nominación común: ser mujeres, ser feministas.

Una reflexión posterior...

Haciendo este texto, algo que me llamó la atención es que todos los “*clicks* de la rebeldía” habían sido producidos por algo negativo: siempre fue una interpelación censuradora, acusadora. Nunca fue “con mis amigas nos interesó trabajar en esto”; nunca se produjo un *click* al posicionarme como mujer desde lo bueno, siempre fue desde el “no es así”, “tú no puedes hacer esto”. Ni siquiera desde los referentes organizacionales, porque ese sería un *click* de los buenos, ya que tendrías una historia atrás que te respalda.

A las mujeres que les pedí que me respondieran les costó mucho. Todas las que contaron su historia lo hacían desde la soledad, “yo me encontraba sola y me enteré que ser mujer significaba todas estas cosas malas”.

A mí misma me pasó que yo leía la historia y me sentía muy incluida y después, cuando me di cuenta de que nunca estuve incluida, sentí como que anduve persiguiendo a alguien que no quería estar conmigo. Yo creo que eso les pasó a todas las personas que me fueron contando de sus *clicks*.

Entonces los *clicks* se produjeron siempre desde la soledad y desde lo negativo, no desde una comunidad de construcción. Yo creo que un cambio de referente, una historia de mujeres sí puede dar como resultado algo distinto. Porque es cuando hacemos el *click* que empezamos a encontrar a otras mujeres, antes no, no las vemos, no las reconocemos como tales.



Fotografía: Soledad Rojas B.



II

SEXISMO EN LA EDUCACIÓN: GUIONES DE GÉNERO





Fotografía: Soledad Rojas B.

LA INVISIBILIZACIÓN DE LAS MUJERES EN UN TEXTO ESCOLAR DE HISTORIA

Fernanda Rojas Müller*

Desde pequeña me ha llamado la atención la escasa aparición, o la aparición en exceso secundaria y pasiva, de las mujeres en la historia. Si pienso en mis clases de historia de la enseñanza básica y media, se me vienen a la cabeza los nombres de grandes próceres de la historia (como decían mis profes) y algunos específicos de mujeres que eran importantes, pero siempre en función de hombres. Así, recuerdo la mención de Javiera Carrera, cuyo gran mérito parecía ser la creación de nuestra bandera y ser hermana de los famosos Carrera, o de Carmela Carvajal, cuyo mérito era ser la señora del capitán Arturo Prat, y algunas otras cuyos nombres ni siquiera recuerdo. Lamentablemente, aparece de forma escasa en mi memoria la mención de Inés de Suárez —y si se mencionó probablemente fue destacando su condición de amante de Pedro de Valdivia y no sus méritos propios— y de tantas otras mujeres que fueron clave para la historia de nuestro país. No creo recordar que alguna profesora o profesor de historia mencionara a Elena Caffarena, Amanda Labarca, Eloísa Díaz, Adriana Olgún o Paula Jaraquemada o a las miles de mujeres que lucharon por la democracia durante la dictadura, entre otras.

Sin embargo, esto no se condice con lo que en lo personal me ha tocado ver desde niña: me crié bajo el alero de una familia

* Colaboradora en la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres. Licenciada en Letras Hispánicas, Pontificia Universidad Católica de Chile.

donde mamá y papá tenían prácticamente los mismos roles y donde destacaba por sobre todo la inteligencia, liderazgo y lucidez de mi mamá. Esto se correspondía con lo que veía en mis grandes referentes del colegio: profesoras cuya opinión valía tanto como la de profesores, expertas en sus materias, grandes pedagogas, pero, por sobre todo, mujeres profundamente empoderadas. Y se correspondía también con el contexto de la época: a mis 12 años fue elegida la primera —y única— mujer Presidenta de Chile. Así, al crecer me fue pareciendo cada vez más ilógico que si en mi círculo cercano y no tan cercano las mujeres eran empoderadas, fuertes, opinantes, inteligentes, entre tantas otras características, no fueran importantes en la historia de nuestro país.

Hoy puedo ver que esto se debe en gran medida a que la historia oficial la han escrito los hombres y que, por lo tanto, se ha medido con su vara qué y quiénes son importantes para esta. Así, todo espacio que sirva para reproducir o recontextualizar la historia sigue esta lógica en la que se considera que todo hecho histórico fue protagonizado por hombres, salvo que se especifique muy claramente que fue una mujer la que los protagonizó.

Esta realidad se materializa, por ejemplo, en los textos escolares que las diferentes escuelas, liceos y colegios del país utilizan para enseñar historia. Estos libros van reproduciendo ciertos imaginarios que se traspasan a las generaciones futuras y van contribuyendo a que se piense, en este caso específico, que las mujeres no hemos sido importantes. Esos son los textos con los que crecí y los que usaron mis profesores y profesoras para enseñarme la historia, por lo tanto, tiendo a pensar que son bastante responsables de la falta de mujeres en mi repertorio histórico.

Esta realidad de la invisibilización de las mujeres en la historia se vuelve aún más preocupante si consideramos que se construye a partir del lenguaje. El lenguaje tiene una relación de mutua determinación con el contexto, lo que quiere decir que cualquier decisión que se tome a nivel del contexto tendrá una repercusión en el lenguaje y cualquier decisión tomada a nivel de lenguaje tendrá un impacto en el contexto.

Hay ejemplos que ilustran claramente esta relación entre contexto y lenguaje en cuestiones de género. *La Correctora* es una página de Facebook que se dedica a corregir titulares sexistas, misóginos o discriminadores de diferentes medios en diferentes países. Un ejemplo en nuestro país fue la corrección del titular de *El Mostrador* a propósito del debate presidencial acerca de género organizado por diferentes organizaciones feministas en octubre de 2017. En el titular se podía leer: “Fracaso femenino: de los 8

presidenciales, 6 no aparecieron en el debate”. Este titular da cuenta de cómo se responsabiliza a las organizaciones de mujeres, y más específicamente a las mujeres, del escaso interés de los y las candidatas presidenciales por los derechos de las mujeres en el país. *La Correctora* sugería el siguiente titular: “Candidatos presidenciales eluden debatir propuestas en políticas de género”.

Este ejemplo es suficiente, a mi parecer, para ilustrar cómo se relacionan contexto y lenguaje, específicamente en temáticas de género.

Y fue este interés por las consecuencias del uso del lenguaje, sumado a la invisibilización de las mujeres en la historia, específicamente en la de Chile, lo que me llevó a estudiar cómo se representa discursivamente a las mujeres en el *Texto escolar de Historia, Geografía y Ciencias Sociales 3° Enseñanza Media*, publicado por editorial SM y licitado por el Estado chileno el 2012. Mi interés en ese texto en particular deviene del hecho de que fue el único de la última década en el que se abordan explícitamente las reivindicaciones de derechos impulsadas por mujeres y organizaciones de mujeres durante el siglo XX. Así, de las aproximadamente 300 páginas, hay 4 exclusivamente dedicadas a estos procesos, a diferencia de lo que ocurre con otros textos que, dirigidos al mismo nivel de enseñanza media y regidos por el mismo currículum nacional, deciden omitir estos hechos. Además, por ser el texto licitado por el gobierno el 2012 para ser utilizado en aproximadamente el 90% de las instituciones escolares, tiene un gran impacto en el estudiantado chileno.

Del análisis que hice se desprenden, a mi parecer, aspectos positivos y negativos sobre la representación discursiva de las mujeres en este texto escolar. Entre los positivos destaco la creación de una imagen de mujeres luchadoras y organizadas, en tanto se mencionan las diferentes organizaciones que fueron creando (Sociedad Estrella Chilena de Señoras, Consejo Federal Femenino, Consejo Nacional de Mujeres, Gran Federación Femenina de Chile, Comité Pro Derechos de la Mujer, Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCh), entre otras). Además, es notable que se les dedique, a diferencia de décadas anteriores, un fragmento completo de texto para dar cuenta de su situación específica durante la primera mitad del siglo XX, a pesar de tratarse de solo 4 páginas de aproximadamente 300. Esto no pasa en otros textos de la década (también dirigidos a estudiantes de tercer medio), como pude comprobar tras el análisis de un texto escolar de Historia, Geografía y Ciencias Sociales de editorial Zig-Zag.

Sin embargo, dichas características positivas se ven opacadas por las negativas. El primer aspecto negativo es que, si bien las mujeres aparecen generalmente como protagonistas, lo son mayoritariamente de procesos que no impactan en otras acciones o personajes, por lo que su protagonismo es más bien estático, testimonial y no dinamizador de *sus* conquistas de derechos. Un ejemplo de esto se da en el texto que trata la inserción de las mujeres en la educación. En él aparecen más bien en actividades en que se da cuenta de un “estado de la cuestión” de las mujeres y la educación. Hay, en este mismo texto, excepciones importantes, como la mención de mujeres que lucharon por el ingreso a algunas instituciones educativas. Sin embargo, se las margina de su protagonismo en un momento clave: el acceso a la universidad. Se oculta, de esta manera, el rol protagónico que las mujeres (que se mencionan en el texto anteriormente) tuvieron en dicha conquista y se le traspassa toda la responsabilidad a un hombre:

[...] en las décadas finales del siglo XIX algunas mujeres vinculadas a las escuelas normalistas y las profesoras primarias elevaron demandas para poder asistir a los cursos universitarios. Destacaron entre ellas Martina Barros de Orrego y las educadoras Isabel Lebrún de Pinochet y Antonia Tarragó. *Fruto de estos debates y presiones, en 1877, el ministro de educación Miguel Luis Amunátegui promovió el decreto que permitió a las mujeres tomar estudios universitarios.*

Otro ejemplo clave del protagonismo más bien estático de las mujeres en sus conquistas de derechos se puede ver en el texto sobre la inserción en la política. En él las diferentes organizaciones de mujeres aparecen como protagonistas de procesos de fundación de las mismas y luego se las destaca como protagonistas de diferentes luchas y conquistas de derechos, como el voto en elecciones municipales. Sin embargo, en la conquista política más relevante de la época (derecho a voto en elecciones presidenciales) dejan de ser protagonistas y, de hecho, dejan de aparecer del todo en el texto y toda la responsabilidad pasa a recaer en el presidente González Videla. Así, nuevamente su rol y participación históricas se ven invisibilizados por un hombre:

En este período, el más importante de los objetivos políticos de las organizaciones de mujeres fue alcanzar el derecho a voto, lo que se verificó en 1935 cuando votaron por primera vez en elecciones municipales. *En 1949, el presidente Gabriel González Videla aprobó la Ley N° 9.292, que otorgó el derecho a voto femenino en todas las elecciones, incluidas las de Presidente de la República.*

En general, entonces, en todos los textos se da, en una primera instancia, una suerte de “estado de la cuestión” testimonial y estático de las mujeres en relación con trabajo, educación, política, maternidad, matrimonio, entre otros aspectos. Hay algunas excepciones positivas para la construcción discursiva de las mujeres en la historia en que sí protagonizan activamente procesos de conquistas de derechos, como por ejemplo poder votar en elecciones municipales. Sin embargo, como se muestra en los ejemplos anteriores, no se las representa de esa manera en las que podrían ser las dos conquistas más importantes de la época: ingresar a la universidad y votar en todo tipo de elecciones. En dichos sucesos históricos la responsabilidad del logro alcanzado pasa a recaer en dos hombres (el ministro Amunátegui y el presidente González Videla) y las mujeres son ya sea relegadas a la periferia o invisibilizadas casi por completo. De esta forma se opta por no presentarlas como protagonistas de grandes conquistas del siglo XX.

Si tomamos en cuenta la influencia y el alcance que tienen los textos escolares en el aprendizaje de la historia de gran parte del estudiantado chileno y la influencia que tiene el lenguaje en la construcción del género en nuestra sociedad, es enorme el daño que se puede producir y que, de hecho, se ha producido con esta representación de las mujeres en la historia. A las y los estudiantes se les está enseñando que las mujeres no hemos sido parte activa de la historia y los intentos por mejorar esta situación no son suficientes. Todavía, a pesar de dedicarles cuatro páginas de aproximadamente trescientas, se las marginaliza de las responsabilidades que tuvieron en la conquista de sus derechos durante el siglo XX, con lo que se contribuye a mantener una cultura patriarcal y desigual.

Los desafíos y opciones de trabajo ante este problema son múltiples: usar estos textos en aula teniendo en cuenta estas realidades o escribir textos escolares desde una perspectiva de género. Para esto último necesitamos avanzar en la interpretación o reconstrucción de la historia, de manera tal que las mujeres seamos representadas discursivamente como protagonistas, no solo de nuestras conquistas sino de nuestra participación en general. Y para todo ello es fundamental que entendamos que el lenguaje estará siempre relacionado con el contexto, por lo que no es y nunca ha sido un inocente producto del azar.



Fotografía: Soledad Rojas B.

GUIONES DE GÉNERO EN LOS TEXTOS Y PROGRAMAS ESCOLARES CHILENOS DE HISTORIA³⁴

Valentina Errázuriz-Besa*

Durante mucho tiempo la literatura académica sobre libros de texto y programas escolares y su calidad educativa respecto de temáticas relacionadas con género y sexualidad se ha centrado en determinar si es que estos materiales pedagógicos han incluido de manera equitativa un número similar de personajes identificables como “hombres” y de personajes identificables como “mujeres” (Binimelis, Blázquez y Hernández, 1992; Osler, 1994; Sruvastava, 2005; Blumberg, 2008; Vandergriff, 2008; Alayan y Al-Khalidi, 2010; Smolkin y Young, 2011). Estos trabajos académicos si bien mencionan los estereotipos de género como una gran preocupación a la hora de evaluar libros de texto escolares, en su gran mayoría se han dedicado a constatar el bajo número de personajes identificables como “mujeres” y a lamentar la persistente existencia de “estereotipos” de género. En contraste, otros análisis académicos de textos escolares se han centrado en analizar estos documentos como herramientas disciplinares

* Colaboradora en la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres. Profesora de Historia. Magister en Educación y Candidata a Doctora en Educación en Ciencias Sociales en Teachers College, Columbia University.

³⁴ Versión abreviada de artículo publicado en 2017, “The amazing story of how “Women” conquer it all? The production of gender scripts in the Chilean curricular documents of history and social studies”. *Journal of International Social Studies*, 6(2), 4–20.

–en el sentido foucaultiano – de control social (Temple, 2005; Schrader y Wotipka, 2011; Schmidt, 2012). Estos trabajos académicos buscan exponer las estructuras sociales hegemónicas, enfocándose en los procesos de normalización de género y sexualidad presentes en el discurso contenido en los textos curriculares. De manera similar, en este artículo argumentaré que el discurso contenido en los libros de texto podría “determinar qué tipos de enunciados inteligibles pueden circular dentro de una determinada economía de pensamiento” (Wilchins, 2004, p. 59). Los libros de texto y programas escolares podrían funcionar como un artefacto disciplinar que hace que los propios estudiantes se controlen mutuamente perpetuando el orden social hegemónico.

Analizaré aquí las pocas representaciones de género femenino disponibles en los textos y programas escolares de historia y ciencias sociales entregados por el Ministerio de Educación de Chile el año 2014 a todas las escuelas públicas y particulares subvencionadas. La finalidad de este análisis es determinar cuáles son las representaciones y características del género “mujer” en estos textos, y si es que estas responden verdaderamente a parámetros inclusivos, de equidad, no discriminatorios y liberatorios hoy en boga en los círculos educativos. En esta ocasión me restringiré a analizar solo la configuración del género femenino, pero es importante mencionar que los textos escolares construyen la norma para ambos géneros binarios.

La historia como fábula moral

El poder de las instituciones sobre las subjetividades de género no debe entenderse como puramente coercitivo. La mayoría de las veces, cumplimos “libremente” con las normas de género y aceptamos el rango de posibilidades “aceptables” que la sociedad determina “naturales” para nuestro sexo (Butler, 1988). Las democracias liberales no coaccionan forzosamente a las personas a actuar y pensar de ciertas maneras; más bien crean las condiciones necesarias para que haya libertad de acción y elección, pero solo se pueda elegir entre un número limitado y restringido de opciones “pensables”, controlando de esta forma los posibles resultados de estas elecciones. Esto se llama gubernamentalidad (Foucault en Friedrich, 2010). Si pensamos en la gubernamentalidad en términos de género, se podría argumentar que los individuos adscriben “libremente” a una categoría “mujer” de entre varias posibilidades predeterminadas, posibilidades que mantendrían el orden social establecido.

En las escuelas, la historia tendría el potencial de convertirse en una fábula moral que enseña normas de género por medio de sus personajes, y la

conciencia histórica permitiría al alumno extraer lecciones predeterminadas de esta narrativa histórica (Friedrich, 2010). Es importante tener en cuenta la naturaleza omnipresente de este tipo de gubernamentalidad de género. Se asume que el género proviene de lo biológico, por lo que no se aborda en las escuelas ni en las aulas de historia y ciencias sociales como un tema separado. No hay una sección en los libros de texto de historia que diga “¡aprendamos a actuar como mujer/hombre!”, pero esto no significa que la narrativa histórica no enseñe sobre cómo ejecutar “mujer” u “hombre” o que la habilidad “conciencia histórica” no permita que los estudiantes extraigan lecciones morales respecto de cómo interpretar su género a partir de tal narración. En la escuela, la narrativa histórica predeterminada de la nación muestra a los estudiantes –en ocasiones múltiples y reiterativas– un espectáculo de interpretaciones de género (Butler, 1988) de diferentes personajes históricos a través del tiempo, enfatizando actuaciones específicas. Esta narración entrega información al individuo sobre lo que “naturalmente” hace cada sexo a través de reiterados ejemplos. Esto construye un guion: (re)produce las formas posibles y pensables en que el individuo podrá ejecutar su género.

Un plan de estudios de historia definido a nivel nacional, como es el caso chileno, conduce a la contemplación colectiva de este guion de género. El aspecto colectivo de este proceso es otra forma de gubernamentalidad respecto del género: no solo el individuo aprende lo que se supone que es “mujer” y “hombre” leyendo los textos y programas escolares y trabajando en aprender lecciones del pasado, sino que también tiene conciencia de que todos los demás estudiantes en el aula (y en el país) están leyendo los mismos textos y, por tanto, también saben qué se supone que es “mujer” y “hombre”. Esto funciona como una forma de vigilancia personal/pública (Foucault, 1972): el individuo vigilará a otros y a sí mismo impulsado por el conocimiento de que todo el mundo es consciente de cómo debe comportarse para ser considerado “normal”.

Si estas normas contenidas, de manera implícita, en los textos y programas escolares no son analizadas colectivamente y si estudiantes y profesores no cuestionan las normas de género presentes en los textos, este mecanismo puede ser opresivo para todos los estudiantes que se ven forzados a calzar dentro de restrictivos marcos predeterminados como “normales”. Sin embargo, debemos enfatizar, no cuestionar este conocimiento se torna doblemente opresivo para aquellas identidades de género que son construidas, “naturalmente”, en una posición de poder menor que otras, como es el caso de la categoría “mujer” respecto de la categoría “hombre”.

“Mujer-indigente” y “Mujer-activa”

En este artículo examino detalladamente los programas y los libros de texto de historia de 1° básico a 4° medio entregados por el Ministerio de Educación gratis el año 2014. Este análisis proporciona detalles sobre la narración histórica oficial de “mujer”, y qué posibles características y acciones son identificados por este guión como acciones apropiadas de los sujetos que quieren ser reconocidos como tal.

Sostengo que los textos y programas escolares chilenos construyen dos categorías arquetípicas de ‘Mujer’ que representan dos extremos posibles en este guión de género: “Mujer-indigente” y “Mujer-activa.” Mientras organizaba y analizaba los documentos curriculares, me di cuenta de que la intersección de cuestiones relacionadas con raza, origen étnico, sexualidad y clase social era fundamental para comprender el guión de género de los textos escolares para las estudiantes que quieren ser o son reconocidas como “mujer”. La construcción de estos arquetipos no es constante ni está perfectamente redondeada. No tiene en cuenta la edad, ni todas las variaciones sociales, étnicas o raciales. Sin embargo, son dos personajes distinguibles que surgen de la narración histórica presente en estos textos. “Mujer-indigente” es el cuento de advertencia, la moral de la historia (entiéndase indigente como una persona sin ningún medio de apoyo que necesita ayuda constantemente), mientras que “Mujer-Activa” es el modelo a seguir. A partir de mi análisis he concluido que ambas figuras arquetípicas continúan reproduciendo la figura “mujer” en una posición subordinada, oprimida y en constante riesgo de violencia.

Maternidad y familia

Prácticamente toda “mujer” en los textos y programas escolares es principalmente caracterizada por su asociación con la maternidad y la familia. Pareciera ser que ser “mujer” está irrevocablemente asociado con los hijos y la relación que las “mujeres” establecen con su familia e hijos determina si es que son caracterizadas como un modelo a seguir o como un ejemplo de una feminidad problemática.

La figura de “Mujer-activa” irrumpe en la historia actuando políticamente porque está preocupada por sus hijos y el mundo en el que vivirán: puede ser una mujer canadiense en huelga para que sus hijos aprendan el valor de ser ordenados (Gumucio, Muñoz, y Ponti del Valle, 2013, p.13); una madre que vota con su bebé en brazos o con sus hijos observando cerca (Amengual, Gutiérrez, Cot y Moran, 2013, p.16; Álvarez, Barahona y Cisternas, 2013b, p.147); o una mujer de clase media o alta desafiando al gobierno establecido en la marcha de las cacerolas protestando por la escasez de alimentos que

no le permite alimentar a sus hijos (Álvarez, Barahona y Cisternas, 2013b, p.171; Quintana, Castillo, Pérez, Moyano y Thielemann, 2013, p. 169). Todas estas son representaciones aceptables y apropiadas para “Mujer-activa”: todas están relacionadas con el amor afectuoso que “mujer” “naturalmente” tiene para con sus hijos. Pero no todas las madres son “Mujeres-activa”.

La figura de “Mujer-indigente” es retratada como una víctima pasiva, culpable de abandonar a sus hijos. En una actividad que describe las condiciones de trabajo de las mujeres pobres en las primeras décadas del siglo XX en Chile, el texto describe las horas de trabajo de las mujeres en estos términos: “Las jornadas eran de 12 a 15 horas, lo que implicaba que prácticamente debían *abandonar a sus familias e hijos* durante la mayor parte del día” (Quintana, Castillo, Pérez, Moyano y Thielemann, 2013, p.124, cursivas añadidas). “Mujer-indigente” está abandonando a sus hijos y a su familia porque es una víctima de su condición social. Es construida como un fracaso en el aspecto más importante de lo que significa ser “Mujer”: descuida a sus propios hijos. En contraste, los hombres y su trabajo a lo largo de los documentos históricos nunca se describen en relación con sus hijos o familia.

Monógamas y heterosexuales

Una relación monógama y heterosexual siempre enmarca la condición materna de las mujeres. Esta atracción “natural” hacia los hombres parece prescriptiva en la narración de los textos y programas escolares. Tanto “Mujer-activa” como “Mujer-indigente” parecen querer una pareja heterosexual (blanca, independientemente de su propia etnia). La diferencia es que “Mujer-activa” se dedica de varias maneras a obtener esa pareja, mientras que “Mujer-indigente” (con gusto) acepta la pareja heterosexual (blanca) que se le impone violentamente:

Las mujeres que se embarcaron a América venían con la intención de mejorar su condición social, vinculándose a algún conquistador. (...) La mayoría de las mujeres vino para establecerse, ser protegida y alcanzar un futuro mejor en un mundo dominado por los hombres. (...) La mujer indígena, por su parte, no rechazó al español. Si bien muchas fueron forzadas y violentadas por los conquistadores, otras se convirtieron rápidamente en sus concubinas y madres de la primera generación de mestizos de América (Álvarez, Barahona y Cisternas, 2013a, p. 52).

“Mujer-activa” sabe que un futuro mejor para ella depende de tener un hombre poderoso como pareja sexual, y ella es lo suficientemente “inteligente” para

salir y arriesgarse a encontrarlo. La narrativa describe por otro lado a la “Mujer-indigente”, como igualmente heterosexual y monógama, pero cuya pareja sexual se le impone de manera violenta. A pesar de ser tomada por la fuerza, según los textos escolares ella acepta a estas parejas impuestas. La idea de que, a pesar de la violencia sexual de la conquista, las mujeres nativas aceptaron e incluso desearon relaciones con los conquistadores se repite al menos once veces en los textos analizados.

En los cambios sociales

Algunas veces las mujeres en los textos escolares de historia son asociadas a cambios sociales propios del devenir histórico y la lucha por derechos sociales. “Mujer-activa” tienen un papel en la historia de los cambios sociales y/o políticos en la narración histórica, pero enmarcado por su condición de compañera o subordinada a un “hombre”, quien es construido como el verdadero héroe, incluso en la lucha por su propia agenda política. La narrativa histórica sobre el acceso de las mujeres a la educación y al voto en Chile reiterativamente da a un “hombre” la responsabilidad final de otorgar tal derecho o beneficio. Por ejemplo, a Miguel Luis Amunátegui (Quintana, Castillo, Pérez, Moyano y Thielemann, 2013, p.125) se le asigna la responsabilidad de otorgar acceso a la educación superior a las mujeres, y a Gabriel González Videla se le asigna la responsabilidad de otorgar a las mujeres el derecho al voto (Quintana, Castillo, Pérez, Moyano y Thielemann, 2013, p.127).

Otros cambios en la condición social de “Mujer-activa” no relacionados con el rol de los hombres en la historia se caracterizan de una manera bastante particular. Dos libros de texto diferentes, de dos compañías editoriales distintas, que describen dos contextos históricos –Europa durante “Locos Años 20” y Chile durante la liberación femenina de los 60– terminan construyendo una narrativa similar (y desalentadora). La gran rebelión en solitario de “Mujer-activa” consiste en usar lápiz labial, mostrar las piernas y cortarse el pelo en un *bob* (Gárate, Rodríguez, Castillo y Morales, 2014, p.44). Mientras la sociedad está en crisis, “Mujer-activa” va al salón de belleza para estar lista para la fiesta, la bebida y para fumar en la noche (Quintana, Castillo, Pérez, Moyano y Thielemann, 2013, p 126). Estas actitudes son remarcadas como grandes logros de las “mujeres”, mientras que los “hombres” nunca son caracterizados de la misma manera. Es interesante considerar qué tipo de mujeres tendrán el privilegio de participar en esta forma de rebelión: las mujeres que pueden pagar el salón de belleza, el alcohol y las fiestas, y pueden darse el lujo de perder ese precioso tiempo. Otras rebeliones son borradas.

Por otro lado, “Mujer-indigente” es representada como la mujer pobre y/o indígena que no se suma al progreso histórico, ya sea por aferrarse a sus tradiciones (Mendizábal y Riffo, 2013, p.197), o debido a su incapacidad de superarse (Mendizábal y Riffo, 2013, p.285). Esto convierte a “Mujer-indigente” en un ser informe, sin nombre y prácticamente irreconocible. Los textos escolares enmarcan a las mujeres de clase trabajadora y a las mujeres nativas y negras al menos 20 veces de esta manera.

En el trabajo

“Mujer” se describe al menos en 52 ocasiones distintas trabajando casi siempre en trabajo doméstico, trabajos que imitan el trabajo doméstico (similar a cocinar, cuidar a niños, lavar, planchar y/o reparar ropa, limpiar) o en trabajos no remunerados, generalmente en posiciones subordinadas a “hombres”.

Las diferencias entre “Mujer-activa” y “Mujer-indigente” en el ámbito laboral están relacionadas con las “necesidades” emergentes del tiempo histórico construidas en la narrativa curricular. Mientras que una mujer que trabaja 12 horas al día como lavandera para alimentar a su familia es victimizada pero acusada de “abandonar a su familia y sus hijos” (Quintana, Castillo, Pérez, Moyano y Thielemann, 2013, p.124), otra es elogiada por hacer los trabajos más difíciles (Gárate, Rodríguez, Castillo y Morales, 2014, p.33) cuando los hombres tienen que ir a la guerra. Una es “Mujer-activa” y la otra es “Mujer-indigente”; el trabajo de una permite que la narrativa de los hombres se destaque, mientras que la otra muestra un tiempo en el que las cosas no eran tan “grandiosas”. Una se ajusta a la épica heroica de la nación, mientras que la otra es una advertencia que muestra los “malos tiempos” que podrían regresar.

La narrativa de los textos y programas escolares respecto del trabajo y la esfera pública determina que “mujer” disfruta de los mismos derechos políticos y sociales que los hombres de hoy, lo que le permite la “libertad” de individualmente elegir su propio destino: “Actualmente las mujeres chilenas, sin importar su condición social, tienen derecho a voto, estudian en la universidad si su condición económica lo permite, trabajan fuera del hogar y asumen cargos políticos, sin embargo, esto no siempre fue así” (Álvarez, Barahona y Cisternas, 2013b, p.135). “Mujer” es enmarcada en una concepción progresiva de la historia. La lección de la fábula es clara: las cosas para “Mujer” han cambiado; hoy puede hacer casi cualquier cosa, e incluso puede trabajar fuera de su casa e ir a la universidad si tiene dinero. Se crea la sensación de libertad de acción y de elección tan relevante para

la gubernamentalidad democrática neoliberal. En esta fábula se ha alcanzado un consenso, se ha logrado la igualdad y el orden debe prevalecer.

A modo de conclusión

En este artículo he analizado la categoría “mujer” buscando proporcionar pistas acerca de lo que todavía es problemático en el enfoque de equidad de género en la educación chilena. Las normas de género opresivas para “mujer” identificadas en estos textos y programas escolares chilenos constituyen un problema importante en el camino para lograr la equidad de género en el país. Estas normas podrían ser leídas por los estudiantes como las únicas posibilidades de ser “mujer” y al mismo tiempo promueven la aceptación del estado actual de las mujeres en la sociedad en lugar de cuestionar ciertos supuestos de género. En este sentido, un estudiante que lee estos documentos puede entenderse como “mujer” si quiere desempeñarse como madre, se identifica como heterosexual y quiere trabajar en algún espacio laboral subordinado y/o doméstico. Otras posibilidades están borradas de los documentos. Se invisibilizan porque no contribuyen a mantener la estabilidad y el consenso, e incluso podrían perturbar el orden social. Esta narrativa histórica no cuestiona el trabajo de cuidado de “la mujer” no remunerado ni busca mejorar ningún otro asunto relacionado con la redistribución económica.

Abordar el tema de la equidad de género desde una perspectiva educativa crítica puede proporcionar respuestas importantes sobre la persistencia de la situación de opresión de la “mujer” en la sociedad chilena. No es suficiente cambiar los textos escolares para que haya más “mujeres” en ellos. La normalización de ciertas características de género y la atención a temáticas relacionadas con la redistribución del trabajo de cuidado y doméstico son asuntos centrales a considerar. Las educadoras e investigadoras pueden usar esta lectura crítica para interrumpir las narrativas “felices” sobre la equidad de género en Chile y otros países.

Referencias

- Alayan, S., y Al-Khalidi, N. (2010). Género y agencia en historia, educación cívica y libros de texto nacionales de educación de Jordania y Palestina. *Revista de Medios Educativos, Memoria y Sociedad*, 2 (1), 78-96.
- Álvarez, G., Barahona, M., y Cisternas, L. E. (2013a). *Historia, geografía y ciencias sociales*, 5° básico. Santiago de Chile: editores de Zig-Zag.
- Álvarez, G., Barahona, M., y Cisternas, L. E. (2013b). *Historia, geografía y ciencias sociales*, 6° básico. Santiago de Chile: editores de Zig-Zag.
- Amengual, P., Gutiérrez, S., Cot, N.A., y Moran, M.J. (2013). *Historia geografía y ciencias sociales*, 4° básico. Santiago, Chile: Norma Publishers.

- Binimelis, A., Blázquez, M., y Henández, H. (1992). *Análisis de Roles y Estereotipos Sexuales en los Textos Escolares Chilenos*. Santiago de Chile: SERNAM.
- Blumberg, R. L. (2008). El obstáculo invisible a la igualdad educativa: sesgo de género en los libros de texto. *Perspectivas*, 38, 345-361.
- Butler, J. (1988). Actos performativos y constitución de género: un ensayo en fenomenología y teoría feminista. *Theatre Journal*, 40 (4), 519-531.
- Foucault, M. (1972). *La arqueología del conocimiento y el discurso sobre el lenguaje*. Nueva York, NY: Pantheon Books.
- Friedrich, D. (2010). La conciencia histórica como dispositivo pedagógico en la producción del ciudadano responsable. *Discurso: Studies in the Cultural Politics of Education*, 31 (5), 649-663.
- Gárate, M., Rodríguez, C., Castillo, S., y Morales, J. (2014). *Historia, geografía y ciencias sociales, 1° medio*. Santiago de Chile: Editores Aguilar.
- Gumucio, A. Muñoz, P. y Ponti del Valle, M. (2013). *Historia, geografía y ciencias sociales, 3° básico*. Santiago de Chile: Santillana Publishers.
- Mendizábal, M. A., y Riffo, J. (2013). *Historia, geografía y ciencias sociales, 2° medio*. Santiago de Chile: SM Publishers.
- Osler, A. (1994). ¿Aún escondido de la historia? La representación de las mujeres en los libros de texto de historia recientemente publicados. *Oxford Review of Education*, 20 (2), 219-235.
- Quintana, S., Castillo, S., Pérez, N., Moyano, C. y Thielemann, L. (2013). *Historia, geografía y ciencias sociales, 3° medio*. Santiago de Chile: SM Publishers.
- Schmidt, S. (2012). ¿Soy una mujer? La normalización de la mujer en la historia de los Estados Unidos. *Género y Educación*, 24 (7), 707-724.
- Schrader, C. E., y Wotipka, C. M. (2011). ¿Historia transformada? El género en las narraciones de la Segunda Guerra Mundial en los libros de texto de historia de los Estados Unidos, 1956-2007. *Formaciones Feministas*, 23 (3), 68-88.
- Smolkin, L. B., y Young, C. A. (2011). Dirección de investigación: espejos perdidos, ventanas faltantes: libros de texto de literatura infantil y temas LGBT. *Language Arts*, 88 (3), pp. 217-225.
- Sruvastava, G. (2005). Cuestiones de género en los libros de texto de estudios sociales de Pakistán y Bangladesh. *Internationale Schulbuchforschung*, 27 (2), 217-234.
- Temple, J. R. (2005). "Personas que son diferentes a ti": Heterosexismo en los libros de texto de la escuela secundaria de Quebec. *Canadian Journal of Education*, 28 (3), 271-294.
- Vandergriff, I., Barry, D., y Mueller, K. (2008). ¿Modelos y normas de uso? Marcado de género en los libros de texto de primer año. *Enseñanza del alemán*, 41 (2), 144-150.
- Wilchins, R. (2004). Foucault y la sociedad disciplinaria. En *La teoría queer, teoría del género* (pp. 59-70). Los Angeles, CA: Alyson Books.

NUNCA MÁS MUJERES SIN HISTORIA



Fotografía: Carolina Ibacache

LA IMPLEMENTACIÓN DE UNA EDUCACIÓN NO SEXISTA.

EL CASO DEL COLEGIO ANDINO ANTUQUELÉN

Dominique Beyer Díaz y Josefa Hernández Aguirre*

Frente a las evidencias existentes de sexismo en la educación, hay establecimientos, como el colegio Andino Antuquelén, ubicado en la comuna de San José de Maipo, que se han propuesto reconocer las instancias de producción y reproducción del mismo, y promover la equidad de género. De los resultados de una investigación cualitativa que consistió en indagar de qué manera se busca incentivar la equidad de género en este colegio y cómo esta búsqueda permea las distintas esferas del establecimiento, surgen algunas de recomendaciones en las que se profundizará en el presente artículo.

El colegio Andino Antuquelén es un colegio particular subvencionado donde actualmente estudian 340 personas. El establecimiento tiene alrededor de 20 años de funcionamiento y se define como no tradicional, con una tendencia pedagógica libertaria, y un marcado énfasis en la responsabilidad personal y la autorregulación. Sus tres ejes fundamentales son: la validación de la persona, la inclusión y la expresión artística. Estos tres

* Estudiantes de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Realizaron un taller de práctica para su titulación en la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres el primer semestre de 2017. Esta investigación cualitativa, acordada entre las partes, fue realizada en el contexto de la sistematización de las conversaciones del Grupo Historia con el propósito de explorar los resultados de una experiencia de educación no sexista, intencionada por su directora, Lorella Lopresti Martínez, feminista y Profesora de Historia, y desarrollada por toda la comunidad educativa en el Colegio Andino Antuquelén de San José de Maipo.

elementos son fundamentales a la hora de estudiar las formas en que se promueve la equidad de género en esta comunidad educativa.

En primer lugar y como esfuerzo más recurrente, se observa el uso de lenguaje inclusivo por parte de la mayoría de los y las docentes y directivas de la institución. Como lo expresa la directora, esta ha sido su “bandera de lucha” desde que comenzó el proyecto, buscando así la visibilización del género femenino. En segundo lugar, existe una preocupación permanente por hacer frente a los micromachismos cotidianos presentes en la institución. Las y los docentes y estudiantes comprenden que toda expresión de machismo, por ínfima que pudiese parecer, responde a un sistema patriarcal internalizado. Por tanto, si se hacen presentes actitudes sexistas, no se les da cabida, y son problematizadas por medio de conversaciones y discusiones entre las y los involucradas/os. Por último, cada año el colegio escoge una temática para trabajar y profundizar a lo largo de la temporada escolar, siendo el patriarcado el tema escogido para el 2016. Lo interesante de este año temático es que contó con una participación colectiva y transversal de todas las personas que componen la comunidad educativa, ayudando a visibilizar el género, y a aumentar y profundizar los contenidos relacionados con este en todos los estamentos de la institución.

Si bien el fin de la investigación de la que da cuenta este artículo no era señalar cuán efectivo ha sido el esfuerzo de esta institución educativa por promover la equidad de género, podemos decir que fue posible identificar prácticas de género equitativas durante el trabajo de campo. Por ejemplo, la participación de las y los estudiantes en el desarrollo de las distintas asignaturas era paritaria, sin importar cuán “masculina” o “femenina” sea considerada socialmente la asignatura. Otro hecho que nos llamó la atención fue la buena convivencia observada entre todas/os, existiendo un ambiente de respeto por la diversidad y de enfrentamiento a actitudes identificadas como opresivas. Finalmente, observamos en las personas del establecimiento una crítica a la estructura social machista que permea las actitudes de las personas con quienes se relacionan, el sistema en general, e incluso a sí mismas. De aquí surge una tendencia a la autocrítica y a la problematización del tema que produce prácticas que buscan alejarse del machismo y promover la equidad de género.

Algunas reflexiones y recomendaciones

En primer lugar, destacamos la necesidad de replantearse la forma en que se entiende la educación en Chile, pues si se quiere impulsar una educación no sexista, es necesario que las y los estudiantes adquieran una manera

de ver el mundo que les permita reflexionar sobre las desigualdades naturalizadas existentes en la sociedad. Si la educación se sigue viviendo como transmisión de conocimiento, en vez de la promoción de reflexión y co-construcción del mismo, difícilmente se logrará que los y las estudiantes sean capaces de cuestionar la realidad donde se mueven, percibiendo y enfrentando el sexismo imperante (entre otras inequidades). En línea con lo anterior, la promoción de un pensamiento crítico debe realizarse desde que las y los estudiantes comienzan su paso por la educación formal, por dos importantes razones. La primera es que desde temprana edad se desarrollan capacidades reflexivas que no deben ser subestimadas y la segunda es que la internalización de actitudes discriminatorias también es un proceso temprano, y difícil de controlar sin un esfuerzo y atención personal constante del equipo docente (ya que, inconscientemente, se pueden replicar estas actitudes). En otras palabras, mientras más temprano se rompa con la naturalización del patriarcado, menos difícil será la tarea de hacer que los y las estudiantes dejen de reproducirlo, y que se produzcan nuevos órdenes de género más equitativos.

En segundo lugar, como base para que exista una crítica y un enfrentamiento real a las disparidades de género, es necesario que las y los docentes hayan pasado por un proceso de desnaturalización del orden establecido. Al ser ellos/as quienes, dentro de la institución educativa, tienen el contacto más directo y cotidiano con las y los estudiantes, y quienes llevan a la práctica el modelo educativo que plantea una institución, se vuelve imprescindible que tengan un bagaje conceptual que le dé sustento a una forma crítica de mirar la sociedad. Solo de esta forma podrán ser guías efectivos/as a la hora de buscar que las y los estudiantes salgan de las lógicas patriarcales. Es por ello que se recomienda una capacitación constante de los y las docentes en temáticas de género, desde su proceso de formación en adelante.

Además, es necesario abordar los asuntos relativos al género desde lo cotidiano, dejando la teoría de género, más que nada, como base conceptual para que los y las docentes tengan las herramientas que les permitan ver y entender situaciones que por naturalizadas pasan desapercibidas. En efecto, comprender las lógicas del sistema hegemónico, que relegan a las mujeres a un plano inferior, es el primer paso para enfrentarlas, y es desde ahí donde tienen que posicionarse para guiar a sus estudiantes. Sin embargo, se hace fundamental que tengan la capacidad de demostrar cómo el sistema patriarcal oprime en la práctica a las y los estudiantes. Remitir a la experiencia cotidiana permite aterrizar una abstracción que puede dificultar la comprensión de las situaciones que enfrentan aquellas personas que sufren más discriminación y opresión (por ejemplo, homosexuales) y por ende la empatía con dichas personas.

En esta misma dirección, es importante tener en cuenta que la validación de la persona, la horizontalidad en el trato y la co-construcción del conocimiento entre los y las integrantes de una comunidad educativa facilita la promoción de la equidad de género. Empoderar a los y las estudiantes, validando sus puntos de vista y valorarlos como iguales permite establecer la confianza necesaria para denunciar casos de sexismo y otras inequidades que puedan surgir.

Por último, se hace necesario institucionalizar y dar un orden a todas estas prácticas para que los niveles de alcance de lo que se busca sean aún más profundos, reforzando ciertos niveles o materias críticas y buscando llegar, también, a los y las trabajadores/as y apoderados/as de un establecimiento. Por ejemplo, se puede utilizar un enfoque de género de manera transversal para problematizar los contenidos de las diversas asignaturas. Otra estrategia es definir ciertas edades (o niveles) donde se realicen talleres específicos de manera sistemática, para asegurar que todos y todas las estudiantes están recibiendo la misma formación al respecto. Esto daría más continuidad al proyecto, y permitiría acumular y sistematizar experiencias. Consecuentemente, la forma de abordar los problemas relativos al género y al sexismo se iría perfeccionando y solidificando con el pasar del tiempo. Por último, dadas las diferencias generacionales que suelen conllevar diferencias en conocimientos respecto del sexismo y el género, los y las apoderados/as tendrían que ser incluidos/as en la discusión, sin ser excluidos/as por posibles actitudes machistas o conservadoras que puedan tener. En efecto, no considerar la influencia de la familia en la producción y reproducción del sexismo puede dificultar mucho el trabajo en las instituciones educativas.

Comprendemos que la reproducción de estereotipos de género y actitudes discriminatorias en los establecimientos educacionales muchas veces se realiza de manera inconsciente y trasciende el currículum formal. Por esto, si bien la institucionalización de ciertas prácticas y temas es un avance, no es suficiente. Es necesario promover un pensamiento crítico constante e incluir a toda la comunidad en la problematización de las estructuras sociales e inequidades que nos rodean. La inclusión de la comunidad implica una validación de la diversidad. Consecuentemente, es necesario visibilizar lo invisibilizado (como las mujeres, la diversidad sexual, personas indígenas, entre otras), y entender a los y las otros/as como iguales, desde la horizontalidad. Así, una vez validada la diversidad de un establecimiento, abordar la inequidad de género (u otra) desde lo cotidiano permite empatizar con otros sectores oprimidos y aterrizar abstracciones teóricas.

Si bien aún queda mucho que avanzar en el camino hacia una verdadera educación no sexista, el hecho de que existan esfuerzos comprometidos por lograr una mayor equidad de género que han tenido resultados positivos es, sin lugar a dudas, un paso adelante.



Fotografía: Soledad Rojas B.





NUUESTRO LUGAR EN LA HISTORIA



CONVERSACIONES

La historiografía de mujeres

Existe un fuerte movimiento contracultural, muchas organizaciones de mujeres y feministas, en todos los tiempos y desde distintos lugares, expresamos ideas, generamos nuevos conocimientos, desplegamos acciones y prácticas que lentamente van desnaturalizando nuestra posición en la sociedad. Son evidentes los procesos transformadores, desobedientes, rebeldes, que hemos desencadenado y que, aun con dificultad, van abriéndose paso en el imaginario colectivo.

Cuando decimos todo lo que hemos contribuido a los cambios, agregamos: “si no fuera así, seguiríamos en la Edad Media” y se nos vienen imágenes de mujeres en la hoguera. Sin duda valoramos el conocimiento producido por feministas europeas y norteamericanas y los cambios que han operado en sus sociedades, pero las experiencias en la parte sur del mundo, también en el este, son otras. Necesitamos poblar el imaginario desde nuestro lugar, con historias de encuentro y desencuentro, con culturas diversas, con un territorio cambiante de paisajes y riquezas naturales, porque esas particularidades han cimentado lo que somos.

Quizás la división de las preguntas en ¿por qué? y ¿para qué? sigue influyendo en las desigualdades que traspasan los tiempos. El pragmatismo que guía la acción con un “¿para qué?” en el norte del mundo y de sectores conservadores en el sur contribuye a la desmemoria, baja el telón de una etapa y recomienza en otra con nuevos vestuarios y maquillajes. La porfía de preguntarse “¿por qué?” en el sur del mundo tiene de suyo aparejado un “¿para qué?”, pero si se le quita el primer término, no fluye el segundo, y se reproduce y naturaliza lo que hemos internalizado.

¿Por qué nuestra historia no está en el imaginario colectivo?

Nos referiremos específicamente a la vasta historiografía de mujeres, es decir, al registro, escrito principalmente, que ellas

han realizado sobre las mujeres en la historia pasada o actual. ¿Por qué no hemos logrado asimilarla ni instalarla como propia, como referente en nuestras vidas? Los aprendizajes de experiencias ya vividas no surgen espontáneamente para guiar nuevos pasos, para seguir uno u otro camino cuando se nos presentan opciones y caemos en la repetición, en volver a empezar. ¿Por qué no fluye? ¿Por qué no está en el imaginario colectivo? Tal vez si nos vamos explicando lo que sucede, es decir, dando cuenta de los “¿por qué?”, podemos ir transformando, simultáneamente, la cotidianeidad.

En acuerdo con Imelda Vega-Centeno, diremos que:

El imaginario colectivo es el conjunto de imágenes simbólicas y de representaciones míticas de una sociedad. Gracias a este conjunto de imágenes la sociedad explicita inicialmente su cultura. Esto no significa que todas estas representaciones –y la forma como fueron construidas– sean conscientes en el mismo grado para todos los miembros del grupo. El imaginario colectivo constituye un elemento esencial, pero ambivalente, de la cultura; pues es a la vez motor y freno de la dinámica social (p.59).³⁵

Imelda agrega y especifica,

El imaginario social de nuestras sociedades mestizas latinoamericanas presenta no solo la riqueza de aquello que se ha dado en llamar el “encuentro de culturas”, sino que evidencia la violencia subyacente, y no resuelta, que produjo el hecho colonial. El proceso cultural del mestizaje no es sencillo, es contradictorio, largo y ambivalente (p.60).

La historiografía de mujeres ha tenido un desarrollo notable desde mediados del siglo XX. Existen cientos de estudios que develan y relevan aspectos de la acción de las mujeres en distintos sectores y tiempos. Entonces, de nuevo la pregunta: ¿por qué no fluye? ¿Por qué no tenemos memoria de la acción colectiva de las mujeres en Chile y en el continente?

Algunas dificultades específicas que, según podemos observar, enfrenta la historiografía de mujeres son: la fragmentación, la discontinuidad, la desconexión con otras historias y su lugar en la academia.

La fragmentación de los estudios históricos de las mujeres

Esta fragmentación no es solo temática, temporal y geográfica, también es de clase y está racializada.

³⁵ Vega-Centeno, Imelda (1992). “Doña Carolina. Tradición oral, imaginario femenino y política”. En *Espejos y travesías. Mujer y antropología en los 90. Ediciones de las mujeres n° 16*. Santiago, Chile: Isis Internacional.

Es importante saber dónde estuvieron las mujeres activas social, política, laboralmente, por lo menos, y, después, empezar a ver otros espacios donde también participaron, lo que es más difícil, tal vez, pero no imposible de recuperar. Por ejemplo, al estudiar la historia sanitaria se encuentra profusamente a los médicos, a algunas médicas, pero escasas alusiones a las enfermeras, cuyo trabajo ha sido siempre de la mayor importancia.

Existen situaciones, conflictos de nivel local que tienen impacto nacional pero desde la visión jerarquizante que hemos internalizado no vemos que también son procesos históricos que movilizan y provocan transformaciones en la sociedad. En el nivel poblacional, por ejemplo, los campamentos, los conventillos, los cités, las tomas de terreno, son espacios y acontecimientos en los que las mujeres han tenido una participación protagónica. O los campamentos mineros en el norte y sur del país, en los que las mujeres no solo lucharon codo a codo con los trabajadores por mejores condiciones de vida, sino también crearon organizaciones, demandas y formas de presión propias.

El libro de Alejandra Brito,³⁶ *Autonomía y subordinación. Mujeres en Concepción, 1840-1920*, tiene una mirada regional en la búsqueda de documentos relacionados con mujeres. Las fuentes son testamentos de mujeres y periódicos. Una de las cosas que se encontró es que de todos los testamentos de mujeres que se revisaron en ese período, casi el 70% testaba a otras mujeres, familiares o no, pero siempre explícitamente a otra mujer como primera opción. Hay mucho más de lo que imaginamos, si se amplía la mirada centralista.

En los libros de Edith Rebolledo acerca de las mujeres en Chiloé,³⁷ se encuentran relatos de mujeres esforzadas que bregan con la subsistencia, con la crianza de las y los hijos, con la violencia, entre mitos y creencias que conviven con las aceleradas transformaciones de la sociedad actual. En el Encuentro Nacional Feminista en Arica (2016), Candy Paredes recién había publicado su libro *Mujeres de Luto. Actuar político y social en el norte de Chile* y Nora Guevara presentó el libro de poemas de su autoría, *Entre cuervos, superando la violencia*. Patricia Aguirre González, de Coquimbo, compartió un cuento no sexista, “Ammu y la Diosa en la prehistoria”, es decir, en todas las regiones las mujeres están escribiendo, quieren comunicar, pero lo sabemos casi por casualidad. Quizás cuánto más hay.

³⁶ Brito, Alejandra. (2014). *Autonomía y subordinación. Mujeres en Concepción, 1840 – 1920*. Santiago, Chile: Ediciones LOM.

³⁷ Rebolledo Moller, Edith. (2013). *Género y Ruralidad 1. Testimonios de vida de mujeres rurales de Chiloé* (2015). *Género y Ruralidad 2. Nuevas identidades en las chilotas de hoy*. Castro, Chiloé. Libros en Red.

En el libro *El MEMCH hizo historia*,³⁸ de Corinne Antezana-Pernet, vemos que el MEMCH de 1935 fue uno de los movimientos más grandes de las mujeres en Chile. Tuvo alcance nacional y fue pluriclasista. Pero el pluriclasismo no es un lugar legítimo dentro de algunas visiones de la izquierda y como movimiento de mujeres, incluso dentro de las propias feministas hemos sido criticadas por considerarlo. Había mujeres desde las primeras profesionales hasta espiritistas, brujas, obreras y campesinas con alto nivel de politización, y aunque en la directiva había un número mayor de profesionales y empleadas, no eran precisamente de la aristocracia, sino de los emergentes sectores medios de la época. Si leemos el periódico que publicaron, *La Mujer Nueva*, veremos que analizaban la situación internacional, el fascismo, las consecuencias del aborto clandestino, la pobreza y el analfabetismo, entre otros problemas de su tiempo y del nuestro.

Esta fragmentación nos lleva a pensar en el contexto en que se produjeron los hechos que se narran. La acción de las mujeres se sitúa en un contexto que no construyeron, aparecemos en un escenario ya diseñado, agregadas.

Al imaginar los 30 años de lucha de las mujeres por los derechos políticos plenos se puede apreciar la construcción de contexto. Ellas hicieron visible el problema de su exclusión en la vida política, fueron compartiendo argumentos entre ellas y con los hombres que también las habían excluido de la educación, publicaron boletines, salieron a las calles, hablaron con autoridades de todo tipo e hicieron lo que estuvo a su alcance para instalar la necesidad de una demanda justa: la participación política femenina. Eso es posible de imaginar. Pero, simbólicamente, la consecución de sus objetivos después de tantos años de lucha quedó fijada en dos expresiones que se repiten hasta hoy: 1. La lucha por “votar también en las elecciones presidenciales” y la obtención del “derecho a voto”, es decir, el acto de emitir el voto, implícitamente el de “elegir”, pero en el imaginario no surge el de “ser elegidas”; 2. Esta conquista de las mujeres quedó consignada en el proyecto de ley, firmado por diputados y senadores con nombres, apellidos y filiación política, y en el acto en que González Videla “concede” a las mujeres el derecho a votar. ¡Cuánto más construyó esa lucha!, partiendo por la ampliación de la democracia, la conjunción que hacían entre educación y decisión electoral, la centralidad que tuvo el laicismo, lo que implicó la “integración” de las mujeres a los partidos políticos, entre otros aspectos.

38 Antezana-Pernet, Corinne. (1997). *El MEMCH hizo historia*. Santiago, Chile: Fundación Biblioteca y Archivo de la Mujer Elena Caffarena.

Si pensamos en la historia de las mujeres, la acción se instala en contextos demasiado amplios o sin contexto, no se logra imaginar a las mujeres en procesos de construcción, queda la sensación de una parcialidad, una experiencia particular, aislada. No aparecemos como protagonistas también de la construcción de condiciones para el cambio, aparecemos sin historicidad.

En la experiencia del movimiento obrero, social, popular, las mujeres no están en ese contexto, están los sujetos y los contextos por separado. Esto también se ha discutido para otros sujetos históricos que se perciben inmóviles, como esperando que les llegue su turno en la historia.

La discontinuidad del relato histórico

Existen estudios de distintas etapas y muy buenas compilaciones, antologías históricas, pero hay períodos que no están, o lo están bastante menos, investigados. Generalmente, por la necesidad de relevar a las mujeres, se ha escrito más de los períodos de visibilidad de su acción colectiva: la lucha por los derechos políticos plenos, la lucha contra la dictadura cívico-militar. Muchas mujeres han hecho investigación, ahora es necesario darle continuidad, integralidad.

No se ha constituido un campo de historiadoras, aunque hoy se ven algunos esfuerzos por agruparse a partir de la reciente formación de la Red de Historiadoras Feministas, además de los esfuerzos que se han realizado desde la constitución del Archivo Mujeres y Géneros en el Archivo Nacional. Imaginar la constitución de un centro de estudios de historia de las mujeres en Chile tal vez pueda ser un nuevo paso en los desafíos que presentan la fragmentación, la falta de continuidad y la desconexión con la historia global.

Su desconexión con las otras historias

¿Tenemos que hablar de historia de las mujeres o de las mujeres en la historia global?³⁹ Este es uno de los problemas más debatidos en la historiografía de las mujeres. Si se habla de *historia de mujeres*, pueden identificarse dos concepciones: “una historia separada y autónoma, y la

39 Por historia global entendemos una perspectiva historiográfica que trata de salir de algunos de los formatos más tradicionales de la investigación histórica, en los que el objeto de estudio por excelencia es el Estado-nación y los personajes que giran en torno a esta entidad. Desde nuestra noción, la historia global busca hacerse cargo de las trayectorias de los procesos de globalización y de la movilidad humana, de los entramados particulares y globales del poder, además de los múltiples cruces entre los modos de relacionarse y significar las experiencias que van más allá de las fronteras e identidades construidas bajo una idea particular de nación; la historia global pone énfasis en la visibilización de las interconexiones y en la integración de elementos diversos.

que se centra en las mujeres, pero busca sus múltiples vinculaciones con el proceso social global”.⁴⁰

Desde los años 80, dentro de la historia social, se desarrolla una especialidad conocida como historia de la mujer. Tesis de grado, artículos y libros han dado a luz nuevos conocimientos sobre una variada y amplia gama de temáticas, más allá de la historia de la familia. Desde mediados de la década de 1990, el avance de dicha especialidad ha revelado que es más preciso hablar de historia de las mujeres, pues los estudios que privilegian la investigación sobre el pasado femenino dan cuenta de que las mujeres son distintas entre sí, participan en amplias esferas de la vida social y son protagonistas de fenómenos históricos de larga duración como la constitución del mercado laboral, la familia urbana, la cultura material o la construcción del Estado moderno, como plantea Angélica Illanes.⁴¹

Si se piensa en la ausencia de las mujeres en la historiografía y en los textos escolares, sucede lo que encontramos una y otra vez en textos en los que se ha comprendido y tratado de remediar esta omisión por medio de la visibilización puntual de las mujeres en distintos procesos históricos: se piensa aparte, como el cuadro anexo que aparece en los textos escolares para mostrar qué estaban haciendo las mujeres en ese momento; algo marginal y aislado de lo que pasa o la “compensación” con la inclusión de alguna mujer destacada o la “contribución” de las mujeres en algún ámbito, como complemento de algo más amplio y central.

Sin embargo, en la actualidad también es posible encontrar iniciativas que pugnan por intersectar la historia de las mujeres con otras corrientes históricas, reconociendo que tanto la historia política como la social, por solo mencionar dos, han estado subsumidas en una mirada e interpretación del mundo occidentalizada y profundamente androcéntrica, y permitiéndose pensar en la posibilidad de una historia global que se haga cargo de estos sesgos. Porque no es que las mujeres estaban aparte haciendo una marcha, un movimiento, sino que lo hicieron dentro de un contexto que también contribuyeron a crear. Se trata, entonces, de salir de esos estancos que finalmente terminaron en esta separación: la historia cultural, la historia social, la historia política, la historia de género, la historia de las mujeres.

Por ejemplo, si revisamos diarios de 1935, de las fechas que rodearon la primera elección municipal en que votaron las mujeres, podemos ver que

40 Lau Jaiven, Ana (1998). “Cuando hablan las mujeres”. En Eli Bartra (comp.). *Debates en torno a una metodología feminista*. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco; Universidad Nacional Autónoma de México.

41 Illanes, María Angélica (2012). *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

estas estaban presentes y que en diarios como *La Nación* y *El Mercurio* se habló de esa elección, alabaron la novedad que implicaba que las mujeres fueran a las urnas, relevaron algunas candidaturas por sobre otras y se preguntaron qué iba a significar que las mujeres votaran. En *El Mercurio*, específicamente, las candidatas a regidoras de derecha salían casi todos los días, las entrevistaban, tenían avisaje. Las mujeres estaban en el diario, incluso está avisada en la página de espectáculos una obra de teatro sobre el voto femenino. Si vemos otros periódicos que eran de organizaciones de mujeres de la época, todas hablaron del voto, haciendo llamados muchas de ellas para inscribirse para las municipales, de izquierda, de derecha y alessandristas. Hay una presencia mucho más transversal que la que imaginamos, aunque es efectivo que en las páginas de los periódicos lo central era lo que hacían los hombres que estaban en el poder.

¿Cómo integramos el relato histórico de las mujeres sin integrarnos al relato masculino? ¿Cómo rastreamos las transformaciones sociales y políticas desencadenadas por las mujeres? Frente a esta desconexión, para relatar la historia de la humanidad no es que tengan que anexarse las mujeres a la historia masculina, sino transformar ambas. ¿Qué es la historia mirada desde el feminismo sino la historización de las relaciones de poder que han mantenido a las mujeres enfrentadas a distintas formas de subordinación y la historia de las luchas dadas por las mujeres para cambiar esta situación?

Está capturada en la academia

En los 80 y 90 había mujeres pensando desde distintos lugares y el movimiento de mujeres se empieza a reconstituir porque hay mujeres que se juntan y están pensando cosas similares. Después hubo interés por incorporar el género a la academia y muchas nos alegramos cuando se logró crear las primeras cátedras y diplomados. La intención era generar una reflexión más profunda y también ocupar un espacio que tenía mucho peso; era una búsqueda de validación, aunque no lo decíamos. Pero la academia estaba y está enmarcada en sus propios códigos, sexistas, autovalidantes académica y políticamente. Hay un formateo masculino, una manera de conocer y relatar que hay que seguir para ser validadas por los hombres; son lugares que ya tienen un guion para producir y hablar. Basta ver las jerarquías en la academia para entender que las mujeres no son referentes, salvo quizás con alguna excepción.

En la Universidad de Chile hay dos programas de género en un mismo campo, que no dialogan entre sí y tampoco con las facultades de otras universidades: el Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG) y el Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina (CEGECAL),

ambos de la Facultad de Filosofía y Humanidades. En la Universidad de Santiago de Chile (USACH) existe el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA), el que, entre sus variados programas de trabajo académico e intelectual en el área de Estudios Sociales y del Desarrollo, incluye Estudios de Género.

También han existido centros de estudios independientes, como el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) y el Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM), pero en la actualidad no es tan fácil saber cuál es la magnitud de sus investigaciones, pues son instituciones que han visto fuertemente reducidos sus recursos.

Es indudable que se han producido importantes estudios en el país, pero dicho conocimiento circula más bien en la esfera restringida de la academia. Además, con una lógica donde las y los sujetos investigadores son distintos y distantes de sus objetos de estudio; donde el destino de sus revelaciones es generalmente los centros de poder, pocas veces la organización social que las requiere. También son importantes las tesis de grado que se han realizado en este ámbito y que hablan tanto de académicas como de estudiantes que sí se interesan por la historia construida por las mujeres, pero lamentablemente son estudios que no se difunden, no se consultan, quedan archivados en las bibliotecas universitarias.

Algunos de los reparos que es posible hacerle a la historia de género o incluso a la historia de las mujeres es que no necesariamente se ha posicionado desde el feminismo, sino que, por lo general, desde la asepsia que la academia exige para que una investigación sea publicable. Hemos estado cuestionando este academicismo que a veces objetiva las cosas de tal manera que parecen neutras, porque sabemos que no existe la neutralidad, ya que esta siempre es masculina.

Sin embargo, la producción de conocimientos hace tiempo salió a la calle. Hay muchas mujeres que han pensado fuera de la academia, algunas son feministas o están en ese camino. Así también están las historias de las organizaciones de mujeres y feministas y las historias de vida; es necesario que se conozcan, se coordinen para construir visiones más amplias, se creen más complicidades entre quienes están en lo mismo. Compartir los saberes provenientes de las experiencias de las mujeres es, quizás, lo más enriquecedor, y estos se encuentran en la casa, en los territorios, en todas partes.

Hay muchas mujeres que pueden escribir, pero hay algunas que requieren que ese conocimiento que están generando fluya, porque sirve para cambiar la sociedad, lo están haciendo con una intención transformadora y, para que esa intención se cumpla, tiene que difundirse, ser conocido. Ya hemos constatado que cuando conocemos de las mujeres, empezamos a ver a las mujeres.



Fotografía: Estefanía Toro Rosales

SEMILLAS Y COSECHAS

Daniela Lillo Muñoz*

A las mujeres nos ha costado vernos en la historia. Los intelectuales que dictan cátedra desde las universidades y los colegios nos pasan por alto o nos encierran en un paréntesis para luego continuar con la verdadera narración, con “La Historia”, la que vale. Pero, por suerte, mujeres obstinadas, inteligentes y apasionadas no faltan. Son esas mujeres las que rompieron estereotipos en el pasado, luchando y organizándose para desarmar desigualdades y tejer comunidades justas. También son mujeres obstinadas, inteligentes y apasionadas las que en el presente han trabajado por salvar la memoria de esas luchas, las sabidurías y creaciones colectivas que marcaron los primeros pasos. Y son, al igual que ellas, mujeres obstinadas, inteligentes y apasionadas las que en el hoy explotan con más gritos, más organizaciones, más consignas para construir nuevas relaciones y formas de convivencia que hagan más dignas y justas nuestras existencias.

A todas estas mujeres apelamos para reconocernos en la historia, para no contemplar solo los vacíos, sino también las cosechas de lo que brotó de aquellas primeras semillas (las que, a su vez, surgieron de otras semillas más ancestrales). Admirar la fertilidad de tanta paciencia y porfía, los frutos de la lucha que pronto darán nuevas y futuras flores, frutos y semillas que esperamos sigan nutriendo este suelo hasta transformarlo en la tierra que queremos.

* Integrante del Grupo Historia. Profesora de Lenguaje y Comunicación. Tesista en Estudios de Género y Cultura. Autora de la tesis de grado *El discurso femenino omitido en los Programas de estudio de Lenguaje y Comunicación de enseñanza media*. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Colaboradora en proyectos de educación y género, y niñez y género:

Las semillas (de otras semillas)

Las semillas del Norte

Podemos contar sobre las semillas nortinas de principios del siglo XX. En el contexto donde las condiciones de vida de los trabajadores y trabajadoras del salitre eran cada vez más precarias y miserables, surge la primera mujer dirigente sindical, Teresa Flores. Ella, junto con su esposo Luis Emilio Recabarren, viaja por las salitreras alentando la organización obrera. De ahí que se crea, en 1912, el Partido Obrero Socialista, con 27 nombres inscritos en calidad de fundadores, entre ellos el de Teresa Flores.

Un año más tarde, Teresa y su esposo invitan a Iquique a Belén de Sárraga, de visita en Chile, semilla anarquista, feminista y anticlerical nacida en España. Esta realiza conversatorios con los y las obreras, y visita las salitreras del Norte. Tanta inspiración y fortaleza estimula Belén que las mujeres crean los Centros Femeninos Anticlericales Belén de Sárraga, los que tenían como objetivo la liberación de las mujeres del “fanatismo religioso” y la “opresión masculina”, además de forjar la conciencia en ellas como sujeto social activa con responsabilidades. El primer centro se fundó en Valparaíso, sin trascender. Pero luego Teresa Flores funda otro centro en Iquique. Este centro toma gran fuerza y se convierte en una organización pionera del feminismo en Chile.

Pero Teresa Flores no era la única mujer indignada por la miseria en la que vivían. La falta de comida, los alimentos contaminados, las formas de trabajo irregulares, entre otras situaciones alentaron a las mujeres a exigir condiciones más dignas de vida. Y las nortinas supieron muy bien cómo hacer presión de forma exitosa: desde el hambre. De ahí que las mujeres realizan en 1918 “la huelga de las cocinas apagadas”, dejando de cocinar a los obreros para exigirles que levantaran una huelga general y que sus requerimientos al fin fuesen escuchados.

La organización de mujeres trabajadoras contra el abuso del capital, iniciada en 1887 en Valparaíso, continúa en el Norte y hacia 1921 se fundan en Iquique la “Federación Unión Obrera Femenina” dependiente de la “Internacional Trabajadores del Mundo”, organización anarco sindicalista, y también el “Consejo Federal Femenino”, organización socialista dependiente de la “Federación de Obreros de Chile”.

Las semillas sufragistas

Paralelas al Norte, en Santiago, por esos años, las mujeres también comienzan a reunirse y ya no solo por motivos relacionados con la Iglesia. Nuevas

semillas capitalinas comienzan a gestionarse. En un comienzo se trató de tertulias sociales de mujeres donde se conversaban temáticas de diverso tipo, como es la organización aristócrata el “Club de Señoras”. Por otra parte, las mujeres reunidas en el “Círculo de Lectura” instalaban también el debate sobre la situación legal y cívica de la mujer. Este grupo estaba presidido por Amanda Labarca, quien con firmeza defendía el derecho de las mujeres a ser más que esposas y madres, a poder desarrollar libremente su intelectualidad y deseos.

Con el tiempo diversas organizaciones de mujeres presentaron proyectos de ley sobre los derechos políticos y civiles de la mujer. Estos proyectos estaban formulados en diversos tonos: moderados, conservadores, radicales. Así, grupos como el Consejo Nacional de Mujeres, el Partido Cívico Femenino, el Partido Demócrata Femenino, la Asociación de Mujeres Universitarias, la Unión Femenina de Chile, la Federación Chilena de Instituciones Femeninas, entre otros, demostraban que la lucha por los derechos civiles ya estaba expandida y abanderada por muchas mujeres.

Pasaron diez años y varias agrupaciones más para que en 1934 las mujeres obtuviesen el voto municipal. Se piensa que esta fue una estrategia por parte de los conservadores para poder levantarse, ya que la cercanía de una gran cantidad de mujeres a la Iglesia las aproximaba a dicho partido. Pero la verdad es que las mujeres no se conformarían con esto y continuaron organizándose cada vez más decididamente para alcanzar los derechos políticos plenos. La organización de mujeres más importante para lograr esto fue el Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres Chilenas (MEMCH). El MEMCH invitaba y reunía a mujeres de distintas clases que deseaban luchar por la liberación social, económica, biológica y jurídica. Su importancia se debe, entre otras cosas, a que fue la primera agrupación femenina política reivindicativa que logró organización, masividad y continuidad en la historia. Más adelante, en 1944, las distintas organizaciones de mujeres se articulan en la Federación Chilena de Instituciones Femeninas (FECHIF), lo que constituyó un paso relevante para la consecución de su objetivo.

En 1949, las mujeres, agrupadas principalmente en el MEMCH, después de muchos años de organización y acción, consiguen sus derechos políticos plenos. Sin embargo, a muchas de sus principales impulsoras se les negó este derecho, a raíz de la Ley de Defensa de la Democracia (la llamada “ley maldita”), que proscribió al Partido Comunista, promulgada por Gabriel González Videla. Una vez logrado el derecho a voto, el movimiento decayó y se desarticuló, iniciándose, como señaló Julieta Kirkwood, un “silencio feminista”.

Las semillas de la resistencia

Durante el oscuro y violento periodo de la dictadura militar fue evidente la unión y organización de mujeres, semillas de resistencia ante la represión, la tortura y la muerte. Desde esta penumbra y bajo estos nuevos límites, nuevas discusiones, conocimientos y luchas comienzan a articularse en sus voces, las que se alzan en medio del autoritarismo.

Las mujeres estuvieron en la lucha por la democracia codo a codo con los hombres mediante una valiente militancia y clandestinaje, es por eso y por su compromiso con el gobierno de la Unidad Popular que no estuvieron libres de la represión y la violación de los derechos humanos, siendo víctimas de desaparición forzada, tortura y, de forma específica, violencia y tortura sexual.

Además, las mujeres se unieron, conformando grupos que se dedicaron con mucha fuerza a la subsistencia colectiva y a la lucha por los derechos humanos. Participaron activamente, por ejemplo, en los comedores infantiles y bolsas de cesantes de las parroquias, entre otras actividades. Pero en lo que más destacó la valentía y unión de las mujeres fue en la asistencia incansable a sus familiares detenidos y la búsqueda interminable de sus familiares desaparecidos. Surgió así la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos que mantiene hasta hoy una lucha infatigable por la verdad y la justicia.

Para unirse y combatir estos tiempos oscuros, en 1983 reaparece el MEMCH, el que con nuevas integrantes logró unir a las organizaciones de mujeres provenientes de partidos políticos surgidas en el contexto de dictadura. La lucha de este nuevo MEMCH (MEMCH 83) apunta a la democracia y los derechos humanos. Más tarde surge también Mujeres por la Vida, importante coordinación de mujeres de diversos sectores, que articuló la acción pública de múltiples organizaciones. El gran poder de coordinación y activismo de estas instancias hizo del movimiento de mujeres una fuerza opositora relevante en el desarrollo de acciones comunes por la restitución de la democracia.

En 1979, con la llegada de mujeres que habían vivido el exilio en países europeos y traían un bagaje feminista, se funda el Círculo de Estudios de la Mujer, el que organizaba debates, talleres, y boletines que buscaban reflexionar en torno a la mujer, el feminismo y los estudios de género que comenzaban a instalarse en aquellos años. En 1983, el Círculo se disuelve y da paso a la Casa de la Mujer La Morada y, más tarde, al Centro de Estudios de la Mujer (CEM). Estos tres escenarios de la misma

agrupación proporcionaron conceptos, ideas, prácticas feministas que hicieron intensos los debates en el movimiento de mujeres, integrado principalmente por mujeres provenientes de partidos políticos, sindicatos, comunidades cristianas, entre otras organizaciones de derechos humanos y subsistencia.

Poco a poco, gracias a las reflexiones, el activismo y la herencia de semillas que las mujeres llevaban dentro, las feministas comenzaron a preguntarse por el autoritarismo. El mismo autoritarismo que vivían en el espacio público muchas ya lo habían vivido dentro de sus casas, con sus parejas: violencia, censura, humillación. Esta reflexión dio pie para que las mujeres siguieran luchando por la democracia, pero por una más amplia, una democracia en el país y en la casa.

Posteriormente, el retorno a la democracia implica para el movimiento de mujeres y feminista intensos y complejos debates. Varias organizaciones se disuelven, otras se transforman y muchas nuevas se crean con distintos objetivos. Lo común es que el feminismo había tocado la conciencia de las mujeres y surgían nuevos desafíos.

Una de las organizaciones, junto con muchas otras organizaciones de mujeres y feministas, que se funda tras el retorno de la democracia, es la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres (antiguamente llamada Red Chilena contra la Violencia Doméstica y Sexual), que se levanta como una organización de mujeres activistas que invitan a las cosechas de norte a sur a dialogar, apoyarse y articularse. Desde el propósito de contribuir a erradicar la violencia hacia las mujeres y las niñas, la Red ha realizado y realiza durante 27 años acciones de todo tipo: denuncias, estudios, intervenciones públicas, talleres y escuelas reflexivas y formativas. Todo esto desde una lógica descentralizadora, coordinando grupos de mujeres de todo el país, y aunando la fuerza y el activismo de miles de mujeres. Su iniciativa más conocida es la campaña “¡Cuidado!, el machismo mata”, cuyos afiches se pueden ver, con sus drásticos tonos negro y amarillo, empapelando muros de todas partes del país o siendo levantados por mujeres –ancianas, adultas, jóvenes y niñas– en alguna manifestación.

Otra organización creada tras el retorno a la democracia es la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), la cual se funda en 1998 y se plantea como horizonte el contribuir a la organización y al desarrollo integral de las mujeres rurales e indígenas, considerando los aspectos laborales, económicos, sociales y culturales. De esta forma, ANAMURI posiciona en la escena política y feminista la organización fuerte

de mujeres unidas por su condición de género, clase y etnia, con acciones que apuntan a un quehacer en relaciones de igualdad y de respeto entre las personas y el medio ambiente.

Las mujeres presentadas anteriormente, con su fuerza y su unión, son a la vez frutos y semillas. Sus brotes son diversos y van cambiando durante el tiempo, pero sus raíces van por debajo nuestro, sostienen el suelo donde otras mujeres y otros feminismos labran hoy labrarán más adelante. Son raíces que nutren la tierra de valor, sabiduría y comunidad. Volver a ellas es necesario para admirar las cosechas del hoy.

Las cosechas del hoy

Las cosechas del hoy son diversas. Se encarnan en agrupaciones, colectivos, movimientos y corporaciones, pero también en murmullos del día a día, conversaciones entre amigas, funas espontáneas ante injusticias: en lo cotidiano. Como decía Julieta Kirkwood, “todo lugar, casa, organización o grupo de mujeres, aunque no se lo haya expresado o manifestado previamente, es en sí, casi objetivamente, un espacio político de las mujeres”⁴². Las cosechas del hoy son frutos de todo tipo: acciones con la característica común de que todas apuntan a la lucha para lograr una realidad más justa y digna para las mujeres.

Los frutos desde y para la educación

Una temática a la que se han dirigido muchas de estas acciones tiene relación con la consigna que se ha integrado cada vez con más fuerza a las exigencias del movimiento estudiantil: “educación gratuita, de calidad... y *no sexista*”.

En el 2011 es electa como presidenta de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) Camila Vallejo e incorpora como temática clave en su mandato –y posteriormente en el Movimiento Estudiantil– la lucha para superar la situación de discriminación de la mujer. Ella señaló en uno de sus discursos: “Como mujer puedo ver y vivenciar en carne propia las actuales formas de opresión de la que somos víctimas en la actual configuración machista de la sociedad [...] estas son las condiciones que desde mi presidencia también buscaré transformar”⁴³.

⁴² Julieta Kirkwood, “Ser política en Chile. Las feministas y los partidos”, Santiago, Flacso, 1986.

⁴³ Discurso de asunción a la Presidencia de la Federación de Estudiantes de Chile, 2011.

Así como Camila Vallejo, diversas mujeres activas en el movimiento comenzaron a cuestionarse el problema de la educación desde una mirada feminista. Es así como, sucesivamente, las presidentas de la FECH Melissa Sepúlveda y Camila Rojas plantearon el sexismo en la educación como uno de los temas a ser abordados por el movimiento estudiantil universitario.

A principios de enero del 2012, el alcalde de Ñuñoa, Pedro Sabat, realizó declaraciones en contra de las alumnas del Internado Nacional Femenino (INF), en las que señaló: “El Internado Nacional Femenino era un puterío. Entraron muchísimos hombres y estuvieron conviviendo ahí durante meses”. Como reacción a estas declaraciones, las alumnas del INF convocaron a una marcha frente a la Municipalidad de Ñuñoa con el objetivo de manifestar su rechazo a las acusaciones realizadas. La denominada “Marcha de las putas” se presenta como una de las primeras acciones feministas de estudiantes secundarias del momento en donde se cuestiona la misoginia y el machismo imperantes en las palabras del alcalde. Esta violencia del alcalde se corresponde también con la violencia estatal especialmente ejercida hacia las mujeres por las Fuerzas Especiales y Carabineros durante las marchas del movimiento estudiantil, violencia particular que las estudiantes secundarias comenzaron a distinguir a partir del 2012, con Eloísa González en la vocería de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES), y con ello, poco a poco, a denunciar.

En el 2013 también una clara acción y organización de mujeres fue el comienzo de la conformación de secretarías de género, sexualidad y diversidad en los colegios, liceos y universidades. Las secretarías de género en la actualidad son muchas y su objetivo más general es reflexionar y discutir respecto de la educación sexista, las prácticas machistas, homofóbicas, lesbofóbicas y transfóbicas y promover los derechos sexuales y reproductivos como el conocimiento para el placer, la anticoncepción y el aborto, lo que se concretiza principalmente por medio de la organización de jornadas de información y talleres.

Estas acciones fueron afirmando y concientizando respecto de la nueva consigna que se sumó a las exigencias educativas. El 2014 se realiza el Primer Congreso Nacional por una Educación No sexista, organizado por diversas Secretarías de Género y Sexualidades, principalmente de universidades, donde una de las principales conclusiones a las que se llegó fue que el proyecto educativo debe, además de ser anticapitalista, tener un carácter antipatriarcal y anticolonial.

Este proceso paulatino ha tenido como consecuencia que las estudiantes comiencen a cuestionar rituales y dinámicas violentos que se encontraban normalizados en la cotidianidad, ya no solo desde la escuela como institución ni en los profesores: las estudiantes también comienzan a generar una crítica hacia sus pares, tanto a nivel de colegios como a organismos de representación estudiantil, revelando que, si bien la conciencia en cuanto a violencia de género se ha hecho un lugar en el movimiento, todavía falta un proceso más profundo de reflexión y desnaturalización.

Un ejemplo de esto se presenta el 2015 en las reacciones que tuvieron las alumnas del Liceo 1 Javiera Carrera respecto de insultos misóginos que recibieron de sus propios compañeros secundarios de colegios de hombres, como es el Internado Nacional Barros Arana (INBA), donde los estudiantes pasaron por fuera del establecimiento gritando: “¡Que se asomen las maracas!”; también los alumnos del Liceo Manuel Barros Borgoño les han dirigido gritos como: “¿Quién nos lleva el desayuno? ¡Las pelás del uno! ¿Quién nos corre la paja? ¡Las pelás del taja!”, aludiendo a las estudiantes del Liceo Tajamar. Frente a esta situación, las alumnas del Liceo 1 realizaron un comunicado a través de redes sociales repudiando estas actitudes violentas y machistas, y señalando que “esta mirada hacia el género femenino debe cambiar” y llamando a que “seamos consecuentes, el cambio que tanto anhelamos también depende de nosotres tanto fuera como dentro del aula”.

A pesar de este llamado a la reflexión generado por las alumnas, el 2016 algunos alumnos de INBA nuevamente en su tradicional “marcha inbana” vociferaron “¡Que se asomen las maracas!” cuando pasaban frente el Liceo 1. Como reacción a esto, las javierinas realizaron una marcha hacia el internado con una pancarta que declaraba “Piden igualdad y calidad pero al momento de marchar gritan sin pensar”. Publicaron, además, un comunicado que señalaba: “Las estudiantes nos cansamos de la violencia de los liceos de hombres hacia los de mujeres, de hecho nos cansamos de la diferencia e indiferencia (...). Si los compañeros del INBA o de cualquier otro liceo no nos respetan ni por ser compañeras de lucha en un movimiento estudiantil, nos tienen que respetar porque nos cansamos de la agresión hacia las mujeres” (Cogesex L1, 2016).

Así como las estudiantes desde sus espacios avanzan en esta lucha por una educación no sexista, profesoras también se unen a este llamado a cuestionar y transformar las prácticas pedagógicas que reproducen esta violencia. De este modo, en sus espacios laborales, diversas docentes comienzan, desde el instinto, la experiencia y la autoformación, a implementar prácticas en el aula para una educación no sexista. Entre los ejemplos de esto se encuentra

la iniciativa en cuatro jardines infantiles de Temuco, donde un conjunto de educadoras se propusieron generar estrategias de educación no sexista en el nivel preescolar desde los juegos y juguetes, el lenguaje utilizado en el aula y el rol de las educadoras. Del mismo modo, en un colegio ubicado en el Cajón del Maipo el alumnado propuso como tema para el acto de fin de año “el patriarcado”, por lo que los y las profesoras orientaron sus diversas áreas y niveles hacia la reflexión en torno a esta temática y su proyección en un producto artístico. Estos dos son solo algunos de los muchos ejemplos que dan cuenta de las acciones transformadoras de parte del profesorado para una educación no sexista.

Pero esta lucha por una educación no sexista no solo se queda en las prácticas docentes y de organizaciones, también comienza a verse reflejada en el trabajo académico y de investigación. Estudiantes de pedagogía comienzan a cuestionar sus propias disciplinas desde una perspectiva feminista, enfocando sus estudios de tesis en temáticas de educación no sexista, analizando las políticas públicas y los contenidos curriculares, revelando la ausencia de referentes mujeres en los campos de estudio de literatura e historia, así como la falta de una educación sexual que abarque temáticas contingentes y transformadoras de género. A estas investigaciones se suma la realizada por la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, la que profundiza en el sexismo en los textos escolares. La Red también compiló en un libro los diversos estudios e iniciativas en torno a la educación no sexista,⁴⁴ y organizó seminarios y conversatorios respecto del tema, ampliando, así, los espacios de discusión.

El cuestionamiento a su propia disciplina no se limitó solo a las estudiantes de pedagogía. Desde diversas áreas las universitarias comienzan a crear círculos de apoyo, de crítica y de apertura de la disciplina a las mujeres, sobre todo en carreras tradicionalmente de hombres. Ejemplo de esto es la iniciativa de las estudiantes de Ingeniería de la Universidad de Chile de publicar una revista de mujeres para la facultad de nombre *Choras*, a partir de la necesidad de crear “una identidad para las mujeres que nos desenvolvemos en el mundo de la ingeniería y las ciencias, y particularmente en Beauchef [la Facultad]”. Además, este año las estudiantes de la misma facultad han convocado a diversas concentraciones y asambleas para reflexionar en torno a los problemas que tienen como mujeres en su desenvolvimiento en la carrera y en la Facultad. Otra iniciativa en esta misma área es la llevada a cabo por las ingenieras en mina de la Universidad de Santiago de

⁴⁴ Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres. (2016). *Educación no sexista. Hacia una real transformación*. Santiago, Chile: Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres.

Chile (USACH), quienes organizaron el “Encuentro universitario de mujeres en minería”, con el objetivo de “dar una mirada mucho más transversal del desempeño que pueden tener las mujeres en minería, promoviendo el liderazgo y la participación de mujeres en espacios clave de toma de decisión, incentivando la unidad y el *networking*”.

Los frutos ácidos contra el acoso

Otras de las acciones feministas que podemos ver levantarse con fuerza en los últimos años son las diversas formas de manifestación y organización en rechazo al acoso callejero. Desde hace ya varios años cada vez somos más las mujeres y niñas que nos hemos vuelto conscientes de su violencia y nos hemos rebelado contra su normalización: el silbido, la opinión gratuita de un extraño sobre tu cuerpo o vestuario, los toqueteos y las perversiones ocurridas en el espacio público ya no dan lo mismo para todas, ya no es solo una anécdota de mal gusto o un halago, es violencia y las mujeres nos levantamos contra ello. ¿Cómo? Primero contándolo: a las amigas, a la familia, en las redes sociales y en este contar nos damos cuenta de que no estamos solas, que a la mujer de al lado también le ha pasado, que pasa seguido, que nos da asco, que nos asusta, que no debería pasar. También nos damos cuenta de que el acoso nos priva del espacio público, lo vuelve peligroso y lejano, nos hace creer que es más seguro estar encerradas, que es nuestra culpa lo que nos pasa, por querer movernos por las calles que también son nuestras.

Pero en el contarlo a otras encontramos complicidad y en esa complicidad surge también la organización. Aquella que se ha dedicado de manera específica a este tema es el Observatorio contra el Acoso Callejero (OCAC Chile), fundado el 2013 en Santiago y que, en palabras de la organización, “nace justamente por esta demanda ciudadana, para que el espacio público sea un lugar seguro, sin agresiones ni agresores sexuales”. El OCAC tiene por horizonte visibilizar el acoso sexual callejero como una forma de violencia de género y promover cambios culturales y políticos dirigidos a la eliminación de estas prácticas. Destaca entre sus iniciativas el proyecto de ley que sanciona el acoso callejero.

Lamentablemente, el acoso callejero no es la única forma de acoso sexual que sufren las mujeres y las niñas. Estos últimos años, estudiantes secundarias y universitarias han denunciado con valentía experiencias de acoso sexual por parte de sus profesores y compañeros. En el ámbito universitario, profesores de diversas instituciones –públicas y privadas– como la Universidad de Chile, de Santiago, de Talca, Adolfo Ibáñez, de

Concepción y Diego Portales, entre otras, han sido objeto de denuncias por acoso hacia estudiantes, quedando en evidencia que se trata de un problema transversal en la educación superior. Sin embargo, también se han revelado casos donde son los propios compañeros los agresores, acosando por medio de la difusión de imágenes íntimas por redes sociales o el aprovechamiento en espacios de recreación y fiestas universitarias. En el ámbito escolar también han ocurrido situaciones de acoso sexual a mujeres, gays y lesbianas, como fueron las denunciadas por las alumnas del Liceo 7 de Santiago o los testimonios compartidos a partir del relato de una exalumna del Liceo Isaac Newton de San Bernardo.

Todas estas experiencias, que sin duda no son nuevas ni escasas, han salido a la luz poco a poco y se han enfrentado muchas veces a la incredulidad y aminoración de las autoridades que debían tomar cartas en el asunto. Pero también han encontrado compañerismo y suscitado acciones feministas desde diversos lugares que se han hecho presentes para apoyar, defender y presionar por la debida justicia ante las agresiones. La acción primera y fundamental es creer: creerle a las mujeres y sus relatos, creer sin excusas ni prejuicios, escuchar, apoyar y actuar desde la sororidad. Desde esa primera acción se pueden concretar otras, como son las secretarías de género y sexualidades de universidades y colegios, las que se han posicionado como entidades para activar las denuncias; también el apoyo concreto de las federaciones estudiantiles mediante comunicados, paros y movilizaciones ha sido fundamental para que estos testimonios no quedaran nuevamente como anécdotas archivadas en las oficinas.

Lo anterior ha tenido como resultado la creación de protocolos en caso de acoso sexual, antes inexistentes, en universidades y colegios, los que tienen por objetivo sistematizar las denuncias realizadas por estudiantes para que estas sean sometidas a un proceso interno de investigación y sanciones si corresponde. Las universidades que han implementado esto son la de Chile, Católica, de Santiago y Austral, mientras que desde algunas municipalidades, como Ñuñoa y Santiago, se han comenzado a elaborar los manuales y protocolos pertinentes.

Los frutos eternos contra la violencia

Un problema que trasciende los años y generaciones, y que genera acciones feministas en el ayer y hoy, es el de las agresiones contra las mujeres y niñas. Si bien en los últimos años se ha desarrollado más conciencia sobre la violencia simbólica que nos afecta –como sucede con la educación sexista–, la verdad es que la violencia directa y física (y su ausencia de sanción y justicia) sigue reproduciéndose hoy.

Durante los últimos años, las acciones frente a estas agresiones han tomado diversas formas, una de ellas tiene relación con las redes sociales, las que han sido utilizadas como espacios de denuncia y funa (manifestación de repudio público contra una persona o grupo que cometió una mala acción), sirviendo como medio de difusión y presión. Durante el 2017 se dio el caso de Valentina Henríquez, quien dio su testimonio mediante Facebook respecto de la violencia que había sufrido por parte de su pareja Camilo Castaldi (cantante de la banda nacional *Los Tetos*). Las reacciones de apoyo de las usuarias tuvieron tal magnitud, que incluso la misma banda se retractó de su primer comunicado de prensa debido a las críticas que recibió por no dar apoyo ni credibilidad al relato difundido por Valentina.

Otro caso de funa fue la que se realizó contra el político demócratacristiano Ricardo Rincón, procesado por violencia intrafamiliar, en la región de O'Higgins. Diversas agrupaciones de mujeres y la Red Chilena coordinaron distintas manifestaciones y denuncias vía redes sociales donde el mensaje fue claro: ¡Agresores de mujeres: fuera de cargos públicos! Fue gracias a esta fuerte presión social organizada de mujeres y a las mujeres de su propio partido que Rincón fue bajado de su repostulación a diputado. Similar fue lo que le sucedió el año 2016 a Matías Huerta, el excandidato a concejal UDI, de quien se publicó un audio en el momento en que agredía brutalmente a su pareja.

Por otra parte, las acciones de funa contra la violencia y las injusticias también continúan realizándose de forma presencial. Un caso reciente fue la indignación general que provocó en las mujeres el fallo de la Corte Suprema que desestimó el femicidio frustrado y accedió a bajar la condena de Mauricio Ortega, pareja de Nabila Rifo, a quien arrancó los ojos y golpeó hasta casi matarla. Frente a esta determinación judicial, mujeres y agrupaciones se reunieron fuera del Palacio de Tribunales y se manifestaron en contra de la violencia machista e institucional. También se organizaron marchas en diversas ciudades del país. Esta violencia institucional también ha quedado de manifiesto en el caso de Nicole Saavedra, joven asesinada por ser lesbiana. Tras un año de ocurrido el crimen este continúa sin imputados. Frente a este caso también las mujeres se han organizado para exigir justicia.

Los crueles y, lamentablemente, numerosos casos de violencia que se cometen en el día a día, como son los de Nabila Rifo y Nicole Saavedra, no provocaron solo acciones en contra de aquellos que legitiman la violencia, sino que también causaron innumerables muestras de apoyo de parte de las mujeres: "Si agreden a una, respondemos todas" es la consigna que envuelve

el sentir que impera frente a estas situaciones de violencia, porque podría haber sido cualquier mujer, porque ninguna lo merecía. De este modo, las mujeres realizan llamados a concentraciones en diversos puntos del país y a causa de diversos episodios de violencia para hacer hincapié en que ninguna está sola y que la sororidad es la mejor arma contra la violencia.

Por otra parte, el 2016, un grito latinoamericano en contra de los innumerables y atroces femicidios que año a año se suman angustiosamente se hizo oír: “Ni una menos”. Este grito expresaba el sentir de miles de mujeres y niñas tras conocerse la noticia de lo ocurrido en Argentina a Lucía Pérez, niña de 16 años asesinada después de ser drogada y violada; así como también la noticia del asesinato de Florencia Aguirre, en Chile, a manos de su padrastro, quien la asfixió y luego quemó mientras estaba inconsciente. Estos y los innumerables casos de violencia dieron lugar a marchas masivas en todo el continente. La marcha en Chile tuvo una convocatoria de más de 50 mil asistentes solo en Santiago y le dio fuerza a la Coordinadora NiUnaMenos, agrupación de feministas organizadas por los derechos de las mujeres en todo el territorio, surgida el 2015.

Los frutos resilientes para decidir sobre nuestros cuerpos

El aborto ha sido también una temática continua en la lucha de las mujeres por la libertad de decidir sobre su cuerpo. En 1931, durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo se legalizó el aborto terapéutico, pero en 1989, al finalizar la dictadura militar, este se penalizó en todas las circunstancias. La ley que despenaliza el aborto en tres causales recién fue promulgada en 2016.

Desde el retorno a la democracia, algunos partidos de la Concertación presentaron diversos proyectos de ley que tenían por objetivo recuperar la legalidad del aborto terapéutico, los que fueron saboteados por la oposición en reiteradas ocasiones. Pero las mujeres no estaban dispuestas a esperar que una sala con parlamentarios mayoritariamente hombres decidiera sobre sus cuerpos, es por eso que, frente a aquella violencia institucional, reaccionaron con organización y sororidad, gestándose diversas agrupaciones que acompañan y asesoran a mujeres que quieren abortar.

Una de estas organizaciones es la Línea Aborto Libre, surgida el 2012, iniciativa de lesbianas y feministas “que sostiene diferentes herramientas para la entrega de información segura respecto del aborto con medicamentos hasta las 12 semanas de gestación y para la defensa de las mujeres en

el caso de verse enfrentadas a situaciones de violencia cultural, médica y/o policial”. Estas herramientas son puestas a disposición de quienes las requieran mediante atención telefónica, distribución del primer manual de aborto con medicamentos editado en Chile, realización de talleres de capacitación sobre salud sexual y aborto seguro, y la coordinación con otras organizaciones sociales y feministas. Del mismo modo actúa la agrupación “Con las amigas y en la casa”, una red feminista de mujeres acompañando a mujeres en situación de aborto en Chile y que también realiza talleres sobre método de aborto con pastillas. En esta misma línea se ha realizado la campaña “Miso pa’todas, Infinitas causales”, que surge en Valparaíso impulsada por diversas colectivas feministas.

Paralelo a esto, otras organizaciones de mujeres han orientado sus acciones a exigir a los y las políticas la legalización del aborto en un mínimo de tres causales: inviabilidad del feto, peligro de vida de la mujer embarazada y violación. Una de esas acciones ha sido el asesoramiento en el proyecto de ley de aborto impulsado por Michelle Bachelet y la campaña que lo respalda, trabajo realizado por la Corporación Miles, organización surgida el 2010 que tiene por objetivo generar conocimientos, políticas públicas y cambios legislativos para promover los derechos sexuales y reproductivos en el país.

Por otro lado, la exigencia y manifestación de las mujeres y niñas sobre la necesidad de una ley de aborto que las libere de la maternidad obligatoria también se expresa en las calles, donde colectivos, agrupaciones, organizaciones, familias y amigas se concentran en diversos puntos de ciudades de todo Chile para caminar juntas exigiendo su derecho a decidir. Si bien esta consigna está presente en todas las marchas feministas, hace cinco años que cada 25 de julio se convoca a la marcha “Por aborto libre, seguro y gratuito”, donde las mujeres decimos con claridad que todas las causales son legítimas cuando hablamos de soberanía sobre nuestro cuerpo y nuestra vida.

Los frutos desde la información y la contrainformación

Los medios periodísticos y de publicidad son espacios que han sido utilizados en reiteradas ocasiones para acusar, burlar u objetivizar a las mujeres. Es por eso que este espacio se ha convertido en una trinchera en la que se realizan acciones, por una lado, para levantar medios feministas que den impulso a nuevas comunicaciones y, por otro, contra los discursos de odio hacia las mujeres que abundan en los programas, diarios y comerciales.

La publicidad sexista, una constante desde el imperio de una sociedad consumista y capitalista, presenta a la mujer como un objeto o accesorio. Mujeres para vender cerveza, mujeres estereotipadas como amas de casa, niñas hipersexualizadas para vender ropa, entre otros, son los contenidos de los mensajes que la publicidad, en afiches, en comerciales o en *spots* radiales, envía a todo el país. En diversas ocasiones las mujeres se han manifestado en contra de estos mensajes y han realizado funas a través de las redes sociales, repudiando los mecanismos de publicidad violentos. Podemos citar tres casos a modo de ejemplo: el mensaje publicitario de la marca *Clorox*, donde se señala “Utensilios y limpiadores Clorox, la pareja ideal de la mujer de hoy”; la marca de condones *LifeStyle* que presenta en su página de Facebook a una profesora enojada porque le faltaba “pico”; y la campaña publicitaria de las galletas *Tritón* en el tren metropolitano, que incentiva la toma de fotografías sin consentimiento a piernas de mujeres. En estos tres casos, el nivel de molestia expresado por las mujeres y la presión realizada en diversos medios provocó que las marcas bajaran dichas publicidades y emitieran un comunicado público, en el que ofrecían disculpas por “tan inocente acto”. Si bien estas disculpas son cuestionables, lo destacable es la intolerancia positiva y activa con la que las mujeres estamos respondiendo a este tipo de violencias, que muchas veces pasan inadvertidas.

La violencia contra las mujeres en los medios también se da a través de planteamientos editoriales y dirección de programas. El diario *La Cuarta* en reiteradas ocasiones ha hecho alusión a intentos de femicidios frustrados de forma burlesca y superficial, presentando hechos de brutal violencia como si fueran una broma. La reacción y presión de las mujeres ante estos irrespetuosos titulares ha instado a tomar con seriedad estos hechos, nombrándolos por lo que son: “hechos violentos contra las mujeres”, lo que ha generado reacciones sociales frente a ellos, como las declaraciones del Colegio de Periodistas denunciando la falta de ética del diario “popular”. Por otra parte, este año, 2017, Canal 13 reveló en el matinal *Bienvenidos* la declaración del ginecólogo Francisco Redondo en el juicio por el ataque que sufrió Nabila Rifo, exponiendo la intimidad de Nabila sin su consentimiento, además de exponerla a ella al juicio condenatorio de los panelistas del programa. Frente a esto, la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres llamó a denunciar al matinal ante el Consejo Nacional de Televisión por vulnerar la intimidad de Nabila. Las denuncias llegaron a tal número que el CNTV les aplicó una multa histórica de 500 UTM, cifra que equivale a \$ 23.370.000. Además, el canal expulsó al director del programa. Si bien estas penalizaciones están lejos de indemnizar el daño provocado, vale destacar que su aplicación sancionadora es la consecuencia

de la coordinación de mujeres a nivel nacional que ya están conscientes de la vulneración de derechos que realizan los medios y frente a ello no callan: actúan.

Así como las mujeres nos hemos vuelto cada vez más ágiles para reaccionar y contrariar estos contenidos mediáticos, también hemos levantado cada vez más espacios para generar nuestra propia información. Espacios como radios, plataformas *online* y afiches, entre otros, han sido algunas de las formas en las que se han materializado las acciones de las mujeres para crear nuevas redes de comunicación y contenido. Plataformas *online* como *Es mi fiesta* y *Archivo amoroso* se han dedicado a coordinar y publicar relatos, reflexiones e ideas de mujeres respecto de sus intereses, sus problemáticas y experiencias, abriendo un espacio de conexión con las mujeres lectoras, así como también legitimando el conocimiento y la creación de las mujeres como algo válido. Del mismo modo, programas radiales como *Famosa Feminista Local*, *Desgenerando* o el reciente de la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, *Mujeres en sintonía*, permiten que las temáticas que afectan y competen especialmente a las mujeres puedan ser analizadas y comunicadas con profundidad y discusión, con una reflexión crítica, invitando al diálogo y a la puesta en escena de asuntos muchas veces considerados secundarios.

Por último, el espacio feminista de difusión también adopta nuevas formas, pero en los mismos espacios de antes: la calle. Ejemplo de esto es la Brigada de Propaganda Feminista, colectivo de arte callejero que se dedica a plasmar en el espacio público, por medio de arte gráfico en afiches, consignas y discursos acerca de mujeres libres, rebeldes, amigas, unidas y luchadoras.

La mirada a la cosecha

A las mujeres nos ha costado vernos en la historia, hemos quedado fuera de tantos papeles impresos en que la narran. Pero hemos dejado huella en otras partes: surcos en la tierra escondiendo largas raíces trezándose en el subsuelo nos recuerdan que siempre existimos, siempre actuamos, siempre hubo mujeres dispuestas a luchar por ellas y por las siguientes. Ellas venían de otros semilleros más antiguos y ahora nos brindan lo recogido, avanzado y aprendido en esos años para nuevas germinaciones: las del hoy.

Mirar la cosecha sirve para dar cuenta del camino recorrido, para reconocer que –a pesar de las diversas sequías y obstáculos– el sol, la memoria, el trabajo y el agua rinden sus frutos: frutos para una educación no sexista, frutos para espacios sin acoso, frutos para relaciones sin violencia hacia

las mujeres, frutos para comunicar y librar a los medios de los estereotipos femeninos. Frutos para liberarnos.

Mirar la cosecha nos invita a ver que, si bien aún queda camino y campos que cultivar, la tierra sigue germinando, sigue dando frutos y conectando a aquellas mujeres obstinadas, inteligentes y apasionadas con las mujeres de ahora, trascendiendo y uniéndonos mediante las luchas, en esta tierra llena de abono y porfía. Cuando miramos la cosecha del hoy, miramos también todas las anteriores a las que le debemos los frutos: miramos nuestra historia, una historia de las mujeres.



Fotografía: Archivo Feminista

HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES EN CHILE DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

María Stella Toro Céspedes*

¿Historia de las mujeres, historia de género, historia feminista?

Al hacer un breve rastreo acerca del uso de estas categorizaciones, se podría decir que la historia de las mujeres tiene un tiempo de producción más largo que reconoce entre sus primeros antecedentes la realización de algunos cursos e investigaciones en universidades estadounidenses y europeas. Michelle Perrot cuenta en su libro *Mi historia de las mujeres* que entre fines de los años 60 y principios de los años 70, impulsada por el mayo francés y por la notoriedad que alcanzaba el Movimiento de Liberación de las Mujeres, junto con otras dos académicas hicieron en 1973 un curso que se llamaba “¿Las mujeres tienen historia?”, dando los primeros pasos en una búsqueda que estaba cargada de incertidumbres y timidez,⁴⁵ pero que concitó gran atención, mostrando(les) que había un interés común, sobre todo con estudiantes mujeres, de abordar estas temáticas.

* Integrante del Grupo Historia. Licenciada en Historia y Magister en estudios Latinoamericanos. Investigadora y académica a honorarios en distintas universidades. Autora de *Debates feministas latinoamericanos (2009)*. Santiago, Chile: Libros La Calabaza del Diablo, y *La mujer en la sociedad colonial. Guerra, patrimonio, familia, identidad (1540-1800)* (2010). Santiago, Chile: Gobierno de Chile, SRNAM.

45 Perrot, Michelle. (2008). *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

En relación con la posterior utilización de la categoría de género en los estudios históricos y las ciencias sociales en general, se produce a partir de la extrapolación de una categoría que había sido usada con anterioridad por otras disciplinas como la psicología en los años 50 y mucho antes por la antropología, donde alcanzó un importante desarrollo a partir de los estudios etnográficos de Margaret Mead. La aparición en los años 80 del ensayo ya clásico de Joan Scott “El género: una categoría útil para el análisis histórico”⁴⁶ permitió que el género fuera validado en ámbitos académicos, pero uno de los problemas que tuvo esa validación fue que perdió su potencialidad política. En dicho artículo, la misma Scott señala al respecto:

La historia feminista se convierte así, no en el recuento de las grandes obras llevadas a cabo por las mujeres sino en la exposición de las tan a menudo silenciadas y ocultadas operaciones del género, que son, sin embargo, fuerzas con una presencia y una capacidad de definición en la organización de la mayoría de las sociedades. La historia de las mujeres debe enfrentarse críticamente a la política de las historias existentes, y así empieza inevitablemente la reescritura de la historia. (p.47)

Desde estas latitudes, también se ha pensado y problematizado la historia de las mujeres y la historia de género. Alejandra Brito⁴⁷ habla de una historia de las mujeres con perspectiva de género, intentando, a nuestro juicio, superar las miradas dicotómicas entre ambas corrientes a partir de la generación de un diálogo que permita potenciar ambas perspectivas. Otro aspecto al que se refiere la autora es a los discursos que apuntan a la falta de fuentes para el estudio de la historia de las mujeres.

Sin embargo, la historiografía sobre las mujeres ha mostrado que con buenas interrogantes se puede saber mucho de las mujeres, utilizando archivos autobiográficos, oficiales (como municipios, intendencias, judiciales, notariales, etc.), los testimonios sobre épocas recientes a través de la historia oral, las fotografías, la literatura, etc. (p.46).

Parte importante de la historia que se ha escrito hasta ahora sobre las mujeres y sobre las trayectorias feministas se relaciona con la visibilización de las distintas formas de participación política que han desarrollado, remitiéndose de manera central a las luchas que han dado algunas, ya sea a modo individual o colectivo, por el acceso a la educación y por la inclusión en el sistema político. En general se ha tendido a mostrar lo que

46 Scott, Joan. (2008). “El género una categoría útil para el análisis histórico”. En Joan Scott, *Género e historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

47 Brito, Alejandra. (2014). *Autonomía y subordinación. Mujeres en Concepción, 1840 – 1920*. Santiago, Chile: Ediciones LOM.

las mujeres han hecho desde perspectivas que se acercan más bien a lo que se ha denominado historia contributiva, es decir, una historia que se aboca de manera central a mostrar la presencia de mujeres en distintos espacios.

Es una historiografía que ha tendido en muchos casos a ser una descripción, más que una historia que apunte a los cambios y continuidades en los sentidos y representaciones que se han producido a partir de estos actores, las tensiones que ha habido en su interior y las diferencias entre las propias mujeres, quedando la percepción de que sabemos más sobre lo que algunas mujeres hicieron que por qué lo hicieron, cómo pensaron, qué trayectorias siguieron, qué contradicciones tuvieron.

Un recorrido historiográfico

La falta todavía importante de publicaciones con la historia de las mujeres en Chile ha implicado la permanencia de vacíos considerables en relación con algunos períodos, como es el caso de las décadas que van entre 1950 y 1970 y la producción de ciertos conocimientos fragmentados como queda expresado en el hecho de que algunas de las publicaciones más relevantes sean volúmenes de compilación de artículos,⁴⁸ además de otros más generales que apuntan a develar ciertas trayectorias históricas⁴⁹ o de investigaciones sobre temáticas específicas⁵⁰ que han significado importantes aportes, pero que se mantienen en deuda con la posibilidad de ver estos procesos como un conjunto y de hacer el esfuerzo de conjugarlos con análisis históricos más globales, apareciendo los actores de las mujeres separados del resto de la historia. Esta situación también se ha visto favorecida por la homologación que se ha tendido a hacer entre género y mujeres, poniendo menos atención al análisis de las estructuras simbólicas y materiales que sostienen las relaciones de género y de cómo esta forma de jerarquización se interconecta con la clase, la raza, la etnia, la orientación sexual, el nivel educacional y la edad, entre otros factores.

Uno de los hechos que ha permitido la producción historiográfica acerca de las luchas por la obtención de los derechos políticos plenos ha sido la revisión y análisis de fuentes escritas primarias, pues parte importante de las agrupaciones de mujeres que surgieron durante la primera mitad del

48 Entre los más recientes se pueden mencionar: Montecino, Sonia (2008). *Mujeres chilenas: Fragmentos de una historia*. Santiago: Catalonia/UNESCO-CIEG; y Stuvén, Ana María y Joaquín Femandois (2010; 2013). *Historia de las mujeres en Chile, Tomos 1 y 2*. Santiago, Chile: Aguilar Chilena de Ediciones S. A.

49 Un libro de estas características es el publicado en 2012 por María Angélica Illanes, *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente* (Santiago, Chile: LOM Ediciones).

50 Entre las publicaciones recientes más relevantes se encuentra la de Alejandra Castillo, *El desorden de la democracia. Partidos políticos de mujeres en Chile* (Santiago, Chile: Palinodia, 2014).

siglo XX contaron con publicaciones propias (diarios, boletines y revistas). Algunas historiadoras han rastreado estos procesos a partir del estudio de la prensa, resultando relevante los estudios de Carola Agliati y Claudia Montero y el texto referido a las mujeres en la prensa anarquista de Adriana Palomera y Alejandra Pinto.⁵¹ Claudia Montero establece la existencia de una prensa de mujeres en el país entre 1900 y 1950 que sirvió como soporte de los discursos desplegados por las mujeres y como base para la elaboración de una identidad común en tanto colectivo social. Según Montero este tipo de prensa se puede caracterizar como:

(...) producciones editoriales realizadas por mujeres y para mujeres. En ese sentido, un rasgo general es que se originan como un proyecto social y/o cultural paralelo a la industria editorial, aunque pueden recoger estrategias comunicativas de la prensa comercial como el aviso, o, en el caso de revistas, reproducir el formato del magazine.⁵²

Por otro lado, las investigaciones específicas en torno a la situación y formas de aparición de las mujeres en el espacio público y en la política se produjeron más bien a partir de los años ochenta, encontrándonos con pocos esfuerzos de este tipo antes, razón por la que destaca el estudio de Felicitas Klimpel publicado en 1962, *La mujer chilena: (el aporte femenino al progreso de Chile): 1910-1960*, en el cual hace un extenso recorrido por las diversas actividades en que se fueron insertando las mujeres a lo largo del siglo, centrándose en materia de participación política en la experiencia del Partido Femenino Chileno (PFCH), del que fue parte de su primera directiva en 1946. Acerca de las mujeres y la política la opinión de la autora es bastante cercana al común de los discursos encontrados entre los años treinta y cuarenta:

(...) ¿cuál puede ser el interés de la mujer al actuar en política? Uno solo se perfila con toda claridad. Su preocupación por los problemas de la familia. Naturalmente que ello involucra muchos aspectos: una mejor educación, leyes apropiadas, instituciones o establecimientos de bien público, una eficiente economía que haga menos gravoso el presupuesto familiar. Pero ¿hace falta resolver estos problemas desde un ángulo ideológico determinado? ¿No es suficiente el sentido común para apreciarlos y comprenderlos? (p. 125-6)⁵³

51 Palomera, Adriana y Alejandra Pinto. (2006). *Mujeres y prensa anarquista en Chile, 1897-1933*. Santiago, Chile: Ediciones Espíritu Libertario.

52 Montero, Claudia. "Cincuenta años de prensa de mujeres en Chile, 1900-1950". En Ana María Stiven y Joaquín Fernandois, *Historia de las mujeres...* T. 2, p. 322.

53 Klimpel, Felicitas. (1962). *La mujer chilena (el aporte femenino al progreso de Chile): 1910-1960*. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello.

A fines de los años sesenta, Armand y Michele Mattelart publicaron el estudio *La mujer chilena en una nueva sociedad* y en su capítulo IV, llamado “Integración social de la mujer”, se refieren a la noción de compromiso político que tienen las mujeres que encuestaron y las percepciones en torno a la participación en organizaciones sociales y políticas, donde parecía todavía primar la idea de que la política “no es para la mujer”.⁵⁴

Diez años después, en 1978, durante la dictadura militar, se efectuó una de las primeras publicaciones específicas respecto de la participación de las mujeres en la historia de Chile, la que estuvo encabezada por la historiadora Lucía Santa Cruz, *Tres ensayos sobre la mujer chilena*,⁵⁵ cuyo último capítulo escrito por Isabel Zegers y Valeria Maino se refiere a la historia de las mujeres durante el siglo XX, contando con un subcapítulo relativo a la participación política y la acción social, en el que relevan la moderación del movimiento sufragista en el país a diferencia de las inglesas y de las estadounidenses, hecho que vinculan con la “idiosincrasia nacional” y con la formación temprana de sectores medios con ideas progresistas (p.226).

También, a fines de los años setenta (1979) apareció el texto ya clásico de Elsa M. Chaney, *Supermadre. La mujer dentro de la política en América Latina*, el que se concentra en las formas de entender y de participar en política que desarrollaron las mujeres en Chile y Perú entre los años 60 y 70. Esta publicación ha instaurado las bases para el análisis de las formas de participación política de las mujeres en la región, pues estableció de manera clara y con base empírica las vinculaciones entre las construcciones en torno a los roles tradicionales de género y las limitaciones para la participación política de las mujeres en las décadas posteriores a la obtención del voto. Sobre este punto, Chaney plantea que “cuando las mujeres entran al gobierno, ellas y los hombres casi invariablemente parecen considerar su intervención como una extensión de su papel familiar a la esfera de los asuntos públicos” (p.38).⁵⁶

Entre fines de los años setenta y la década de los ochenta parte importante de la producción intelectual sobre la situación y las trayectorias históricas de las mujeres en Chile se realizó fuera de los espacios académicos, destacándose las publicaciones que se hicieron desde organismos internacionales, ONG y centros de estudios independientes, como el texto *Chile: Mujer y sociedad*,

54 Mattelart, Armand y Michele Mattelart (1968). *La mujer chilena en una nueva sociedad. Un estudio exploratorio acerca de la situación e imagen de la mujer en Chile*. Santiago: Editorial del Pacífico.

55 Santa Cruz, Lucía y otras. (1978). *Tres ensayos sobre la mujer chilena. Siglos XVIII- XIX – XX*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

56 Chaney, Elsa M. (1992). *Supermadre. La mujer dentro de la política en América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura económica.

editado por UNICEF en 1978⁵⁷ y las publicaciones de Julieta Kirkwood realizadas principalmente por FLACSO, quien fue fundamental en el rescate de la historia del movimiento sufragista y en el análisis de estas experiencias a la luz de la situación de represión política que se vivía en el país en los años ochenta y de la reconfiguración del movimiento feminista en la misma época. En 1986 (un año después de la muerte de Kirkwood), FLACSO publicó por primera vez, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*.⁵⁸ Ese mismo año apareció el texto de María Angélica Meza, *La otra mitad de Chile*,⁵⁹ donde aparece un texto de Julieta Kirkwood y entrevistas a María de la Cruz (primera mujer senadora) y a Elena Caffarena y Olga Poblete, ambas de destacada trayectoria en el movimiento sufragista y con distintas actuaciones políticas durante el siglo XX. Por su parte, en 1988, el Centro de Estudios de la Mujer editó la compilación de estudios, *Mundo de mujer: continuidad y cambio*.⁶⁰

Una de las obras pioneras sobre la participación política de las mujeres fue la tesis de grado convertida en libro, *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*,⁶¹ la que fue publicada en 1986, convirtiéndose en la primera publicación específica que rescataba la historia del movimiento sufragista y que lograba dar cuenta del proceso que significó la demanda del voto pleno. Durante ese mismo año Mariana Aylwin, Sofía Correa y Magdalena Piñera publicaron el documento de trabajo, *Percepción del rol político de la mujer. Una aproximación histórica*,⁶² en el que analizan y recorren las formas de participación política desarrollada por las mujeres, tomando como base los planteamientos de Elsa M. Chaney.

En los años noventa, además de los estudios de Luis Vitale y del rescate que hicieron junto con Julia Antivilo de la presencia y de la influencia de las ideas de Belén de Sárraga en Chile,⁶³ se publicó *Perfiles revelados. Historias de mujeres en Chile. Siglos XVIII-XX*, donde Diana Veneros y Paulina Araya hacen referencia a los feminismos laicos y cristianos de la primera mitad del siglo. Sobre este mismo aspecto destacan ya en la década siguiente los artículos de Erika Masa, como es el caso de “Catolicismo, anticlericalismo

57 Covarrubias, Paz y Rolando Franco (1978). *Chile: Mujer y sociedad*. Santiago, Chile: UNICEF.

58 Kirkwood, Julieta (2010). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

59 Meza, María Angélica (1986). *La otra mitad de Chile*. Santiago, Chile: CESOC.

60 CEM. (1988). *Mundo de mujer: continuidad y cambio*. Santiago, Chile: CEM.

61 Gaviola, Edda, Lorella Lopresti, Ximena Jiles y Claudia Rojas. *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952* (1986). Santiago de Chile: Centro de análisis y difusión de la condición de la mujer/ La Morada, Fempress/Ilet, Isis, Librería Lila, Pemci/Centro de Estudios de la Mujer.

62 Aylwin, Mariana y otras. (1987). *Percepción del rol político de la mujer. Una aproximación histórica*. Santiago, Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.

63 Antivilo, Julia y Luis Vitale (2000). *Belén de Sárraga: Precursora del feminismo hispanoamericano*. Santiago, Chile: CESOC.

y la extensión del sufragio a la mujer en Chile”⁶⁴ y las investigaciones de María Elisa Fernández respecto de la participación política de las mujeres en el marco del ibañismo.⁶⁵

Por otra parte, también en la década de los noventa apareció el estudio de Corinne Antezanna-Pernnet sobre el Movimiento pro Emancipación de las Mujeres en Chile (MEMCH),⁶⁶ en el que se da cuenta de la historia y alcances a lo largo de todo el país de esta organización. En 1994, el Servicio Nacional de la Mujer patrocinó la publicación de *Crónica del sufragio femenino en Chile*, a cargo de la escritora Diamela Eltit, que contiene fuentes escritas y fotográficas del período.⁶⁷

Desde la historia social, en el año 2002, se publicó el cuarto tomo de la *Historia Contemporánea de Chile*⁶⁸ de Gabriel Salazar y Julio Pinto, donde Salazar analiza, desde una perspectiva que no dialoga ni con la historia de las mujeres, ni con la historia de género, el rol que él considera tuvieron las mujeres de sectores medios en la inserción en la política representativa, asunto que retoma posteriormente en *Patriarcado mercantil y liberación femenina (1810–1930)*.⁶⁹ Se ubica también en el área de la historia social la publicación en el año 2012 de *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente* de María Angélica Illanes.

Otro estudio que ha sido fundamental es la publicación en español, en el año 2006, de la investigación de Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*,⁷⁰ donde la autora hace un recorrido por los movimientos sufragistas que hubo en estos tres países y por los cambios políticos y legislativos que se dieron a razón de la irrupción de las mujeres en el espacio público. Por otro lado, y más recientemente, destacan las publicaciones realizadas por Alejandra Castillo, como es el libro *El desorden de la democracia. Partidos políticos de mujeres en Chile*, donde continúa como en sus otras publicaciones con la generación de debates y preguntas que permiten volver a mirar las tensiones que han estado presentes en la historia del feminismo en Chile. En el *Desorden de la democracia* señala:

64 Masa, Erika (1995). “Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile”. En *Estudios Públicos* 58.
 65 Fernández, María Elisa (2002). “Integración de la mujer en la política: La mujer chilena en las elecciones presidenciales y el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, 1952-1958”. En *Cuadernos de Historia* 22.
 66 Antezanna-Pernnet, Corinne (1997). *El MEMCH hizo historia*. Santiago, Chile: Fundación Biblioteca y Archivo de la Mujer Elena Caffarena.
 67 Eltit, Diamela (1994). *Crónica del sufragio femenino en Chile*. Santiago, Chile: SERNAM.
 68 Salazar, Gabriel y Julio Pinto (2002). *Historia contemporánea de Chile. Tomo 4*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.
 69 Salazar, Gabriel (2010). *Patriarcado mercantil y liberación femenina. (1810-1930)*. Santiago, Chile: SERNAM.
 70 Lavrin, Asunción (2005). *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*. Santiago, Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

En este ensayo abordaré la emergencia de estos partidos políticos de mujeres poniendo especial énfasis en la configuración de un discurso feminista contradictorio: progresista en el reclamo igualitario, entendiendo por esto la demanda por los derechos civiles primero y los derechos políticos después; y conservador, en el hecho de describir la práctica política de las mujeres bajo la figura de una ‘política del cuidado’.⁷¹

En el 2014 se publicó el libro *Calles caminadas. Anverso y reverso*⁷² de Eliana Largo, autora junto a Verónica Quense del documental sobre los movimientos feministas en Chile, *Calles caminadas*. El libro está compuesto por las entrevistas que se hicieron para la realización del audiovisual, incluyendo algunos de los últimos testimonios disponibles de mujeres que participaron en el movimiento sufragista, Elena Pedraza y Eliana Bronfman.

Durante el 2017 aparecieron dos publicaciones nuevas, una de ellas es el libro de Ana María Stiven, *La república autoritaria en sus laberintos. Ensayos sobre política, cultura y mujeres en el siglo XIX chileno*,⁷³ que en su segunda parte se refiere específicamente al “caso de las mujeres” en el proceso de inclusión desde arriba en la República y la Nación. La otra corresponde a dos capítulos de los catorce que contiene la *Historia política de Chile, 1810–2010*,⁷⁴ editada por la Universidad Adolfo Ibáñez y el Fondo de Cultura Económica. En el caso de estos capítulos la historia producida por mujeres sigue en la categoría de apartado.

Una mención especial requieren las publicaciones que han estado apareciendo en los últimos años en torno a la producción intelectual desarrollada por mujeres en los siglos XIX y XX, produciéndose el rescate y compilación de biografías y de textos originales, en los que se ha relevado el rol que tuvieron las mujeres que oficiaron como editoras, periodistas y escritoras, constituyéndose en uno de los aspectos más interesantes de estos trabajos el posicionarlas como intelectuales, característica que les había sido negada hasta hace poco. Dentro de este ámbito destaca el trabajo realizado por Claudia Montero a partir de la creación y puesta en línea de la página *web* www.prensademujeres.cl, que tiene entre sus objetivos principales: “poner a disposición de todo el público un archivo que recoge tanto las biografías de las mujeres editoras en Chile como sus producciones periódicas”.

71 Castillo, Alejandra. Op. cit. p. 14.

72 Largo, Eliana (2014). *Calles caminadas. Anverso y reverso*. Santiago, Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

73 Stiven, Ana María (2017). *La república autoritaria en sus laberintos. Ensayos sobre política, cultura y mujeres en el siglo XIX chileno*. Santiago, Chile: Editorial Legatum.

74 Ossa, Juan Luis (Ed.). (2017). *Historia política de Chile, 1810 – 2010. Tomo I. Prácticas políticas*. Santiago, Chile: FCE, UAI.

Por otro lado, también dentro de soportes que no son los tradicionales, tanto la página Memoria Chilena (www.memoriachilena.cl) como el Archivo Mujeres y Géneros, ambos dependientes de la DIBAM, han entregado importantes contribuciones para el estudio de las formas de participación política desarrolladas por las mujeres y de las trayectorias seguidas por el feminismo en nuestro país, mediante la digitalización de una cantidad importante de fuentes primarias y de la generación de cápsulas temáticas. En cuanto al Archivo Mujeres y Géneros, según aparece en su página *web*, desde el 2011 se han encargado de reunir “documentos, objetos y testimonios que dan cuenta del rol de las mujeres y las relaciones de género en espacios públicos y privados”.⁷⁵

Como podemos apreciar en este recorrido historiográfico, la historia de la participación política de las mujeres es también parte importante de la historia del desarrollo de las ideas y de las prácticas feministas en el país. Una historiografía que se haga cargo de las preguntas que surgen a partir de la masificación de las ideas feministas que vivimos en la actualidad se vuelve cada día más necesaria.

75 Ver: <http://www.archivonacional.cl/616/w3-propertyvalue-78252.html>



Fotografía: Carolina Ibacache

LA CULTURA POLÍTICA FEMINISTA EN LA HISTORIA

Francia Jamett Pizarro*

Las conversaciones sostenidas en el Grupo Historia derivaron, entre muchos otros temas, hacia las cualidades, modos y situaciones particulares que posee la participación política de las mujeres en distintos momentos históricos, tanto en espacios propios como en movimientos sociales y en partidos políticos de izquierda.

Se trata de inquietudes que retornan y retoman las pioneras reflexiones de Julieta Kirkwood en la década de los ochenta, inmersa en las dinámicas de las protestas populares contra la dictadura cívico-militar, en pleno auge del movimiento feminista en el país. En su libro *Ser Política en Chile, las feministas y los partidos*⁷⁶ expone sus planteamientos respecto de la constitución de movimientos sociales basados en el eje de identidad, y en los principios de oposición (contra/resistencia) y proyecto (transformación/propuesta). Las preocupaciones centrales de Julieta son el inminente advenimiento de un cambio de régimen político y la proyección de las condiciones de opresión y discriminación de las mujeres, así como también el rol político que jugarán en la recuperación democrática.

* Integrante del Grupo Historia. Profesora de Historia y Geografía. Autora de la propuesta didáctica *El proceso histórico de la obtención del sufragio femenino en Chile (1913-1952)*. Guía para docentes de segundo año medio y del ensayo (inédito) "Aproximaciones a las presencias feministas en la Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales (1900-1925)".

76 Kirkwood, Julieta (1985). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago: Flacso, pp. 31-32.

En ese contexto, se tornaba urgente la revisión crítica de la historia de participación política de las mujeres, fundamentalmente en los denominados proyectos globales de liberación económica, política y social, centrados en el eje de clase, que subsumen otras dimensiones de las discriminaciones, dominaciones y contradicciones.

Julietta Kirkwood nos recuerda que la negación, secundarización y/o relegación (rol femenino tradicional) de las problemáticas de las mujeres por parte de las organizaciones políticas de izquierda se ha expresado como fenómeno social en diversos momentos y ámbitos políticos de una manera clara: “la opresión femenina deviene en reacción”. Se activa, entonces, el recuerdo de las movilizaciones de mujeres en los “cacerolazos” contra el gobierno de la Unidad Popular. La invitación será, a través de sus análisis, a considerar estas lecciones históricas, a asumirlas como prioritarias en los desafíos que plantea el escenario de democratización.

Como ya lo hemos señalado, es un hecho que la omisión deliberada de las mujeres en el relato histórico, especialmente del protagonismo femenino en los movimientos de transformación de la sociedad tiene como consecuencia el no reconocimiento de una misma en un legado de luchas y propuestas de cambios de vidas; de esta manera no integramos ni fortalecemos la conciencia histórica de un camino cimentado por nuestras antecesoras, que, por lo demás, configura nuestro presente y futuro. Es importante tener presente también que dadas las condiciones de vida opresivas y de dominación de las mujeres, este camino recorrido no nos es develado de manera automática sino que se configura en la toma de conciencia, en la rebelión frente a la historia y en la autoconvocatoria organizada a transformar la sociedad patriarcal.

María Angélica Illanes, en su libro *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX*, se refiere a “la invencible revolución permanente de las mujeres”.⁷⁷

Revolución que, a diferencia de otras revoluciones sociales, ha resistido en el siglo XX todos los obstáculos, todas las dictaduras e incluso todas las tradiciones, manteniendo viva la llama de su demanda de justicia, equidad, libertad y amor, guerreando pacífica y cotidianamente en todos los frentes: en la calle, en la casa, en la política, en las universidades, en la prensa.

⁷⁷ Illanes, María Angélica, *Nuestra Historia Violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*, Santiago: LOM, 2012

Su ‘revolución permanente’ se caracteriza, así, por la multiplicidad y simultaneidad de frentes de lucha, encarnando una modalidad de hacer política o su revolución emancipadora no solo desde los aparatos culturales y políticos, sino también desde las relaciones familiares y personales, quedando aún mucho por hacer en todo este camino, especialmente en este último, donde la estructura patriarcal de la sociedad tiene más profundamente afincadas sus raíces y donde las mujeres mismas, a menudo caen en su juego.⁷⁸

La descripción de esta “revolución permanente de las mujeres” nos ha encaminado a preguntarnos por la existencia de una *cultura política feminista*, por sus rasgos más característicos y la manera en que estos se han expresado durante diversos momentos históricos de emergencia del movimiento feminista en Chile.

Acudiendo a la conceptualización de *cultura política* de la historiadora Cristina Moyano, diremos que esta se compone de

los discursos sobre lo público y lo privado que tienen determinados grupos, hablas colectivas que ponen los límites a sus acciones, que otorgan significados a las prácticas y que se hacen visibles al otro, generando rasgos de identidad propia y diferenciada. Cultura política será de esta manera, no solo la forma de entender la política, sino lo público-privado, es decir, el universo cotidiano sobre el cual significamos y valoramos las prácticas de poder (p.10)⁷⁹.

Pensamos que, efectivamente, en una revisión de las prácticas políticas de agrupaciones feministas en distintas épocas de la historia de Chile, podemos reconocer una cultura política feminista que se expresa en discursos sobre el poder en lo público y privado como cimiento de la acción política, en metodologías, medios, formatos y aparatos culturales, trascendiendo tiempos y espacios de constitución.

La prensa feminista

Podemos identificar la existencia de prácticas políticas que dan cuenta de un continuo en la producción de conocimiento sobre la conciencia de opresión personal y colectiva unida a sus manifestaciones de rebeldía y emancipación en lo cotidiano y público. María Angélica Illanes expone que

⁷⁸ Ibid, p. 11.

⁷⁹ Moyano, Cristina. (2010). Cultura política y universos discursivos del movimiento obrero ilustrado. Chile en los albores del siglo XX. En <https://cristinamoyano.wordpress.com>.

las mujeres con el fin de ser notadas en su protagonismo y para inaugurar su representación narrativa y entrar en la escena de la historia, [han] debido hacerse guerreras (...) aprendieron a usar esas armas que estaban al servicio de la vida y no de la muerte. Esa arma moderna, la prensa, *las mujeres, especialmente las obreras chilenas, también quisieron usarla como los varones obreros y lo hicieron hace ya un siglo* (p.10).

También las mujeres de elite y capas medias utilizaron esta herramienta para posicionarse públicamente, para hacer sentir una voz y palabras propias. Tempranamente crearon un periodismo de mujeres como lo denominaron Carla Agliati y Claudia Montero en su abordaje historiográfico de la prensa de mujeres en Chile entre 1900 y 1920,⁸⁰ cuyo título, *Explorando un espacio desconocido*, es una evidencia más de la invisibilidad, logrando catastrar 25 publicaciones entre periódicos, revistas y ediciones en que participan mujeres.

En particular, las autoras afirman que los periódicos publicados por mujeres de clase trabajadora son cuantitativamente menores que los de la élite. Esta situación se puede explicar puesto que las mujeres obreras eran doblemente explotadas en sus trabajos y en sus casas, con salarios más bajos que los obreros, por tanto con menos disponibilidad de tiempo y recursos para esta actividad.

En el feminismo obrero se destaca el periódico *La Alborada* que circuló entre 1905 y 1907, cuya gestora fue Carmela Jeria, obrera tipógrafa de Valparaíso. Su propósito explícito fue la defensa de las “clases proletarias”, pero convocaba especialmente a las mujeres a despertar a la lucha por la nueva sociedad, sobre la base de la instrucción y la educación. Instaba a no quedarse en el “socorro mutuo” atendiendo necesidades de urgencia, sino saltar en grados de conciencia creando escuelas laicas para el desarrollo intelectual de la clase. Esto, para afrontar problemáticas sociales que afectaban directamente a mujeres, niñas y niños: “dando la batalla contra el analfabetismo, el alcoholismo, el juego y otras inclinaciones que hacen figurar a nuestros productores como seres degenerados e inferiores (...) Así, todos los proletarios entonaremos el canto al saber, la verdad y el ideal”.⁸¹

Estas dimensiones de la vida cotidiana construidas en problemas políticos marcarán el rumbo de las próximas publicaciones, asentando una posición

80 Agliati, Carla y Montero, Claudia (2001). Explorando un campo desconocido: la prensa de las mujeres en Chile en 1900-1920 en <https://revistas.uchile.cl/index.php/RCH/article/view/8789/8596>

81 María Angélica Illanes, p. 19.

que hará que a partir del número 19 la revista se subtitule “Publicación Feminista”. Definición que asumirán también las trabajadoras costureras de Santiago en 1908 en su periódico *La Palanca*: “publicación feminista de propaganda emancipadora”. Su preocupación central es la liberación de la mujer de prejuicios religiosos causantes del sometimiento en que viven. De manera similar a *La Alborada* denuncia los males que afectan a las mujeres y promueven la formación y estudio de carácter laico, la asociación y la solidaridad.

Estas pioneras publicaciones de mujeres las estimulan a salir del aislamiento y promueven su participación en conferencias, actos, lecturas, campañas, etcétera.

La prensa de mujeres y feministas será una de las herramientas de difusión de acción política y una instancia formativa. Por medio de la palabra expresan reflexiones y propuestas de transformación en los diversos espacios de vida de las mujeres. Existe un continuo desde estas primeras publicaciones hasta hoy, en los boletines, fanzines, páginas *webs* y otros soportes comunicacionales feministas; es la articulación de la denuncia que desnaturaliza las condiciones de vida de las mujeres, encarnando en letras, imágenes y símbolos “lo personal es político”. La vida y la muerte, el amor y la violencia son dualidades expuestas en textos de denuncia y propuestas de emancipación personal y colectiva.

La organización propia de las mujeres

Una de las referencias ineludibles del movimiento de mujeres y feminista en Chile es el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres Chilenas (MEMCH), fundado en 1935, que aspira –sus metas– a luchar por la emancipación social, económica y legal de las mujeres. Socializó políticamente por diversos medios las injusticias y desigualdades en los salarios de las mujeres y en sus condiciones de vida, especialmente de las empobrecidas. Abogó decididamente por la educación sexual, el uso de anticonceptivos y la legislación sobre aborto. Politizó problemas como el costo de la vida, alimentos, educación y salud en el contexto de las propuestas reformistas del gobierno del Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda.

Las estrategias fueron múltiples; movilizaciones callejeras, reuniones, propuestas de leyes, congresos, exposiciones, periódicos. Tuvo una activa vida orgánica, con asambleas semanales, charlas, clases, congresos nacionales, conferencias en teatros. Se estructuró en comités provinciales, y editó y distribuyó más de 2.000 ejemplares de su periódico *Mujer Nueva*, publicado mensualmente desde fines de 1935 hasta 1941.

Corinne Antezana-Pernet, en su estudio acerca del MEMCH⁸² afirma: “El fuerte contraste entre la modernización del país, por una parte, y la situación precaria de la clase media y de las masas, por otra, es la tónica de los años 30. El MEMCH fue parte de la radicalización de la clase media y de la formación de una nueva cultura política”.

Este planteamiento evidencia que las memchistas tuvieron una gravitante y directa participación en las décadas de los 30 y 40, y que la ausencia en el relato histórico del protagonismo de las mujeres en periodos significativos de transformaciones sociales y políticas es deliberada. Esta operación invisibilizadora de las mujeres en la historiografía oficial masculina, Corinne la califica como irónica, puesto que, a modo de conclusión, en su investigación acerca del MEMCH, plantea: (...) “los significativos logros de los gobiernos del Frente Popular en términos de expandir la democracia formal (...) llegaron solo con los derechos ciudadanos otorgados a las mujeres en 1949, como una larga lucha de las mujeres chilenas” (p.12).

En síntesis, una somera revisión de los contenidos de la prensa feminista y de la organización autónoma propia de las mujeres, ambas intencionadamente constituidas como medios y espacios de formación de la conciencia de las mujeres, nos permite afirmar la existencia de una cultura política feminista que ha traspasado los tiempos, cuya característica diferenciadora es la imbricación de lo privado y lo público como un campo unificado en el que se producen y reproducen las relaciones de poder (“democracia en el país y en la casa”), y, por ende, la acción política (“revolución permanente de las mujeres”).

82 Antezana-Pernet, Corinne A. *Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile. El MEMCH hizo historia*. Antezana-Pernet, Corinne (1997). *El MEMCH hizo historia*. Santiago, Chile: Fundación Biblioteca y Archivo de la Mujer Elena Caffarena.



Fotografía: Carolina Ibacache

POR UNA HISTORIA FEMINISTA

María Stella Toro Céspedes*

Estas reflexiones tienen en su origen tres detonantes: la irrupción de las historiadoras en lo público por medio de dos documentos publicados el 2016; la idea sostenida por algunos académicos de que la historia de las mujeres no es más que un “voladero de luces”; y el deseo de pensar en las trayectorias de largo aliento que protagonizan las mujeres.

La historia y las historiadoras

Dos textos publicados el 2016 coincidieron en reunir a mujeres historiadoras. En abril de ese año, apareció en algunos medios digitales una carta pública que firmamos mujeres vinculadas a la historia y otras disciplinas de las ciencias sociales y humanas a raíz de los casos de acoso sexual por parte de académicos, denunciados por estudiantes de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.⁸³ El 16 de septiembre del mismo año en que firmamos esta carta, en el suplemento *Tendencias* del diario *La Tercera*, parafraseando el exitoso libro del escritor Jorge Baradit (*La historia secreta de Chile*) se publicó el artículo “La verdadera historia secreta de Chile”.⁸⁴ El artículo se refería al lugar y a la experiencia de las historiadoras en la disciplina, a partir de entrevistas a Macarena Ponce de León

* Integrante del Grupo Historia. Licenciada en Historia y Magister en estudios latinoamericanos. Investigadora y académica a honorarios en distintas universidades. Autora de: *Debates feministas latinoamericanos* (2009). Santiago, Chile; Libros *La Calabaza del Diablo*; *La mujer en la sociedad colonial. Guerra, patrimonio, familia, identidad (1540-1800)* (2010). Santiago, Chile: Gobierno de Chile, SERNAM.

83 <http://www.eldesconcerto.cl/pais-desconcertado/2016/04/11/nunca-mas-solas-hablan-las-historiadoras-y-academicas-sobre-acoso-sexual-en-la-universidad/>

84 <http://www.latercera.com/noticia/la-verdadera-historia-secreta-de-chile/>

(Universidad Católica), Alejandra Araya (Universidad de Chile – Archivo Andrés Bello), Cristina Moyano (Universidad de Santiago), Soledad Zárate (Universidad Alberto Hurtado), Consuelo Figueroa (Universidad Diego Portales), Alexandrine de la Taille (Universidad de Los Andes) y Virginia Iommi (Universidad Católica de Valparaíso). De todas estas historiadoras entrevistadas en *La Tercera* solo una de ellas, Consuelo Figueroa, firmó la carta.

La estudiante que acusó de acoso al académico Fernando Ramírez, cuya destitución respaldamos en la citada carta, estuvo en el curso en el que soy ayudante. Nunca hablé de eso con ella pues lo ocurrido salió a la luz cuando ya se había acabado el semestre. En ese curso abordamos el tema de la misoginia y de algunos de los dispositivos de subordinación que se instalan en cada una de nosotras mediante los juegos infantiles y de la publicidad. Uno de los trabajos grupales que hicimos en ese curso fue justamente analizar series de TV infantiles y publicidad dirigida a niños y niñas. Como muchas otras veces me sorprendió la claridad que tenían las y los estudiantes, pero también lo difícil que es develar estas formas de violencia en especial cuando olvidamos que están instaladas en nuestras propias cotidianidades. Si bien lamento aún hoy no haber hablado directamente con esta estudiante, por lo menos me quedo con la idea de que tal vez en algo ese curso sirvió para que sintiera que no estaba tan sola y que su historia era parte también de entramados a los que hemos estado sometidas las mujeres por siglos (no al modo de “mal de muchos”, sino más bien como ese *click* que nos surge y conecta en algún momento con otras mujeres).

Me molestó la falta de respuestas desde la propia Facultad. Las declaraciones que salieron desde los centros de estudios de género de la misma universidad fueron, por decir lo menos, tardías y tibias, pero la seguidilla de denuncias continuó. En ese contexto, y desde una molestia e indignación que imagino parecidas a la mía, dos académicas, Hillary Hiner y Ana López, ambas historiadoras, impulsaron la carta que salió en algunos medios. En no más de cuatro días se juntaron las firmas, proceso que fue sorprendente por la alta adhesión, solidaridad e interés de quienes firmaron, pero también por los comentarios y resistencias (que supe después) de quienes no lo hicieron. Otros comentarios también me llevaron a imaginar lo que pensaron los historiadores o por lo menos algunos de ellos. No me cabe duda – aunque adivina no soy– que consideraron que el tono no era adecuado (poco académico), que era muy militante, que por qué no firmaron las “más importantes”, es decir, que era cosa de feministas, pero como nadie puede aparecer defendiendo el acoso y la carta tenía como eje central su denuncia, no dijeron nada, ni se atrevieron a criticarla públicamente.

En cuanto a la carta misma, hay dos puntos que quisiera relevar. En primer lugar, la visibilización del lugar subordinado, el carácter secundario y marginalizado, muchas veces relegadas a roles administrativos, que han tenido las mujeres en estas disciplinas y las consiguientes dificultades para consolidar carreras académicas. Ni siquiera sabemos cuántas mujeres han terminado abandonando estos espacios académicos por la falta de posibilidades para desarrollarse y, en particular, por las diversas experiencias de acoso y de abuso de poder. En segundo lugar, la crítica que se hace a la invisibilización de las mujeres en las mallas de estudio, que es también extrapolable a la educación básica y secundaria. Dice la carta:

Además, en el caso de las mallas curriculares y planes de estudio de las Escuelas de Historia, es también muy común encontrar una ausencia pronunciada de las mujeres dentro de nuestra disciplina, lo cual nos da a entender que nuestras experiencias, historias y memorias no tienen ninguna importancia. Nosotras refutamos contundentemente esta idea; las mujeres –campesinas, indígenas, trabajadoras, lesbianas, trans, feministas, entre muchas otras– han estado siempre en la Historia y es solo la ceguera masculinista y heterosexista de nuestra disciplina y algunos de nuestros colegas que permite que esta obliteración continúe.

El artículo ya mencionado, publicado en el suplemento *Tendencias* del diario *La Tercera*, por lo menos en su versión digital, tenía como imagen principal una máquina de escribir antigua con un fondo fucsia fosforescente. Interpreto la imagen como un intento de mostrar continuidades y quiebres en un gremio que, según la nota, a pesar de las apreciaciones diversas de las entrevistadas, sigue siendo muy masculino. Se destaca que esto fue lo único en lo que todas coincidieron y se releva también que de las once áreas en que se entregan los premios nacionales solo en la de historia y en la de ciencias aplicadas todavía no lo ha recibido ninguna mujer.

Las preguntas a las historiadoras tienen que ver con sus propias investigaciones y aproximaciones a la disciplina mostrando todas ellas una diversidad importante de sujetos/objetos, períodos y forma de estudio. El artículo parece buscar una suerte de cuoteo representativo por universidades, intentando dar cuenta de un espectro amplio en el que hay académicas tanto de universidades tradicionales como privadas y algunas de ellas con cargos. Sin embargo, no se entrevistó a ninguna, salvo a Soledad Zárate, que tuviese una producción contundente vinculada a los estudios de género y/o a la historia de las mujeres, mucho menos a historiadoras feministas. ¿Fue una decisión editorial? Si fue así, ¿cuál fue la razón de esta exclusión? En cualquier caso, cabe preguntarse: ¿quiénes podrían señalarse hoy como

historiadoras que se encuentren trabajando en estos registros?; ¿quiénes se autorreconocen desde ahí?, ¿qué vinculación tienen hoy los feminismos con la historia?

Algunas de estas preguntas encontraron respuesta un año después cuando en las XXII Jornadas de Historia de Chile realizadas en Valdivia, se materializó un deseo expresado cuando se hizo y firmó la carta en respuesta a las denuncias de acoso sexual en la academia: “Nunca más solas...”. Nos juntamos, tuvimos una reunión a la que asistieron académicas y estudiantes que están hoy trabajando sobre historia de las mujeres, de género y feminista, conformándose la Red de Historiadoras Feministas que seguirá reuniéndose en vista de realizar un encuentro durante el 2018.

Un voladero de luces

Conversaciones que he sostenido durante los últimos cuatro años con estudiantes, hombres y mujeres, de carreras de Licenciatura en Historia de la Universidad de Chile, la Universidad Diego Portales y la Universidad de Santiago me han dado la posibilidad de conocer (en realidad de fisgonear), por medio de sus dichos, lo que se dice acerca de la historia de las mujeres y la perspectiva de género aún hoy en esos espacios académicos. Hace poco unos estudiantes me contaban que un profesor ante la pregunta de ellos por la historia de las mujeres, supongo que a raíz del seminario en que soy ayudante que es sobre historia de las mujeres en Occidente, les había dicho que pensaba que se trataba de “un voladero de luces” si se la ponía en relación con otras ramas de la historia.

A esta experiencia se suma, también, la sorpresa que, una y otra vez, me produce que ante preguntas “simples” como ¿qué mujeres conocen en la historia?, ¿cuándo votaron las mujeres por primera vez en Chile?, ¿quién fue la primera mujer senadora?, ¿quién fue la primera diputada?, la respuesta sea el silencio. Esto me lleva a pensar que se trata de información que no estuvo presente ni en su formación escolar, ni en su formación académica (en general los seminarios que hago son para estudiantes de 3ro y 4to año de pregrado en historia). Todavía el acercamiento a la historia de las mujeres y al pensamiento y acción feminista en Chile se hace mediante de la autoeducación, de haberte encontrado con alguien que te contó algo, de haber leído algún texto y juntar trazos dispersos. Entonces, cómo podemos pedir que nuestra historia no sea un constante hacer –borrar y empezar de nuevo–. Hay una deuda con nuestra propia historia que tiene que saldarse a partir de los propios esfuerzos que hemos hecho en particular las feministas, pero también con políticas de Estado, pues me parece que es

la única posibilidad de que estas genealogías salgan del grupo de las que ya estamos ganadas y convencidas.

La historia de las mujeres y la historia de género cuentan ya con largas trayectorias. Los aportes entregados por ambas son indiscutibles y se cimentan tanto en la producción teórica inaugurada por diversas investigadoras como en la ruptura con el silenciamiento e invisibilización de las mujeres en la historia. No me cabe duda que hoy sabemos bastante más de lo que hicieron las mujeres en distintos períodos, sin embargo, para el mundo académico esta producción de conocimientos sigue teniendo un carácter secundario y meramente complementario, sin lograr comprender que el “voladero de luces” no es otra cosa que la historia de la mitad de la humanidad y que es imposible una historia total y mucho menos la consecución de transformaciones sociales y políticas profundas sin la participación de quienes son y han sido una parte constitutiva y activa de procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios.

Las mujeres han estado en la historia, han construido historia, han producido historia, sin embargo no se las ve como sujetos históricos, no se las respeta como tales, relegándolas a los patios traseros, al comedillo, al anecdotario o a la manipulación maliciosa. Otros han construido la historia y las representaciones de lo que nosotras mismas entendemos como femenino, produciéndose en este punto uno de los aspectos que me parece más perverso y difícil de romper del patriarcado: la propia falta de reconocimiento de nosotras mismas y entre nosotras como sujetas históricas. No es solo que los otros nos excluyan, sino que es también que nosotras consideramos que no es (tan) importante (que no es histórico) lo que hacemos.

Por otro lado, me parece que en muchos casos ni la historia de las mujeres, ni la historia de género (estoy pensando en la producción en Chile) han tomado sendas que conecten estos campos con el sustrato político que sostiene la capacidad transformadora de estas corrientes históricas, que a mi juicio no es otro que el feminismo (en sus corrientes críticas y transformadoras). En el caso de ambas se ha tendido más bien a dar cuenta de lo que las mujeres hacen, pero no necesariamente se ha puesto el acento en las relaciones de poder que están a la base de estas construcciones jerárquicas, ni se ha puesto el acento en la capacidad política y de construcción colectiva que han desarrollado las mujeres en distintos ámbitos.

El “voladero de luces” deja de ser tal cuando las preguntas cambian y cuando se hacen procesos que permitan estar dispuestos a ver a las mujeres. Si no es así, aunque se encuentren en sus narices seguirán sin verlas o las verán

como la eterna compañera, como la ayudista, la política inepta o la política trepadora y, por sobre todas las cosas, la madre. Determinar las preguntas y las metodologías que nos pueden ayudar a romper con estos moldes me parece un desafío urgente hoy.

Las trayectorias

Finalmente, el tercer detonante de estas reflexiones surgió de la necesidad y el deseo que he sentido, una y otra vez, de analizar las trayectorias largas que tienen las construcciones colectivas tanto sociales como políticas de las mujeres, pues distintas huellas me confirman que los momentos de poca visibilidad (de silencio) no son un irse por completo a otra parte (la casa), sino que tienen una densidad que a veces ni siquiera alcanza a ser reconocida por las propias mujeres. Este asunto, que me ronda hace bastante tiempo, volvió a hacerme presente hace muy poco a raíz de la muerte de María Eugenia Rojas y de un video con una entrevista suya que, a modo de homenaje, se publicó en la página de *Facebook* del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. En esa entrevista, ella nombraba a otras mujeres que, al igual que ella, también fueron parte de la fundación del PIDEE (Protección a la Infancia Dañada por Estados de Emergencia), y al escuchar sus nombres me di cuenta que eran los mismos nombres de distintas mujeres que fueron muy activas durante la primera mitad del siglo XX, en especial en el movimiento sufragista.

Dice María Eugenia Rojas:

Cuando se creó PIDEE el año 79, gracias a la Elena Caffarena, a la Olga Poblete, a las hermanas de la Marta Ugarte, ahí se formó y llamamos a otras mujeres que fueron tomando los cargos directivos; estuvo de presidente la Elisa Serrana que es escritora y la Elena Caffarena era la vicepresidenta, la mamá de..., la Josefina Quesney que es la mamá de Viera Gallo, todas esas mujeres decidieron tomar esa decisión que fue muy hermoso porque era un peligro. Había mujeres increíbles que se hacían cargo de visitar a los niños, algunas veces estaban enfermos o no podían salir de la casa por peligro de que los fueran a detener a la mamá y entonces otras personas..., estaba la Mónica Echeverría también en el directorio, ella también conseguía cosas para los niños y trabajábamos todas en conjunto cada una con su interés especial.

¿Cuántas veces estos nombres se repiten a lo largo del siglo XX? ¿Cuántas veces los nombres de ellas y de otras mujeres estuvieron en la conformación de distintas organizaciones? ¿Cómo se posicionaron políticamente frente a

distintas coyunturas? ¿Eran amigas? ¿Se juntaban? ¿De qué conversaban? ¿Cómo entendían el feminismo? Son solo algunas de las preguntas que me surgen. Tengo la impresión de que las trayectorias que conocemos están bastante fragmentadas y que es una fragmentación que no solo está presente en los trabajos históricos que hemos hecho, sino que es una fragmentación que está también encriptada en los propios relatos de las mujeres y que urge mirar y trabajar.

Urge seguir recuperando la historia construida por las mujeres, pues algunas como María Eugenia Rojas ya están partiendo. Tal vez podría ser una especie de propósito para cada una de nosotras buscar la forma de atesorar, guardar y unir estos trazos de memoria, pues así como hay mujeres que, por diversos motivos, han tenido una mayor visibilidad pública, también hay muchas otras en los centros urbanos y en las diversas regiones del país que han seguido y construido trayectorias que conforman la historia del siglo XX. Estuvieron de niñas en las salitreras o en el campo, participaron de las tomas de terrenos, se organizaron, denunciaron y pelearon contra la dictadura y luego siguieron organizadas, tal vez de otras formas, pero sin perder el deseo de transformar sus propias vidas y la del resto de las mujeres.

Sin duda que estas reflexiones (me) abren más preguntas que respuestas, pero como dice Hillary Hiner⁸⁵ en su columna sobre la reunión en Valdivia que derivó en la conformación de la Red de Historiadoras Feministas, nada fue, ni va a ser igual luego de las distintas denuncias de acoso y abusos de poder que hemos conocido, de las movilizaciones que han emprendido las estudiantes y de los logros que han obtenido, aunque para ellas mismas ha tenido profundos costos y han significado un gran desgaste. Gracias “chiquillas”, nos han permitido mirarnos e intentar hacer algo.

85 Ver: <http://www.eldesconcierto.cl/2017/10/30/todo-fue-distinto-despues-de-valdivia/>

CONVERSACIONES

Nuestro lugar en la historia

Algunas historiadoras hablan específicamente de los lugares en la historia. Hay estudios que quieren reconstruir la experiencia de las mujeres, darle visibilidad y decir: hay en la historia distintos lugares, no solamente uno que es, por ejemplo, la acción pública.

Se trata de ver cómo se narra, desde distintos lugares, una misma acción histórica. Cómo se narra, por ejemplo, la experiencia de tener que dar un testimonio judicial para dar cuenta de la represión durante la dictadura. Este tiene un formato y ocurre en un lugar, en una interacción y en un marco institucional determinados, en este caso la Vicaría de la Solidaridad, donde yo no me puedo posicionar como víctima porque soy denunciante. Estoy realizando una acción denunciante. Sin embargo, yo puedo narrar esa misma experiencia desde una posición como militante. Entonces, las mismas sujetos podemos narrar desde distintos lugares una misma experiencia. La experiencia se constituye desde distintos lugares, es relacional y es desde ella que se instituye el relato histórico.

Pensemos en el lugar de la militancia en los años 60, 70, 80 como lugares colectivos, como puntos de llegada. Puede ser la experiencia en las organizaciones populares, incluso en los centros de madres, desde los más recalcitrantes conservadores hasta los más progresistas. Son experiencias colectivas, lugares que hacen posible construir un *nosotras*.

Tamara Vidaurrázaga investigó acerca de militancia de mujeres en grupos de resistencia armada en Uruguay y en Chile.⁸⁶ Una de las ideas que trabajó es pensar a las mujeres como extranjeras permanentes: se insertan en el lugar de la militancia, pero este nunca es completamente su lugar. Siempre hay algo o “alguienes” que les hace sentir que no es su lugar cien por ciento, que son

86 Vidaurrázaga Aránguiz, Tamara (2015). Subjetividades sexo genéricas en mujeres militantes de organizaciones político-militares de izquierda en el cono sur. *Revista Estudios de Género, La Ventana* N°41.

parte, pero no constituyente. Ese lugar es incómodo y están sujetas a violencia también en él. Al final tienes un lugar, pero no es tu lugar o lo puedes perder muy fácilmente.

En muchas militantes y militancias se descubren lugares contradictorios que se reconocen cuando las mujeres empiezan a asumir una posición crítica frente al machismo en la experiencia militante y descubren la paradoja de tener dos vidas. Por un lado, la que se enfrenta a la dictadura y, por otro lado, el sometimiento en la relación de pareja: *Muchas veces contamos que vivíamos violencia y nos daba vergüenza. Éramos muy aguerridas las compañeras, pero también vivíamos violencia, ahí empezamos a develar este mundo privado.*⁸⁷

Es necesario pararse desde un lugar y, para ello, buscamos un piso sólido, por ejemplo, nuestra historia: ese es un lugar que las mujeres ya hemos ido construyendo, pero que no hemos asumido como parte de nuestra acción política. Existe solo como una parcela de nuestro imaginario.

El cuerpo como primer lugar

El cuerpo es el primer lugar, porque todo va pasando en nuestros cuerpos sexuados, tanto lo que simplemente pasa como lo que va quedando, esas experiencias dolorosas, terribles y también las alegres, como la del *click* de la rebeldía.

Por un tiempo, hemos reivindicado lo subjetivo, pero las personas no somos solo subjetividad, partimos de ella a la vez que reflexionamos con otras, otros, incorporando lo colectivo, lo social, lo político en la dimensión personal. Si queremos cambiar lo que vivimos y seguir adelante, tenemos que reflexionar respecto de ello hasta que tenga sentido, hasta que pase por el cuerpo y se haga tan patente que empiece a molestar físicamente. Entonces, se hace necesario compartir, construir espacios de acuerdo y coincidencia con otras, y eso nos motiva a una persistente acción transformadora.

Encontrar puntos comunes no significa desconocer la especificidad del lugar de cada una; la educación popular planteaba eso, desde tu práctica levantar el conocimiento, no desde la mía. Analizar qué es lo diferente, dónde chocan esas diferencias, dónde se pueden intersectar todas estas experiencias que pueden ser personales, de colectivos, de movimientos. Porque para efectos de construir una historia, esos lugares tienen que ser

87 Conversaciones entre mujeres feministas 2016-2017 (Grupo Historia).

comunes, si no compartimos posiciones, no pasa nada y, además, tenemos que explicitar esas posiciones, comunicarlas. Al construir un lugar con las experiencias comunes, todas nos vamos construyendo con otras.

Si estamos, por ejemplo, en la universidad, en un espacio con personas de la misma edad, esa dimensión generacional también constituye un lugar, el de una subjetividad que es distinta a la de generaciones anteriores, las que, a su vez, han acumulado un conjunto de lugares en su biografía, historias colectivas que les permitieron desarrollar una idea de lo que querían cambiar.

Una obra de danza llamada *Las extintas*,⁸⁸ que es *Las Brutas* en teatro, se refiere a la vida de tres hermanas aymaras que se suicidan o aparecen muertas. Hay algunos textos hablados mientras transcurre la danza y uno muy reiterativo en que preguntan: ¿qué es un país?, y una de las respuestas es “un lugar donde se comparten miedos”. Hay algo colectivo en este miedo, marcado por experiencias extremas como una dictadura, una guerra. Hay también miedo a salir de la norma, en una sociedad tan disciplinada y disciplinaria como la chilena. Entonces esto de sentirnos “raras” tiene que ver con que rompemos con esa idea de orden y obediencia que está instalada en nuestros cuerpos. El cuerpo se resiente cuando salimos de ese disciplinamiento, pasan cosas.

Validar nuestro lugar y derribar las fronteras

Muchas mujeres están escribiendo historias de vida. Parecen ser unas nuevas memorias, escriben acerca de algo íntimo que les pasó, pero de manera tal que cualquier otra se puede reconocer en esa historia: “Mi mamá hacía las banderas del partido al que pertenecía y eso no tenía valor, aunque fueran tan importantes para visibilizarlo”. Nadie lo supo, sin embargo, otras mujeres podrían haberse reconocido en ese oficio y decir *yo también hice banderas, yo hice frazadas para las y los presos, yo tejí chalecos para los y las damnificadas*. Eso lleva a revisar la frontera entre el espacio público y el privado y, principalmente, a valorar lo que hacemos.

Una mujer tiene varios cuadernos que escribió en el Buen Pastor, *Vida de una prisionera política*, escritos a mano. Había sido candidata a un cargo por la Izquierda Cristiana; pasó de ser demócratacristiana a allendista; era dirigente de pobladores, después creó la Comisión de Derechos Humanos de La Serena, y todo pasaba en su misma casa. Politizó toda su experiencia

88 Compañía de Papel. Obra de Danza “Las Extintas”. 2017.

en un mismo espacio. Vamos a su casa y ahí está la historia, con ese valor que nunca se le da a los espacios privados, domésticos. Habremos de considerar esos lugares de las mujeres que derriban las fronteras que separan lo público de lo privado.

El feminismo como una forma de conocer transformadora

Así ha sido en nuestras vidas y eso lo vamos transmitiendo. Lo llevamos a todos lados, a la forma de entender el conocimiento, a la historia, a las experiencias, formas de relacionarse con las personas que desarmen las relaciones de poder.

Cuando somos feministas actuamos, pensamos y escribimos desde ese lugar, porque también las preguntas que nos surgen vienen de ese lugar. En el libro *Una historia necesaria*⁸⁹ se ve claramente: las autoras leyeron el contexto de ese momento, lo que iba a pasar y lo que pasó. Aunque quieran negarlo los historiadores, claro que éramos feministas en los 80, se notaba en las asambleas, en la universidad, en las consignas. Julieta Kirkwood no habría podido escribir lo que escribió en 1985 si no lo hubiera venido pensando desde hacía tiempo. El silencio feminista del período que describe Julieta en *Ser política en Chile*⁹⁰ y que también aparece en el libro *Queremos votar en las próximas elecciones*,⁹¹ ya había pasado.

Que éramos feministas en los 80 es un hecho que hay que profundizar y consignar, porque todavía en la actualidad se niegan nuestras posiciones políticas: “Le conté a alguien de la Universidad de Santiago que estaba viendo la historia de las mujeres en el movimiento estudiantil de los 80 y me dijo: ¡pero si no había mujeres en el movimiento estudiantil!”.

Conocer transformando es lo que nos ha pasado a nosotras mismas. Al leer, al juntarnos a conversar de nuestras vidas, al organizar las múltiples acciones que realizamos, al compartir con otras mujeres es obvio que algo nos va pasando a todas. Empezamos a ver y actuar contra discriminaciones gruesas y sutiles que antes no veíamos, que estaban naturalizadas. Colectivamente vamos construyendo un lugar.

89 Gaviola, Edda; Largo, Eliana y Palestro, Sandra (1994). *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*. Santiago, Chile: Aki & Ahora.

90 Kirkwood, Julieta (1986). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago, Chile: FLACSO.

91 Gaviola, Edda; Lopresti, Lorella; Jiles, Ximena; Rojas, Claudia (1986). *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*. Santiago de Chile: Centro de análisis y difusión de la condición de la mujer/La Morada, Fempress/Ilet, Isis, Librería Lila, Pemci/Centro de Estudios de la Mujer.

Construir nuestro lugar en la historia

En un texto de historia de enseñanza media dice: “la incorporación de las mujeres a la sociedad en el siglo XX se produjo...”, como si hubiéramos estado en la estratósfera. En su imaginario está que la sociedad es el mundo público, donde campean los hombres. Lo mismo en los datos laborales, como si las trabajadoras de las fábricas hubieran aparecido de la nada y como si las agotadoras jornadas de reproducción de la vida no fueran trabajo.

En este imaginario nuestra historicidad se produce cuando nos incorporamos al mundo de hombres, y esto es válido para mujeres indígenas, afrodescendientes, migrantes, de la disidencia sexual, niñas; para todas las mujeres. La idea es que hay un espacio en el que tenemos que incluirnos, hacernos un lugar ahí, en algo que no hemos construido, donde no tenemos agencia histórica.

Es la historia de la humanidad la que nosotras tenemos que comprender y mirar desde otro punto de vista, con las mujeres en el devenir de una cultura, de una civilización. No la historiografía, pues ya conocemos lo que ha hecho. Es lo que los feminismos empezaron a visibilizar hace tiempo, luego a explicar y, simultáneamente, a cambiar. Ahora nos queda el desafío de reunir y significar desde nuestra mirada, pero esto tiene que responder a una necesidad de las mujeres, de lo contrario vamos a seguir fijadas en cuestiones puntuales o partiendo de cero.

Sin duda la tarea se facilita cuando podemos interpretar lo que queremos desde una práctica movimientista, porque nos podemos remitir a algo que conocemos, no somos entes ajenas al mundo en que vivimos, somos parte de la realidad que queremos cambiar. Sin embargo, si no dejamos registro de lo que vamos construyendo, ese lugar, el de nuestras prácticas movimientistas, perfectamente puede ser invalidado. Si no hay evidencias de él en el relato histórico, es como si nosotras no fuéramos sujetos.

Esto es un llamado a reconocernos, a validarnos como sujetos activas, transformadoras de la sociedad y la cultura en que vivimos, porque nunca hemos sido ajenas a la historia de la humanidad. Allí, en algún lugar omitido que se consideró sin importancia, estuvieron nuestras tataras o bisabuelas o, quizás, en un lugar muy importante pero que solo consignó a los hombres, estuvieron nuestras abuelas. Pensemos en cuántos sucesos estuvieron nuestras madres o hemos estado nosotras mismas que quedaron solo como momentos anecdóticos, sin valor. Tenemos que reconocer que hacemos historia y valorar nuestro lugar en la historia.



**NO + VIOLENCIA
CONTRA
LAS**

Red Ciudadana Contra la Violencia hacia las Mujeres

**CUIDADO
EL MACHISMO MATA**

**QUIEN AMA
NO MATA
NO HUMILLA
NI MALTRATA**

**QUIEN AMA
NO MATA
NO HUMILLA
NI MALTRATA**

NO + FEMICIDIO

**CUIDA
MACHISMO**

VIOLENCIA ES COMPLEJA

**POUCE
OP
SEERS**

UNITE

FEMINER

FEMER



No soy la mujer
de tu vida
Soy la mujer
de tu vida

LA FAMILIA
MONSTRUOSA

NO + PATRIARCADO

Mujeres
/ Organizaciones Feministas y de Mujeres



Fotografía : Estefanía Toro Rosales

PORQUE HICIERON, HACEMOS Y HARÁN HISTORIA

Las organizaciones feministas estamos enfrentando las prácticas patriarcales con múltiples iniciativas, por eso las propuestas que aquí hacemos, más que una guía para la acción, son un llamado a la articulación de esfuerzos para desplegar unidas todas las ideas, toda la creatividad.

El objetivo es hacer visible nuestro lugar en la historia de la humanidad porque sí tenemos historia, porque lo que hemos hecho sí importa y porque no queremos partir siempre de cero.

Conocimiento y difusión de la historia de las mujeres

Todas podemos conocer nuestra historia de mujeres y promover ese conocimiento en otras; buscar los aprendizajes que dejaron las acciones de las mujeres e insertarnos en los procesos que desencadenaron, porque la actualidad no se generó espontáneamente, tiene esos precedentes.

Leer libros y revistas, ver películas y documentales, participar en eventos, conversar, preguntar, produce un efecto asombroso: nos llevan a reflexionar, a ver y vivir de manera crítica las injusticias que nos parecían “normales”. Nos encontramos con nosotras mismas.

Muchas pueden reproducir textos de historia en distintos formatos, atractivos para niñas y jóvenes, y para muchas mujeres que no tienen acceso a internet.

Todas podemos sistematizar y difundir lo que hemos hecho en nuestras organizaciones. Registrar lo que está pasando ahora: la historia la estamos haciendo.

Algunas organizaciones pueden coordinarse para elaborar o, las que ya lo tienen, completar en conjunto un catastro de publicaciones y documentales de mujeres sobre mujeres en Chile. Una base abierta que se pueda alimentar con estudios de distintas regiones y mujeres diversas. Algo de fácil acceso que permita ir entregando y solicitando material histórico en distintos formatos: boletines, documentos, periódicos, cartillas, afiches, actas de reuniones que cada una tiene en su casa; materiales de experiencias locales que están dispersos, guardados, olvidados, y que contienen ideas poderosas. Son memorias colectivas para consultar y difundir.

Otras pueden crear un sitio en internet, una plataforma que integre la vasta y diversa producción de mujeres, que se coordine y establezca nexos, enlaces con otros sitios existentes como, por ejemplo, Memoria Chilena del Archivo Nacional; que sea un sitio interactivo al que las personas puedan ir aportando testimonios, historias de las organizaciones, sistematización de experiencias colectivas, documentales, entre otros. Sí, tenemos historia, hagámosla fluir, que se note, que se vea, que nosotras la veamos.

Otras pueden crear centros de estudio de historia de las mujeres.

Si construimos un catastro, creamos un sitio y fundamos centros de estudio de historia de las mujeres en cada región, desde la autonomía, tendremos insumos para narrar la historia con los ojos con que nosotras estamos viendo la vida, con las experiencias que están pasando por nuestros cuerpos.

Revisión y análisis de la historiografía existente de mujeres

En realidad, todas podemos...

Apropiarnos de la historia que ya ha sido develada por feministas de distintas latitudes, principalmente latinoamericanas y chilenas, y a partir de ello, completar períodos y ampliar la investigación a mujeres de diversos sectores; unir los fragmentos, conectarlos entre sí y con las otras historias.

Considerar las preocupaciones y compartir las preguntas concretas que nos surgen como mujeres de este país y de este continente. Queremos una

historia viva, que surja de muchas partes, que tenga como referentes a las mujeres, sus organizaciones, movimientos, dificultades, logros, su capacidad transformadora.

Volver sobre los textos que dan cuenta de procesos y aguzar la mirada. Probablemente la mayoría de los textos todavía está en la etapa de visibilización de las mujeres, entonces sería necesario destacar aquellos estudios que van más allá, con categorías de análisis que cuestionan el patriarcado desde la historia.

La historia que aprendemos en la educación formal es definida y decretada desde ese poder, y ya sabemos que omitió a las mujeres. ¿Podemos aprender una historia que viene de nosotras mismas? Si la vamos compartiendo y construyendo en conjunto, desde los propios lugares en que actuamos, se produce movimiento, estímulo y retroalimentación, un proceso de enseñanza/aprendizaje colectivo.

Sí, podemos...

Cruzar la historia de las mujeres o la historia feminista con otras historias. Si ya se ha logrado visibilizar y mostrar la participación de las mujeres, es necesario relacionarla con otras historias para construir la historia de la humanidad. Las mujeres no estuvimos aparte haciendo una marcha, un movimiento, sino en un contexto que construíamos en conjunto. ¿Cómo salir de esos estancos que finalmente terminaron en esta separación: la historia cultural, la historia social, la historia política, la historia de género?

Seguir las huellas. Ya conocemos a muchas mujeres destacadas, entonces centrémonos en lo que desencadenaron. Existe una visión estancada de ellas, sigamos sus huellas hasta hoy y también en sentido inverso: a partir de una situación de hoy busquemos sus orígenes y veamos cómo fue enfrentada en el pasado. ¿Qué cambios han experimentado la educación, el sindicalismo, la participación política, los roles, la cosmovisión, la visibilidad de las mujeres, hasta ahora? ¿En qué momento la igualdad de derechos, por la que generaciones de mujeres han luchado, se transformó en igualdad de oportunidades?

Rescatar todas las fuentes. ¿Cómo se recupera algo que se omitió o que no se registró? Existen muchas historias de vida, entrevistas en profundidad, cartas, y otros formatos que al analizarse en conjunto van develando un entramado de experiencias comunes. Las mujeres bordadoras de Isla Negra en los años sesenta recrearon sus vivencias; las arpilleristas durante la

dictadura plasmaron en sus obras un segmento de la historia del país; el conjunto folklórico de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos sintetizó magistralmente en una canción y baile, la Cueca Sola, su dolor y la denuncia; las bordadoras en Valparaíso están contando historias de 4 Álamos en telas bordadas; otras están recopilando afiches y volantes; mujeres de Tocopilla quieren escribir su historia. Hay muchas formas para relatar las experiencias y sorprende la creatividad de las mujeres al recuperar y exponer sus memorias.

Intervención en la comunidad educativa

La educación formal es altamente valorada en Chile, por lo general, sin poner en cuestión el orden social que produce y reproduce. Las escuelas y liceos son espacios donde niñas, niños y jóvenes se socializan, se juntan, construyen sus historias; donde las y los adultos, familiares o docentes se encuentran sistemáticamente. Son comunidades vivas y organizadas.

El Ministerio de Educación incide en todo el sistema educativo, enviando contenidos, reglamentos y normas. Estas, sin duda, son de gran utilidad cuando se impone su obligatoriedad para restringir prácticas violentas, misóginas o sexistas, pero ¿cómo se evalúa que las prácticas sexistas fueron erradicadas?, ¿qué seguimiento hay de las propuestas concretas para trabajar en aula?, ¿cómo se logra que las y los profesores, directivos/os y técnicas/os sean conscientes de que ellos y ellas reproducen sexismo y androcentrismo?

La experiencia ha dicho que los cambios culturales tienen más que ver con los colectivos docentes, los centros de estudiantes, los centros de madres, padres y apoderados, y los espacios de sociabilidad de las y los sujetos escolares que, con una institución más lejana de la cotidianeidad escolar, como el Ministerio de Educación. En las comunidades educativas, de las que habitualmente somos parte, podemos problematizar aspectos discriminatorios que se están observando como, por ejemplo, la ausencia de las mujeres en los textos escolares, y poner en discusión ideas y develar prácticas sexistas. Podemos intervenir con herramientas concretas que permitan reflexionar y comprender que la educación está reproduciendo inequidades. Porque si bien los protocolos ayudan, es necesario entender, tomar conciencia de qué es el sexismo, cómo se transmite en todos los espacios, qué efectos tiene en la vida de las niñas, y que esa comprensión se introduzca en las aulas, el patio, la sala de profesores, en las casas y en los barrios de las y los estudiantes.

Queremos promover la articulación de distintas organizaciones, comisiones y secretarías de género y sexualidades (COGESEX y SEGESEX), instancias que han surgido en liceos y universidades, para retroalimentar ideas, experiencias, miradas, tendientes al aprendizaje mutuo y a la acción conjunta para instalar, entre otros, el problema del sexismo en la educación en los debates de la reforma educacional.

Podemos nutrir las experiencias propias con las de feministas latinoamericanas, para seguir desarrollando una pedagogía feminista que recoja la teoría y práctica construidas hasta ahora especialmente en nuestro continente, que nos permita abordar la vida cotidiana con una intención transformadora de las relaciones sociales patriarcales.

Por ello es necesario afirmar nuestra condición de sujetos políticas e históricas; reconocernos en los aspectos que nos unen y vivenciar la sororidad. Revisar las formas en que nos relacionamos en nuestras organizaciones y hacernos conscientes de nuestras propias prácticas de descalificación y/o invisibilización de la otra; reconocer y validar el trabajo de las mujeres en las organizaciones y en todos los espacios en que nos desenvolvemos.

El trabajo, el estudio, la militancia social y política, la vida cotidiana son espacios para ir construyendo la utopía desde el presente. Asumamos la importancia de lo que hicieron y lo que hacemos; es el legado de rebeldía para las mujeres de mañana. Nunca más mujeres sin historia.



REDchilena
CONTRA la VIOLENCIA
HACIA las MUJERES



HEINRICH
BÖLL
STIFTUNG
CONO SUR